

David Reinoso



Se atormenta

una vecina

Sinopsis

Una mujer aparece muerta en un patio de vecinos. Cuando el inspector Cobos y su nuevo compañero, el joven y apocado Ortega, se presentan en el lugar de los hechos, se dan cuenta inmediatamente de que no fue un suicidio. El disparatado vecindario guarda muchos secretos, y casi todos mienten.

Mientras investiga, Cobos lucha por superar su trágico pasado, un caso que no pudo resolver y que le ha alejado de su mujer y de su hija. Cuando un segundo cadáver aparece colgado del ventilador de su piso, con una nota autoinculpatoria aunque con extrañas lesiones que señalan un forcejeo, Cobos tiene la certeza de que allí hay gato encerrado.

DAVID REINOSO

SE ATORMENTA UNA VECINA

m̄r

*A todas esas personas que, aunque haya sido durante un
segundo en sus vidas, han creído en mí.*



CAPÍTULO 1

El chillido fue breve, pero suficientemente largo como para alertar a los vecinos en el silencio de la madrugada. Un grito ahogado, entrecortado por el miedo durante la caída al vacío. Se pudo intuir el pánico y la desesperación en el leve alarido de auxilio previo al mortal impacto.

Gregoria fue la primera en interrumpir su sueño y decidió salir de la cama. En realidad ella nunca dormía, o al menos con eso bromeaba siempre su marido Arsenio. El matrimonio rondaba ya los setenta y siempre había vivido en aquel humilde edificio del centro de la ciudad. Por allí habían pasado ya todo tipo de inquilinos. Desde jóvenes parejas que acababan marchándose a medida que aumentaban los miembros de la familia hasta estudiantes ruidosos que alquilaban una habitación a un precio exorbitante. Pero Gregoria y Arsenio aún permanecían bajo ese techo, viendo entrar y salir al resto. Año tras año. Recibiendo y despidiendo a sus vecinos.

El insomnio era una lucha habitual en Gregoria, y aquella noche consiguió conciliar el sueño... ¿por cuánto tiempo? ¿Quizás cuatro horas? Escuchó el grito que provenía del pequeño patio común de vecinos. Después, un golpe seco que llevó de nuevo al silencio. Maldijo entre dientes a la persona que se había apropiado de su descanso nocturno y se sumió en un dilema que resolvió en apenas unos segundos hasta que tomó una rápida decisión. El sonido que había entrado en la habitación la dejó en modo alerta, y en un primer momento quiso volver a reunirse con Morfeo, ya que tanto le había costado quedarse dormida aquella noche. Pero pronto reparó en aquel chillido: «¿Qué demonios ha sido eso? ¿Un grito? ¿Quizás dejamos la tele del salón encendida?». En seguida supo que el sonido provenía del patio, pero necesitaba confirmar su sospecha a través de una segunda opinión. Su marido, Arsenio, dormía plácidamente, así que no le quedó más remedio que, llevada por su insaciable curiosidad, salir de la cama y comprobar de dónde provenía aquel chillido.

La luz del alba que llegaba del exterior iluminaba con la claridad suficiente como para caminar por la habitación sin necesidad de encender la luz. Gregoria se dirigió a la ventana, cuya persiana su marido había dejado a medio bajar cuando se acostó. No soportaba dormir en una habitación a oscuras y siempre dejaba que un halo de luz bañase el dormitorio durante la noche. Con cuidado para no despertar a Arsenio, tiró de la persiana y la elevó un par de palmos más, lo suficiente como para poder husmear el exterior. Giró el pomo de la ventana, abrió y el frío del amanecer le dio una reconfortante bofetada. Dejó que la brisa fresca impregnase de aire renovado la habitación subiendo un palmo más la persiana, y decidió asomarse. Echó un vistazo alrededor y disfrutó del silencio del patio cerrado, que pronto se contaminaría con las primeras conversaciones del día, el tintineo de cucharillas en tazas de café, el sonido de agua corriendo en los baños y todo el repertorio de prisas mañaneras.

Desde la ventana de su habitación controlaba a toda la comunidad. Dormitorios, cuartos de baño y cocinas de hasta cuatro plantas constituían un rectángulo cerrado no muy amplio con techo descubierto. Sabía quién vivía en cada uno de los pisos. Asomó un poco más la cabeza para mirar hacia arriba. Era una costumbre que practicaba a diario para comprobar el estado del

cielo. Ese día era de un azul oscuro que comenzaba a clarearse. Decepcionada por no haber descubierto a qué se debía el ruido que la había despertado, compuso una mueca de resignación y regresó sobre sus pasos, bajó la persiana e intentó volver a dormir. Pero antes de cerrar la ventana vio algo que le llamó la atención, justo en el momento en que su cabeza atravesaba el marco de la ventana. Se asomó de nuevo, miró hacia abajo y fijó su vista en el fondo del patio. Ahí estaba el origen de todo. Lo que vio explicaba el chillido ahogado y el golpe seco. Una mujer yacía boca abajo en el suelo sobre un charco de sangre. Gregoria volvió a mirar hacia las ventanas de sus vecinos en busca de una respuesta: ¿alguien más estaba viendo lo mismo que ella? Pero rápidamente notó que su cuerpo comenzaba a descomponerse. El aire fresco dejó de reconfortarla y comenzó a ser contaminante para sus pulmones. Caminó con dificultad hacia atrás y se llevó la mano al pecho a medida que aumentaba considerablemente su ritmo cardíaco. Las bocanadas de aire no eran suficientes para saciar la sensación de ahogo y decidió pedir auxilio. Se topó con la cama, se dejó caer sobre los pies de su marido y zarandeó el muslo del hombre que aún dormía, ajeno a lo que estaba pasando.

—Despierta, Arsenio. ¡Despierta!

El inspector Cobos llegó temprano a la comisaría. Nada le habría hecho sospechar lo que estaba por venir. Con un vaso de cartón en la mano, lleno hasta arriba de café solo, caminó apesadumbrado hasta su mesa de trabajo. El color apagado de su ropa describía a la perfección su estado de ánimo habitual: apático ante su rutina diaria. Una chaqueta de tonalidad indescriptible entre el verde oscuro y el negro desentonaba con un pantalón marrón oscuro y una camisa de color gris claro. Esbozó un saludo obligado hacia sus compañeros a ambos lados de la sala con una forzada sonrisa que muy pocas veces sacaba a relucir y que se escondía bajo un oscuro bigote. Llegó hasta su caótica zona de trabajo, dio un sorbo al amargo café que nunca endulzaba y apartó unos papeles que descansaban sobre el teclado del ordenador. Buscó una nueva ubicación para ellos, pero no tenía suficiente espacio en la mesa, así que decidió abrir el primer cajón del escritorio. El desorden se apropiaba también de ese reducido espacio cerrado donde carpetas, cables, un cargador, tres *pen drives*, bolígrafos y más papeles pedían a gritos una mano de limpieza. Cerró con un golpe seco el cajón y probó suerte con el segundo, donde apareció, como si de un puñetazo se tratase, un marco de fotos con una imagen en la que aparecía él, visiblemente más sonriente, junto a una mujer y una niña de unos siete años. Cobos no se recreó demasiado en aquella fotografía, en la que su familia y su yo del pasado le sonreían. Observar la foto le producía dolor. Colocó los papeles justo encima y volvió a cerrar el cajón.

Cuando se disponía a encender el ordenador, notó que alguien lo buscaba con la mirada. Levantó la vista y vio al comisario Vázquez apoyado en la puerta de su despacho y con los brazos cruzados.

—Cobos —dijo con la autoridad que le caracterizaba y con un movimiento de cabeza que el inspector tradujo como «a mi despacho». Cobos miró a ambos lados, en busca de una respuesta. ¿Alguien sabía a qué se debía esa llamada? Pero sus compañeros eran ajenos a lo que acababa de ocurrir.

—No tengo todo el día —insistió Vázquez con impaciencia.

Cobos se levantó de un salto, avanzó rápido hasta el despacho del comisario y se detuvo al llegar al umbral. Justo en ese momento, Vázquez tomaba asiento, mandó cerrar la puerta con un gesto y lo invitó a sentarse frente a él. Hacía tiempo que el inspector no entraba en aquel

despacho, pero no notó cambio alguno. Las mismas banderas española y de la Policía Nacional en una esquina detrás de la mesa, el cuadro del rey al otro lado, testigo de tantas reuniones, el mismo aire cargado y contaminado por la falta de ventilación y la misma mirada arrogante de su superior. Todo seguía igual.

—Tenemos un suicidio en la calle Gloria. —Vázquez le entregó una carpeta a Cobos, dejándola caer sobre la mesa—. Algo sencillo. Es todo tuyo.

Cobos abrió la carpeta y ojeó los papeles que contenía. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Me das un caso que ya está cerrado?

—No seas tan negativo. Es tu oportunidad de volver salir a la calle.

El inspector miraba por encima los documentos.

—¿Qué pasa? ¿No te interesa?

—Sí, claro, claro. Es solo que...

—¿No te sientes preparado aún?

En aquel momento, Cobos no habría sabido decir qué le molestaba más, si el hecho de que le dieran un caso en el que poco podría implicarse policialmente hablando o que el comisario dudase de que estuviera preparado para volver a ponerse al mando de una investigación. Aunque, en realidad, ambas opciones estaban estrechamente ligadas, lo que le producía una extraña sensación de rabia y decepción.

—No es eso. Es solo que... me esperaba algo más —logró decir el inspector en un intento de morderse la lengua.

—Mira, Cobos. Seamos sinceros. —Por el tono en que lo dijo, el inspector supo que aquellas palabras no iban a ser de su agrado—. Llevas meses sin salir a la calle. No pretenderás que te dé de buenas a primeras una investigación de espionaje —dijo con más sorna que compasión.

—He sido tu mejor inspector.

—Estoy de acuerdo. Has sido —matizó—. Pero ahora las cosas están como están.

La ira comenzaba a dibujarse en la mirada de Cobos, y Vázquez la conocía perfectamente. Una palabra más alta que otra y la guerra podría estallar en cuestión de segundos entre aquellas cuatro paredes. Cobos siempre había odiado a aquel comisario, su fanfarronería, el uso de la verborrea cuando ejercía su poder jerárquico, su forma de hablar por encima del bien y del mal, su tediosa ironía, su tozudez a la hora de dar órdenes. Por molestar, le molestaban hasta el amarillo de sus dientes y esas gafas redondas que llevaba para parecer más intelectual, y que todos sabían que no necesitaba.

Tres golpes secos en la puerta interrumpieron la tensión entre los dos hombres, que se miraban fijamente esperando que el otro dijera algo para rebatirlo. Un joven policía, vestido con el uniforme reglamentario, abrió la puerta a la orden de «adelante» de Vázquez.

—Inspector Cobos, le presento a su ayudante. Ortega, siéntese, por favor.

Ortega dio un paso al frente y se colocó junto a Cobos, que no daba crédito a lo que estaba viviendo.

—Encantado, inspector. Un honor —dijo el chico.

—Será una broma... —logró decir Cobos, menospreciando el saludo del joven, que tomó asiento cuando se cansó de mantener el brazo extendido en busca de un apretón de manos que no llegaba.

—No seas desagradable con el chico —lo recriminó Vázquez.

Cobos le echó un vistazo de arriba abajo. Su aspecto chorreaba inexperiencia por los cuatro costados: rostro imberbe, mirada tímida y porte ligeramente desgarbado.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Cobos al comisario mientras clavaba la mirada en el chico, para intimidarlo. Ortega tardó en reaccionar, y solo cuando recibió una señal de aprobación por parte del comisario, se levantó y salió del despacho.

—No necesito un policía en prácticas.

—No me jodas, Cobos. No me jodas.

—Además, podría ser mi hijo.

—Pues cuídalo como tal. —Cobos resopló—. Mira, Cobos. Ve allí, haz unas preguntas a los vecinos, descubre por qué se suicidó esa mujer, vuelve y escribe un informe. Listo. Será tu primera toma de contacto con el mundo exterior después de lo de... —Hizo una breve pausa—. Bueno... Demuéstrale al chaval todo lo que sabes. Deja que se impregne de tu sabiduría...

Cobos estaba confuso, ¿aquello había sonado irónico?

El inspector apenas habló en el coche de camino a la calle Gloria. Todo lo contrario que el joven Ortega, quien intentó en varias ocasiones romper el incómodo silencio que se había apoderado del vehículo proponiendo diferentes temas de conversación. Poco éxito tuvo el muchacho, que además buscaba la mirada cómplice de su nuevo compañero. En un último intento de llamar la atención del inspector y ganarse su confianza, decidió sincerarse, profesándole su admiración.

—Me hace mucha ilusión trabajar con usted.

Cobos ni siquiera pestañeó, disimulando estar atento a la circulación mientras conducía.

—Sé todo lo que ha hecho. Ha sido... Bueno, es un gran inspector. Una eminencia en el Cuerpo. Conozco todos sus casos, podría decirse que lo sé todo de usted —añadió entre el orgullo y la vergüenza.

—¿Y sabes también que no me gusta que me molesten mientras conduzco?

Ortega bajó avergonzado la mirada y continuó en silencio el resto del viaje por las estrechas calles del centro de la ciudad. Al llegar a su destino, se percataron del jaleo que había a media altura de la vía. Bendecido por la suerte, Cobos encontró aparcamiento justo en la acera de enfrente y, antes de apearse, se dirigió al joven policía.

—Aquí las preguntas las hago yo, ¿lo entiendes?

—Por supuesto. Pero déjeme decirle que, a pesar de mi juventud, cuento con experien...

Cobos interrumpió a Ortega cogiendo un pequeño cuaderno que guardaba en la guantera y saliendo del coche. El chico no tuvo más remedio que resignarse y abandonar el vehículo. Se dirigieron a paso firme hacia el portal, donde los esperaba un grupo de vecinos visiblemente ansiosos de información. Mientras Cobos intentaba pasar de largo y esquivarlos, Ortega, dos pasos por detrás de su superior, pudo echar un rápido vistazo a todos ellos. Amparo, una mujer anciana y vivaz, de corta estatura, aún en pijama y bata, llevaba la voz cantante en una conversación que se cortó ante la presencia del inspector y su ayudante. Junto a ella, un matrimonio de setenta años de edad, Gregoria y Arsenio; ella, visiblemente afectada, con el miedo dibujado en el rostro y buscando continuamente la complicidad de su marido, al que parecía no afectarle lo sucedido; Andrés, un señor casi octogenario en silla de ruedas y de aspecto malhumorado, acompañado de Julián, su hijo menor, que ronda la cuarentena; una pareja a punto de cumplir los cuarenta, formada por Arturo y Belén, de aspecto impecable: ambos parecían recién salidos de la peluquería; Amaro, un chico de origen mexicano y evidente atractivo latino; una pareja joven, formada por Paula y Lucas, que desentonaba entre la edad madura del grupo. Y Fermín, varón que superaba los cincuenta y que rápidamente Ortega

reconoció como el portero del inmueble por su uniforme, compuesto por un pantalón azul marino y camisa blanca. Todos ellos, reunidos en un pequeño portal de un edificio antiguo que luchaba por modernizarse a golpe de pintura, lo que no conseguía disimular los desconchones de la pared, el olor a humedad y la madera desgastada de las escaleras.

—A ver, dejen paso —dijo Cobos, abriéndose camino entre la multitud.

—¿Y este quién es ahora? —preguntó Amparo con desprecio, cansada de ver entrar y salir a distintos profesionales que no se identificaban como a ella le gustaría.

Cobos hizo caso omiso mientras se adentraba en el portal. Se dejó guiar por el ir y venir de policías, que entraban y salían de un patio a través de una puerta abierta situada al fondo del pasillo, justo al otro lado de las escaleras. Ortega lo seguía de cerca, y pronto pudieron ver el cuerpo sin vida de una mujer, boca abajo, sobre un charco de sangre que se perdía por el desagüe del suelo de color gris claro. Cobos cruzó el patio y echó un rápido vistazo a su alrededor: un pequeño espacio interior donde iban a dar diferentes viviendas que se elevaban hasta la cuarta planta y que dejaba entrar ampliamente la luz natural a través del hueco, al descubierto.

El inspector se acercó a un hombre que se encontraba arrodillado junto al cadáver. Pronto se reconocieron.

—Coño, inspector. ¿Vuelve a las andadas? Me alegro de verlo. —Se saludaron con un apretón de manos. Después, el forense reparó en la presencia del muchacho—. Viene acompañado.

—Bermúdez, él es Ortigosa.

—Ortega —corrigió el joven mientras le ofrecía su mano como saludo.

—¿Qué tenemos? —Cobos ignoró la respuesta del chico y decidió echar mano al bolsillo de su chaqueta, sacó un paquete de tabaco, se llevó un cigarrillo a la boca e hizo amago de encenderlo, pero la mirada de desaprobación del forense se lo impidió. Optó por guardar de nuevo el cigarro.

—Mujer, cuarenta años, cayó desde el cuarto piso —dijo, señalando una ventana que rápidamente Cobos reconoció gracias a la presencia de un policía que hacía fotos en el interior del domicilio. Bermúdez se movía con naturalidad por el patio. Su seguridad denotaba años de experiencia. Llevaba media vida dedicado a esto.

—¿Se precipitó al vacío? —quiso saber el inspector.

—Todo indica que sí.

—¿Dejó alguna carta de despedida, una nota quizás? —preguntó Ortega ante la mirada de desaprobación de Cobos. ¿No le había dejado claro que aquí las preguntas las hacía él?

—Negativo —contestó Bermúdez.

—Entonces no se descarta el homicidio —apuntó Ortega.

—Ni el accidente —corrigió Cobos, con la sonrisa de satisfacción de quien tiene la última palabra.

—Además, no hay aparentes signos de violencia —añadió el forense para ridiculizar aún más al joven.

—¿Podemos echar un vistazo ahí arriba? —Cobos sacó la libreta y un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y comenzó a escribir algo.

—Todo el que queráis. Nosotros ya nos vamos. Cuando tenga algo te llamo —respondió Bermúdez.

Cobos se giró y observó de nuevo la multitud que se encontraba en el portal del edificio. En cuanto el policía que custodiaba la puerta les abrió el campo de visión, los vecinos aprovechaban para husmear.

—Cuarto derecha. Ve rápido. Están nerviosos y son un poco pesados —aconsejó Bermúdez.

—¿Les han tomado declaración?

—Sí, nadie ha visto ni oído nada. Solo esa mujer que está tan nerviosa. —Cobos observó a Gregoria y comprobó su estado de intranquilidad—. Ella fue quien avisó a la policía. Bueno, su marido. Dice que escuchó un golpe y que se levantó a mirar por la ventana. Vio el cuerpo ya en el suelo, pero al parecer no sabe nada más.

Cobos lanzó una mirada a Ortega para que lo siguiera y, mientras abandonaban el patio, Bermúdez no pudo evitar echar un vistazo de arriba abajo al ayudante del inspector.

Al llegar al portal, los vecinos esperaban ansiosos, cual periodistas que se agolpan a las puertas de un punto de interés aguardando la noticia, el titular, la declaración que satisfaga a sus jefes y lectores. Cobos se abrió paso entre ellos con dificultad y se dirigió hacia el ascensor.

—No funciona —avisó Julián, que no se despegaba de su padre—. Iban a venir a arreglarlo, pero fue una falsa promesa. Él es el presidente —añadió, señalando a Arturo—. Él tiene la culpa.

—Y dale. Que no hay presupuesto —se excusó Arturo, que se despegaba de la muchedumbre alborotada, más preocupado por su peinado engominado que por otra cosa.

—¿Se pondrá bien Maira? —preguntó Gregoria, acercándose al inspector.

—Mujer, ¿no has visto que está muerta? —intervino Andrés desde la silla de ruedas.

—Aún no me hago a la idea. La tragedia ha llegado a este edificio —exageró sin pretenderlo Gregoria.

Cobos y Ortega esquivaron a los vecinos y, a duras penas, consiguieron alcanzar las escaleras, donde el desgaste de los años del edificio contrastaba con una moderna rampa para minusválidos. Antes de comenzar a subir peldaños, el inspector se dirigió a ellos desde el primer escalón, como si de un peñonero en fiestas se tratase.

—Les pido paciencia y llamo a la calma, vecinos. Estaremos aquí unos minutos y nos iremos, no molestaremos demasiado.

—Cualquier cosa que necesiten, mi marido y yo estaremos encantados de ayudar. Yo soy Belén y él es Arturo. Familia Jiménez Casado, tercero izquierda.

—Los pijos, vamos —añadió Amparo.

—Vivimos con nuestro hijo —continuó Belén lanzando una mirada reprobadora a Amparo por haberla interrumpido—. Él aún está en casa durmiendo, esperemos que no le quede trauma por este desagradable incidente. Se llama Clemente.

—¿Lo ve? Nombre de pijos —apuntó de nuevo la anciana.

—Amparo, ¿por qué no se calla un mes? —intervino Arturo.

—En fin. —Cobos quiso zanjar la absurda discusión—. Gracias a todos. Quizás luego necesitemos que nos contesten algunas preguntas. Les rogamos que permanezcan en sus casas.

—Nosotros tenemos dentista a las once —se alarmó Gregoria, buscando la mirada cómplice de su marido.

—Bueno, no se preocupe, señora. En caso de requerir su ayuda, nos pasaremos más tarde.

Justo en ese momento, dos sanitarios se abrían paso hacia el portal cargando en una camilla el cuerpo sin vida de Maira, protegido dentro de una bolsa para cadáveres. Amaro se santiguó, Gregoria se llevó la mano al pecho, compungida, y Fermín andaba más preocupado por otra cosa.

—¿Y nadie me va a fregar el suelo del patio?

—Para eso estás tú, vago —soltó Andrés.

—Ay, qué fatiga. No sé si podré limpiar toda esa sangre —dijo, antes de taparse la boca con la

mano para intentar contener una arcada.

—Este, con tal de no trabajar, se agarra a cualquier excusa. —Amparo se sumó al ataque hacia el portero.

Cobos no quiso perder más el tiempo, así que aprovechó la distracción de los vecinos para hacerle un gesto con la cabeza a Ortega y escapar de allí. Ni siquiera lo miró, pero sabía que seguiría sus pasos.

—Menudas joyitas de vecinos —dijo lo suficientemente alto como para que Ortega lo escuchara.

Maira llevaba apenas unas horas sin vida y su piso aún respiraba su presencia. Los agentes comenzaban a abandonar la zona, lo que les dejaba al inspector y a Ortega más intimidad para inspeccionarlo. La decoración de la vivienda demostraba buen gusto por parte de la difunta, y la luz solar que recibía el piso más alto del edificio ayudaba a crear un ambiente bastante acogedor.

Cobos se adentró en la cocina y se fijó rápidamente en el suelo manchado que llevaba días sin fregarse. Después fue directo, como atraído por un imán, a la ventana abierta, situada entre el fregadero y la nevera, y mientras caminaba notó el suelo pegajoso. Lo primero que vio al llegar fue un tendedero, que recorría en paralelo la pared hasta otra ventana próxima. Por la distribución del piso, Cobos intuyó que no compartía esas cuerdas con ningún vecino, sino que daban a otra habitación de la misma casa. Se asomó a la ventana para contemplar el patio y fijó su mirada en la mancha de sangre que había dejado el impacto de la mujer contra el suelo. Su cuerpo ya no estaba allí, pero Cobos cerró los ojos y pudo oír el golpe. Un sonido seco, quizás un rápido crujido de huesos. Le resultó desagradable solo con imaginárselo. Rápidamente, esa imagen se cruzó con un recuerdo. Era de noche y rugía feroz una tormenta. Cobos estaba empapado y la fuerte lluvia le impedía ver con claridad. Avanzaba por el exterior de una zona de naves industriales abandonadas. La agonía se dibujaba en su rostro mientras sostenía una pistola. Pudo sentir el pánico en cada paso que daba, mirando a un lado y a otro con cautela. Un sonido inesperado lo hizo detenerse y cambiar de dirección. De repente, un disparo.

—¿Sigue pensando que fue un accidente? —Las palabras de Ortega lo hicieron reaccionar. Cobos abrió los ojos aliviado, agradecido por el hecho de que el joven lo hubiera sacado de aquella ensoñación.

—Pudo caerse mientras tendía o recogía la ropa. —Cobos parecía despistado y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Lo pensé. Pero, fíjese, no hay ropa en el tendedero y la lavadora ni siquiera está puesta. Además, la caída se produjo de madrugada; no es la hora más habitual para tender la ropa.

Cobos se debatía entre el hecho de felicitar al joven policía por su rapidez y lamentar no haberse dado cuenta él antes que su ayudante de todos esos detalles tan evidentes.

—Bien visto. Te estaba poniendo a prueba —dijo, intentando disimular—. Pero no descartemos el accidente tan fácilmente.

Cobos salió de la cocina y se dirigió al pequeño salón. Rápidamente fijó su atención en las dos copas que había sobre la mesa. Buscó con la mirada a Ortega, que en seguida entendió lo que le quería decir.

—Estuvo acompañada horas antes de su muerte —afirmó Ortega.

—Según las declaraciones que han hecho a la policía, ningún vecino afirma haberla visto en las últimas horas. Probablemente, quien le hiciera compañía durante la noche no vivía en este

edificio.

Cobos se agachó frente a las copas y se acercó para oler el poco líquido que quedaba en ellas. Whisky solo en una y ginebra con tónica en otra.

—¿Hay indicios de que la víctima hubiera tenido...? —preguntó Cobos mientras se incorporaba—. O sea, dos copas, madrugaba, gente joven...

—Puede decir la palabra «sexo», no tengo nueve años. Habrá que esperar a la autopsia.

Cobos ordenó que se llevaran las copas como pruebas. Uno de los agentes se acercó, cogió los vasos con precaución y los guardó en una bolsa transparente, dejando sobre la mesa dos manchas circulares producidas por el contacto de las copas frías con la madera.

El inspector se asomó al dormitorio, que daba al salón.

—La cama está hecha.

—O es muy madrugadora o pasó la noche fuera y no le dio tiempo a meterse en la cama —reflexionó Ortega.

—Pudo haber ligado y haber regresado a casa con compañía —añadió Cobos.

—Y quizás él quiso tener sexo y ella no. Hubo un forcejeo y la mató —remató la hipótesis el joven.

Cobos lanzó una mirada de desaprobación a su ayudante.

—Perdón, me he precipitado.

—Tendremos que hablar de nuevo con los vecinos, a ver si alguien recuerda haber oído a Maira llegar a casa con alguien. Con suerte vinieron borrachos e hicieron ruido por los rellanos, el ascensor está estropeado, tuvieron que subir por las escaleras.

—También podríamos preguntar si vieron salir a alguien cagando leches bien temprano, segundos después de la caída de Maira por el patio —apuntó Ortega.

Cobos asintió con la cabeza. Le pareció una buena sugerencia por parte de Ortega. Continuaron inspeccionando el domicilio en silencio unos minutos más hasta que el inspector dio por finalizado el protocolo de reconocimiento. Al dirigirse hacia la salida, se encontraron con la puerta entreabierta: el último agente en abandonar la vivienda se habría olvidado de cerrar al salir. Al franquear la puerta, Cobos sorprendió a Fermín intentando poner la oreja mientras sujetaba el palo de la fregona.

—¿Qué hace? —preguntó el inspector.

Fermín quiso disimular sin éxito, dando unas pasadas al suelo.

—Uy, uy, uy... Qué sucio está esto. Claro, con tanta gente entrando y saliendo...

—¿Estaba espiando?

—No, no, no... Yo estaba aquí fregando, es lo que hago cada mañana.

Cobos observó el suelo y comprobó que estaba completamente seco. Lanzó una mirada acusatoria al portero, lo agarró de la camisa a la altura del pecho y lo empujó contra la pared.

—Vale, estaba intentando escuchar. Pero no he oído nada, lo juro.

Cobos no contestó, lo miró de manera intimidante y apretó un poco más.

—Entiéndame usted, señor inspector —bajó la voz—. Si no llevo algo de información, esa gente la tomará conmigo. Ya ha visto cómo me han tratado antes. Prefiero darles algo de que hablar y tenerlos contentos.

—¿Está usted insinuando algo? ¿Lo tratan mal sus vecinos? —preguntó Cobos aún sin soltar la camisa del portero.

—No, no, no. Yo... Qué va, qué va. Tienen muy mala leche, pero son inofensivos. —Fermín se estaba poniendo nervioso por segundos—. Son muy suyos, usted ya me entiende...

—Usted vive en el bajo, ¿verdad? —La intervención de Ortega tranquilizó algo al portero, que asintió con la cabeza—. Su piso se encuentra justo entre el patio y la entrada al portal.

—Así es. Piso, portería, todo en uno.

—¿Escuchó usted el grito y el golpe? —intervino Cobos, que decidió dejar de intimidar a Fermín y separarse un par de pasos hacia atrás para permitirle respirar.

—A ver. ¿Saben cuando estás durmiendo y oyes algo y te despiertas y no sabes si el ruido es real o pertenecía al sueño? Pues eso me ha pasado a mí esta madrugada. No le di mayor importancia. Eso sí, me desvelé y ya no volví a pegar ojo pensando en todo lo que tenía que hacer hoy, que me toca limpieza de cubos. No saben la de mierda que se acumula ahí cada semana...

—Al grano —lo interrumpió Cobos.

—Pues eso, que me quedé despierto y al poco ya oí el grito de auxilio de Gregoria y tuve que salir de la cama.

—¿Escuchó algún otro ruido que le llamara la atención, entre la caída y los gritos de Gregoria?

—¿Como qué?

—¿Alguien saliendo del edificio, algún portazo?

—Mmm, no. —Fermín intentaba recordar, pero parecía seguro en su respuesta—. No, no. Además, el portón de la entrada es viejo y hace un ruido horroroso. El oído se me ha hecho a él; si estoy dormido, no me molesta, pero, si ando despierto, lo escucho perfectamente desde casa. Estoy justo al lado.

—¿Podría decir que, entre la muerte de Maira, momento en el que usted se despertó, y el grito de Gregoria, nadie salió de este edificio?

—Esa puerta no se abrió hasta que llegó la ambulancia, eso sí puedo asegurárselo.

Cobos observó a Ortega buscando su aprobación. Parecía entre sorprendido y satisfecho con la respuesta. Si Fermín decía la verdad, el coto de investigación se cerraba y cogería fuerza la teoría de que Maira había pasado la noche, o parte de ella, con uno de sus vecinos, el cual había mentido al negar haberla visto en las últimas horas. ¿O quizás era Fermín el que estaba mintiendo?

—Gracias por su colaboración. —Cobos tocó el hombro de Fermín en señal de agradecimiento, y se dirigió a Ortega—: Vamos.

Cobos y Ortega comenzaron a bajar las escaleras. El inspector quería compartir impresiones con su ayudante, pero temía que hubiera más vecinos ansiosos de información con respecto a la investigación. Cuando bajaron al segundo piso, una puerta se abrió tras ellos.

—Chss. —Amparo llamó la atención de los agentes desde el umbral de su casa—. La han matado, ¿verdad?

Cobos y Ortega se detuvieron en mitad de las escaleras.

—Señora, por favor... —le reprochó Cobos.

—Se veía venir —dijo la mujer.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ortega.

—Yo vi algo.

Esas tres palabras que pronunció la anciana bastaron para llamar la atención de Cobos y Ortega. «Yo vi algo». ¿Tendría aquella mujer la clave del caso, la pista fundamental para la investigación, el hilo del que tirar? Los agentes se miraron y retrocedieron al mismo tiempo hasta el piso de Amparo, que los esperaba con un gesto de mezcla de satisfacción y expectación. Estaba disfrutando del momento, había captado la atención de las autoridades e iba a aportar un

dato que para ella era de vital importancia. Estaba pletórica y orgullosa. Invitó a pasar a Cobos y a Ortega al interior de su domicilio mientras sujetaba la puerta y, una vez que los agentes estuvieron dentro, echó un vistazo al exterior, husmeó el rellano con el ceño fruncido, miró a ambos lados, después arriba y abajo para cerciorarse de que no había nadie por allí cerca. Dio un paso atrás para meterse de nuevo en casa y cerró la puerta con sigilo.

CAPÍTULO 2

El piso de Amparo, apenas dos plantas más abajo del de Maira, trasportaba a un mundo completamente diferente. Cobos y Ortega tuvieron la sensación de haber viajado en el tiempo al adentrarse entre aquellas paredes. El olor a mueble viejo se mezclaba con el vapor que se escapaba desde la cocina mientras se guisaba un caldo de pollo, cuyo olor trasladó a Ortega hasta su más tierna infancia. El papel pintado en las paredes y las gruesas cortinas en las ventanas, que dejaban entrar la luz a medias, eran lo que más llamaba la atención a primera vista. Avanzaron hasta el salón y Cobos fijó su atención en un cuadro de la Virgen María que había sobre el sofá y en una figurita de otra Virgen sobre una mesita que se encontraba junto a la televisión.

—¿Es usted cristiana? —preguntó Cobos para romper el hielo.

—¿Lo dice por la Virgen? Qué va. La tengo ahí por mi marido.

—¿Se encuentra en casa? —quiso saber el inspector.

—Ese pobre desgraciado murió hace años. Mantengo esas baratijas por respeto a él, que en paz descanse.

Amparo vivía sola, pero no siempre había sido así. De joven se casó con Germán, un joven devoto de la Virgen del Carmen que trabajaba como funcionario público y que le había presentado su prima Marta en una fiesta. Rápidamente surgió el amor entre ellos y se casaron en cuestión de meses. El pequeño Antonio, que luego pasaría a llamarse Toni, llegó muy pronto a sus vidas para alegrarles el día a día. En ese piso creció felizmente la familia hasta que un día Toni decidió independizarse. Era algo que Amparo veía venir y que aceptaba, pero le costaba. Su hijo había crecido, tenía trabajo y una pareja estable, Ana. Era cuestión de tiempo que acabase abandonando el nido familiar. Amparo lo aceptó resignada y vio a su hijo marchar. En ocasiones se inventaba alguna excusa e incluso alguna dolencia para que Toni fuera a verla, pero no hacía falta. El hijo visitaba a sus padres a menudo y, cuando llegaba el momento de despedirse, ella siempre le decía eso de «si algún día quieres dormir en casa, sabes que la cama la tienes siempre hecha». «Que sí, mamá. No te preocupes», le contestaba él desde la puerta con una bolsa llena de táperes con comida. «Seguro que esa chica con la que vives no sabe cocinar, te veo más delgado», insistía ella. «Esa chica es tu nuera, y estoy más delgado por el estrés del trabajo, nada más», contestaba él, siempre cariñoso. Al poco, una terrible enfermedad empezó a consumir a Germán lentamente. Tras dos operaciones y varias sesiones de quimioterapia, Germán no sobrevivió al cáncer de páncreas. Demasiado joven para morir, se lamentaba siempre Amparo, que cayó en una depresión. Toni, preocupado por su madre, tomó la decisión de instalarse unos días en casa para hacerle compañía. Pero Amparo se aprovechó de la situación, y lo que iban a ser dos semanas a lo sumo se convirtieron en meses. Cuando Toni veía un síntoma de que su madre se encontraba mejor anímicamente, le comentaba que había llegado el momento de marcharse, pero ella exageraba su tristeza con el fin de chantajearlo emocionalmente. Así, el chico fue alargando su estancia semana tras semana, hasta que un día su pareja se plantó y le dio un ultimátum: «O vuelves a casa o habrá consecuencias». Toni dio el paso, regresó con su mujer

y Ana se ganó el odio de su suegra para toda la vida. Fue entonces cuando comenzó a aflorar el duro carácter en esa mujer que llevaba años viviendo sola.

—¿Conocía usted a la difunta? —preguntó Cobos mientras tomaba asiento en el sofá de cuero marrón, visiblemente desgastado por el paso de los años. A su lado se sentó Ortega y quedaron ambos al amparo de la Virgen que había en la pared.

—Maira no tenía relación con nadie. Y mira que lo intentamos. Pero ella se creía de otra pasta, nos miraba como si estuviera por encima de nosotros. —Amparo tomó asiento en uno de los sillones, a juego con el viejo sofá, y optó por una postura inclinada hacia el inspector y el policía para dotar de mayor intensidad a su relato, como si estuviera contando el mayor acontecimiento de la historia—. Una vez evitó cruzarse con Gregoria y conmigo en el descansillo. Estábamos hablando en el pasillo de aquí. —Señaló sin mirar hacia la puerta de entrada, que quedaba a su espalda—. Ella bajaba hacia la calle. Cuando nos vio, volvió a subir... Todo por no cruzarse con nosotras. ¡Ni que fuéramos unas apestadas!

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Pues nada, nos quedamos una hora más ahí charlando, para ver si se atrevía a bajar. Solo por joder.

Ortega no pudo evitar un amago de sonrisa.

—Era actriz, ¿saben? —continuó Amparo.

—Ah, ¿sí? —contestó Cobos.

—Sí, pero vamos... No se vayan a pensar ustedes. De esas que nadie conoce. Se creería una estrella, pero no pasaba de teatros de barrio. Nada del otro mundo. Una que vive tres portales más para allá dice que la vio actuar en una ocasión y que era pésima. No me extraña. No se la veía muy espabilada.

—Pues para no tener relación con ella, bien que sabía sobre su vida —opinó Cobos.

—Hombre, es que tanto secretismo le despierta a una la curiosidad. Yo no me fío de la gente que se esconde tanto, ¿saben? Algo malo ocultan... En fin, ¿quieren café o algo?

Cobos rechazó la oferta con la mano, mientras que Ortega hizo lo propio negando con la cabeza.

—Ha dicho usted que vio algo, ¿a qué se refería? —Fue Cobos quien decidió ir al grano.

—Ah, sí. Eso. Maira llegó aquí hace tres meses y no empezó con buen pie precisamente. El piso es un caramelito y se vendía solo. Más de uno estuvo interesado en él, entre ellos Julián.

—El hijo del señor en silla de ruedas —aclaró Ortega.

—Ese. No sé qué edad tiene exactamente, pero ya lo ven. Casi cuarenta, soltero y ahí está, viviendo aún con su padre.

—Bueno, su padre está en silla de ruedas y necesitará ayuda para... —intervino Cobos.

—Andrés se basta él solito. Lo de la silla de ruedas es una excusa de Julián para no irse de casa. No es capaz de salir a la calle y valerse por sí solo. Es un *nini* de esos.

—¿No trabaja? —preguntó Ortega.

—Sí, sí. Desde casa con algo de ordenadores.

—Entonces no es un *nini* —aclaró el joven.

—Ay, es que con tanto nombre moderno... Es un paradito, así hemos llamado a esta gente toda la vida. Que no se despegan de sus padres, no tienen amigos, ni novia, ni aficiones... Usted ya me entiende —dijo, mirando solamente a Cobos, en un intento de que él, al ser de mayor

edad, entendiéndose lo que estaba contando.

—Bueno. —Cobos quería reconducir la conversación—. Entonces, Julián estaba interesado en el piso.

—Ay, sí. Que me distraen ustedes con tonterías. —Ortega y Cobos se miraron mientras Amparo retomaba el hilo—. Julián quería el piso. Antes vivía en él un matrimonio joven, muy majo. —A Ortega le sorprendió que Amparo hablase bien de alguien—. Pero ella se quedó embarazada y decidieron marcharse. Se ve que este edificio no era de categoría para educar a un hijo. No lo dijeron tal cual, pero se intuía en su retintín cuando decían que se iban a vivir «a las afueras» —apuntó con sorna—. Otra cosa les digo: llevaban mucho tiempo intentando quedarse embarazados. Una vez se les oyó discutir tanto que casi llamamos a la policía y todo. Estaban desesperados y el tema afectó a su relación. Ella se fue de vacaciones con unas amigas y al poco de volver... ¡Bombo! Ahí hay gato encerrado, se lo digo yo, que seré vieja, pero... No sé ustedes cómo lo verán, que son policías. Pero vamos, no hace falta ser muy inteligente.

Amparo hizo una pausa, esperando una respuesta por parte de los agentes. Pero prosiguió en seguida, en vista de que ninguno de los dos aportaba nada a la conversación.

—Total, que Julián se interesó bastante por el piso y llegó a hacer una oferta. Podía pagar un poco menos de lo que la pareja pedía, pero como estaban tan desesperados por salir de aquí y Julián era de confianza, pues apalabraron la venta. De boquilla, ya saben ustedes cómo son estas cosas. Al día siguiente Julián fue al banco a pedir un crédito y, cuando regresó, se encontró con la noticia de que le vendían el piso a otra persona, a Maira. Que ella se ajustaba al precio inicial. Y que lo sentían. Claro, imagínense a Julián, hecho una furia. Desde que vio llegar a la actriz de pacotilla esa la miraba con desprecio, como con odio. Nunca ha llegado a decirle nada, ya les he dicho que es muy paradito el chico. Pero hay mucho rencor ahí acumulado, se lo digo yo.

Tras su relato, Amparo se relajó y se recostó en el sillón, orgullosa de haber contado todo aquello.

—¿Y eso es todo? —preguntó el inspector esperando algo más, pues para él aquello no era más que un mero chismorreo de escalera.

—No, no... —Amparo regresó a su postura inicial, inclinándose hacia el inspector—. Hace unos días, Maira y Andrés discutieron.

—¿Qué ocurrió?

—Fue la mañana del lunes.

—Hace dos días —apuntó Ortega.

—Salí de casa para hacer la compra y escuché voces —continuó Amparo, obviando el dato aportado por el policía—. Comencé a escuchar cuando la discusión estaba terminando, pero oí una amenaza muy clara por parte de Andrés: «Esto no se va a quedar así», le dijo a Maira.

—¿Cuál fue el motivo de la discusión?

—Andrés es un hombre de carácter fuerte; podrían haber discutido por cualquier cosa. Pero lo cierto es que nunca había escuchado una amenaza así por su parte, y me extraña. Está un poco amargado, ya saben ustedes, por lo de la minusvalía.

—Discapacidad —corrigió Ortega.

—No le di mayor importancia a la discusión —prosiguió la mujer—. Bueno, a ver. Para mí la tuvo en su momento, claro está. Era un cotilleo muy jugoso que tenía que comentar con alguien. Pero jamás pensé que podría llegar a ser más grave de lo que parecían unas simples palabras en un momento de calentón.

—¿Supo más tarde algo acerca de esa conversación acalorada que mantuvieron Maira y

Andrés?

—Nada, inspector. Ya me hubiera gustado. Y no sería porque no lo intentase. Pero no he visto al viejo en estos dos días, hasta hoy mismo, y no pude preguntarle directamente. Y en cuanto al resto de vecinos..., nadie pareció haber oído nada. Una pena —se lamentó.

—Pero seguro que usted ha sacado sus conclusiones, ¿me equivoco? —intervino Ortega.

—Dios me libre a mí de juzgar y sacar conclusiones. Pero soy perra vieja y sé que aquí está pasando algo, y yo tengo miedo.

—¿Qué ha hecho usted esta madrugada? —preguntó Cobos de sopetón.

—¿Me está interrogando? —La reacción de Amparo oscilaba entre la sorpresa y la ofensa.

—Es una pregunta rutinaria —le dijo el inspector.

—Pues dormir, qué voy a hacer. Nos ha jodido.

—No se enfade, Amparo. Tenemos que asegurarnos de que... —intervino Ortega.

—Después de todo lo que les he contado... Si no llega a ser por mí, están aún sacando fotos a la muerta.

Cobos dio por terminada la conversación, agradeció la disposición de Amparo y, junto con Ortega, se dispuso a abandonar la vivienda, no sin antes invitar a Amparo a que se pusiera en contacto con él si se acordaba de algo más que pudiera serles de ayuda o si veía algo extraño entre sus vecinos. Una vez en el pasillo, Ortega hizo un amago de subir de nuevo por las escaleras, pues dio por hecho que el siguiente paso en la investigación era hablar con Andrés, que había sido directamente acusado por Amparo. Pero Cobos permaneció inmóvil y lo detuvo con la mirada.

—Te invito a un café —dijo Cobos, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza que apuntaba a su derecha, escaleras abajo.

Un bar cafetería situado frente al portal fue el elegido por Cobos tras echar un rápido vistazo al salir a la calle. Lo reconoció al instante, era uno de esos antros «de los de toda la vida», los únicos que le inspiraban confianza. Entraron con seguridad en el local y fueron recibidos por el olor a café, mezclado con el olor a fritanga que se escapaba de la cocina. El inspector localizó dos taburetes sin dueño en la barra y se dirigió a ellos. Tomó asiento y Ortega le siguió los pasos. Llamó con la mirada al camarero, que se encontraba organizando platitos de café en una esquina de la barra, colocando cucharitas y azucarillos en todos ellos, un trabajo previo para luego ir añadiendo los vasos con las consumiciones. Pidió café solo; Ortega, uno con leche, y el camarero asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Era el primer momento de intimidad entre Cobos y Ortega desde el incómodo trayecto en coche de esa misma mañana. El silencio se apoderó de ellos, y mientras el joven policía miraba a un lado y a otro del bar, Cobos aprovechó para escrutarlo de nuevo. No había reparado mucho en su aspecto, debido a su enfado inicial, cuando el comisario Vázquez se lo asignó como compañero. Pensó en la edad que debía de tener —no le echaba más de veinticinco—, aunque la ausencia de barba lo hacía parecer más joven.

—Bueno, y ¿qué? ¿Cómo lo llevas? Es tu primer caso, ¿verdad? —Cobos decidió poner fin al silencio.

—Oficialmente, sí —contestó Ortega sin apenas mirarlo a la cara.

El silencio regresó. Ya no había rastro del Ortega parlanchín que se había manifestado a primera hora de la mañana. El policía estaba desconcertado por el inspector, ¿o quizás era muy

inteligente y estaba pagando con la misma moneda a su superior? En esto comenzó a reflexionar Cobos cuando Ortega se excusó para ir un momento al baño.

El camarero sirvió los cafés en la barra y Cobos se lo agradeció con una media sonrisa. El inspector apartó del plato el sobre de azúcar, cogió la cuchara y comenzó a remover el café. El tintineo que producía el choque del metal con la loza se mezcló con el ensordecedor sonido de sirena de una ambulancia que avanzaba con rapidez por la calle, a su espalda. Cobos se volvió sobre su asiento y observó la furgoneta pasar a través del gran ventanal que recorría la pared central del bar.

El sonido se alejaba a medida que la ambulancia se perdía calle abajo. De repente, volvía a llover en la mente del inspector. De nuevo era de noche. Apoyado con las rodillas y las manos en el suelo, Cobos mostraba una actitud derrotista mientras las gotas caían con fuerza sobre su cabeza y su espalda. Permaneció arrodillado sobre el suelo, cubierto de barro. En su rostro se mezclaban de manera intermitente los reflejos de luz amarilla y azul procedentes de una ambulancia y un coche de policía. La lluvia enmascaraba sus lágrimas de dolor. Era la primera vez que lloraba en público. De repente, un sonido que no parecía propio de aquella escena, el chillido agudo de una máquina, sacó a Cobos de su ensoñación: el zumbido de la cafetera del bar. Ortega regresó del aseo y se alarmó por el aspecto de su compañero.

—¿Se encuentra bien? Está pálido.

Cobos no contestó. Ahora era él quien no tenía ganas de hablar. Se bebió de un trago el café y se levantó.

—Te espero fuera —dijo sin más, observando la taza de café de Ortega.

Sacó del bolsillo unas monedas, las contó rápidamente y las depositó sobre la barra. Sin más dilación, abandonó el bar y se detuvo frente a la cristallera principal del local, a la vista de Ortega, pero dándole la espalda. El policía se quedó observando a su compañero durante unos segundos. Lo admiraba por su trayectoria profesional, pero conocerlo en persona le había decepcionado profundamente. Cobos echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó un paquete de tabaco y un encendedor. Prendió un cigarrillo con rapidez, y Ortega pudo intuir el alivio que le producía esa primera calada a su superior. Los sentimientos del joven hacia el inspector eran encontrados. A la decepción se sumaban cierta intimidación y la pena que le producía ver a un hombre claramente atormentado, ahora pendiente de exhalar el humo del cigarro como si le fuera la vida en ello.

Ortega no quiso demorarse demasiado. Centró su atención en el café y lo apuró en apenas dos minutos. Se despidió del camarero y se abrochó la chaqueta antes de salir. Encontró a Cobos hablando por teléfono y gesticulando con la mano que sujetaba el cigarrillo. El policía pudo ver al inspector visiblemente nervioso y, ante la posibilidad de interrumpir una llamada personal, prefirió ser cauto y permanecer a la espera, para darle a su compañero la intimidad necesaria. No pudo evitar escuchar el final de la conversación.

—No, no... Por supuesto que estoy bien... No tengo ansia de investigación. No me... No me estoy montando ninguna película. —Cobos permaneció unos segundos callado, escuchando a su interlocutor y aprovechando para llenar de humo sus pulmones—. Joder, ¿no te fías de mí?... —Justo en ese momento, Cobos se dio media vuelta y se percató de la presencia de Ortega—. Luego hablamos. —Y colgó.

—¿Todo bien?

—El comisario, tocando los huevos. Te acostumbrarás. ¿Fumas? —dijo, ofreciéndole a Ortega lo que quedaba de cigarrillo.

Ortega negó con la cabeza y Cobos dio una última calada antes de lanzarlo al suelo.

—Haces bien —dijo, mirando a su alrededor, como si de repente se avergonzara de su vicio. Hizo un gesto con la cabeza para que Ortega lo siguiera y regresaron a la comunidad de vecinos.

Fue Julián quien abrió la puerta tras escuchar los tres golpes secos de Cobos. No pudo disimular su cara de sorpresa al encontrarse con las dos autoridades al otro lado. Firmes, Cobos y Ortega imponían con su mera presencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julián, visiblemente extrañado.

—Nos gustaría hablar con usted y con su padre si fuera posible. —Fue Cobos quien tomó la iniciativa.

El sonido mecánico y eléctrico de la silla de ruedas avisó de la presencia de Andrés, que se asomó desde el salón.

—No seas maleducado y déjalos pasar —protestó.

Julián obedeció a su padre y se apartó del marco de la puerta, dejando el espacio suficiente para que Cobos y Ortega entraran en la casa. El silencio era el principal protagonista en aquella vivienda de decoración escasa. El espacio no era muy grande, y si se sobrecargaba con muebles, estos entorpecerían la circulación de Andrés. Por este motivo, en aquel piso había lo justo y necesario, y parecía más grande que el resto de viviendas.

Andrés no siempre había tenido el mal humor que tanto lo caracterizaba. Quién le iba a decir a Antonia, su exmujer, que se acabaría convirtiendo, con el paso de los años, en todo un gruñón. Llegaron recién casados a ese piso hacía más de cincuenta años. El padre de Antonia se empeñó en pagarlo a tocateja, y eso no hizo más que mermar la hombría del joven Andrés, apenado por no poder costear un hogar para él y su esposa. Se puso a trabajar por cuatro perras, hasta que un golpe de suerte lo llevó hasta el almacén de una empresa. Todo eran ventajas —buen contrato, mejor sueldo, remuneración fija...—, hasta que llegó el gran pero. Era un trabajo nocturno. Claro, aquello explicaba el elevado sueldo. Tras consultarlo con Antonia, Andrés decidió aceptar el empleo, a pesar de que aquello implicaba un desajuste en el núcleo familiar, al que se acababa de incorporar Juan, su hijo mayor. Las primeras semanas fueron complicadas. Trabajar de noche, dormir de día, comer de tarde, salir de casa antes de la hora de la cena... Pero Antonia nunca se lo reprochó. No lo hizo cuando se quedó dormido en la boda de su prima en mitad de la ceremonia eclesíástica, ni aquella Nochevieja en la que tuvo que ausentarse antes de las campanadas, ni tampoco el día en que Antonia dio a luz a Julián, su segundo hijo. Ella llamó por teléfono, pero nadie le dio el recado a su marido.

Pasaron los años y Antonia comenzó a estar más distante. La amenaza de un amante en la vida de su esposa perturbaba a Andrés, aunque nunca pudo demostrar nada al respecto. No había amante alguno. Simplemente, ella dejó de sentir, dejó de querer, dejó de soñar junto al hombre con el que se casó. Armada de valor, tras meses de reflexión, decidió que era el momento de sincerarse con Andrés y romper con la relación. Pero ese día ocurrió algo que la frenó en el acto: su marido tuvo un accidente de coche por culpa de un conductor ebrio. El impacto dejó graves secuelas en Andrés, que lo obligarían a permanecer el resto de su vida en una silla de ruedas. Antonia, incapaz de abandonarlo en aquellas circunstancias, permaneció a su lado. Pero nada volvió a ser igual entre los dos. Ella era incapaz de disimular el poco cariño que le profesaba a su marido, mientras que en él, consciente de los sentimientos de su mujer, se agriaba su carácter por momentos. Al principio era sutil, alguna mala contestación de vez en cuando. Pero con el paso

del tiempo la convivencia se convirtió en un infierno. Julián fue testigo de todo, y cuando su madre decidió poner punto final y marcharse, él no pudo hacer otra cosa que quedarse al cuidado de su padre. Tanto a ella como a su hermano Juan los ve un par de veces al año. Su hermano se acerca hasta casa; en cambio, con su madre tiene que verse en una cafetería. Antonia y Andrés nunca más se han vuelto a ver desde que firmaron los papeles del divorcio. «¿Ya te has echado un nuevo novio?», fue el saludo de él nada más verla aparecer, guapísima y radiante, por el despacho de abogados. Fue la última vez que hablaron.

—Déjanos a solas —dijo Andrés a su hijo mientras se hacía un hueco con la silla de ruedas entre el sillón que había junto al balcón y el sofá—. Vienen a hablar conmigo, ¿o me equivoco? —Dirigió su mirada al inspector cuando detuvo el movimiento de la silla con el mando que tenía a la altura del reposabrazos derecho.

Cobos y Ortega tomaron asiento en el sofá, y, cuando quisieron darse cuenta, Julián ya había desaparecido de su vista.

—¿Tenía usted relación con Maira? —Cobos rompió el hielo.

—Era una vecina más. Aunque no se relacionaba mucho —contestó Andrés de manera cortante.

—Vivían pared con pared —apuntó Ortega.

—¿Y eso me convierte en su mejor amigo?

Apenas unos segundos de conversación y Andrés ya había hecho alarde de su complicado carácter en un par de ocasiones.

—¿Cómo era la convivencia entre Maira y los vecinos? —volvió a preguntar Cobos.

—En Nochevieja cenamos todos juntos y nos damos besos y abrazos, y en verano reservamos dos semanas para irnos todos juntos a la playa a ver mujeres en bañador y guiris con la cara roja mientras nos quejamos del calor y nos refrescamos con unos mojitos.

Ortega notó que a Cobos no le gustaba nada el tono con el que Andrés estaba hablando, e intervino para evitar un enfrentamiento.

—O sea, que había buen rollo, por lo que dice.

—Miren, sé que vienen porque discutí con la muerta hace dos días. Así que no se anden con tonterías.

—Entonces, ¿por qué no se deja de historias y vamos al grano? —apuntó Cobos.

—Pues porque quería ver hasta dónde eran capaces de llegar con sus preguntas estúpidas. Sí, discutimos y nos dijimos de todo. Pero ya está. Una putada que apareciese muerta dos días después. Pero vamos, tampoco es que me dé pena, si les soy sincero.

—Tenemos entendido que en esa discusión hubo una amenaza por su parte.

—¿Amenaza? Bah, son cosas que se dicen en el momento. Verán, agentes, tengo muy mala hostia, pero mírenme. —Andrés extendió levemente los brazos para que lo mirasen en su silla de ruedas—. ¿A quién voy a matar yo? ¡Si necesito ayuda hasta para cagar!

—Nosotros no hemos dicho que la muerte de Maira haya sido un homicidio.

—No hace falta que lo expresen con palabras, lo dan a entender presentándose en mi casa para tocarme los huevos con sus preguntas.

—Quizás usted no pueda, pero otros lo pudieron haber hecho por usted.

Andrés no pudo evitar una pequeña carcajada de sorna.

—Mi hijo no es capaz de matar a una mosca. ¿O no ven la cara de lelo que tiene? Les

recomiendo que no pierdan el tiempo aquí.

—¿Nos recomienda dónde emplear nuestro tiempo? ¿Sabe de algún vecino que tuviera conflictos con la víctima?

—Miren, yo no voy a ser como esos hijos de puta que le han ido con el cuento a ustedes de que yo discutí con ella para señalarme como sospechoso. Aquí cada uno que se las apañe como pueda. ¡Julián! —Su hijo tardó apenas unos segundos en aparecer en el salón—. ¡Ya se van, acompáñalos a la puerta! —Cobos y Ortega se dieron por aludidos y se levantaron. Camino al recibidor, Ortega se detuvo y se giró hacia Andrés, que había permanecido inmóvil mientras tanto.

—¿Por qué discutieron?

—¿Cómo dice?

—Usted y Maira, ¿cuál fue el motivo de su discusión?

—¿Este quién es, su hijo? —le preguntó a Cobos desde la silla de ruedas con una sonrisa irónica.

—Puede contestar la pregunta aquí o hacerlo en comisaría, usted mismo —intervino Cobos.

Andrés se puso en marcha usando el control remoto de la silla, y se acercó a los agentes.

—No voy a permitir que dos payasos vengan a mi casa a amenazarme —contestó, escupiendo las palabras.

—Conteste la pregunta, no nos lo ponga más difícil —recomendó Cobos.

—Fue por mi culpa —dijo Julián, llamando la atención desde el marco de la puerta justo en el momento en el que su padre iba a perder los papeles. Esperó unos segundos antes de continuar dando explicaciones—. Yo estuve bastante interesado en ese piso antes de que Maira se lo quedara. Mi padre había visto el cielo abierto en aquel momento al pensar que al fin se libraría de mí. Pero llegó Maira y acabó con sus ilusiones. Desde entonces aprovechaba cualquier ocasión para discutir con ella y hacerle la vida imposible, pero nada más allá de unas discusiones en el rellano. Justo esa mañana, mi padre le ofreció dinero a cambio de que dejase el piso y así quedármelo yo. Ella se negó, por supuesto. Por eso discutieron.

Cobos observó a Andrés, esperando ver si con su reacción confirmaba las palabras de Julián.

—No sabía que supieras todo eso, hijo —dijo, mostrando una vulnerabilidad nunca vista en él hasta ese momento.

Cobos notó que él y Ortega sobaban en aquella conversación, y le hizo un gesto. Salieron del piso y, una vez fuera, Ortega mostró su insatisfacción.

—No lo entiendo, ¿por qué querría librarse de su hijo y meterlo en el piso de al lado? No tiene sentido.

—Este hombre no quiere tener a su hijo en casa, pero tampoco que se aleje, porque, en el fondo, sabe que lo necesita a su lado, no tiene a nadie más. Por eso lo quería enviar al otro piso, para tener la intimidad que quiere, pero, a la vez, estar lo suficientemente cerca para cuando lo necesite. Es un cabezota y un cascarrabias. Y, bueno, bastante orgulloso. Pero no creo que nos pueda aportar nada más a la investigación.

Cobos se puso en marcha y comenzó a bajar las escaleras.

—Bueno, pues estamos como al principio —se lamentó Ortega.

Cobos contestó con la mirada y con un leve gesto de resignación: «Me temo que sí». Comenzaron a bajar por las escaleras sin un rumbo fijo. El teléfono móvil del inspector comenzó a vibrar en su bolsillo. Ortega continuó bajando peldaños y Cobos se detuvo al ver en la pantalla el nombre de la persona que intentaba ponerse en contacto con él. Deslizó el dedo pulgar para

descolgar.

—Bermúdez.

—Cobos, ¿sigues por allí?

—¿Qué ocurre? ¿Has averiguado algo? —preguntó, ignorando la pregunta del forense. El interés del inspector frenó en seco a Ortega.

—Tuve mis sospechas en la escena del crimen, pero no quería aventurarme. Además, los vecinos estaban curioseando demasiado y no me dieron muy buena espina, la verdad. Por eso no te dije nada antes. ¿Estás solo ahora? ¿Puedes hablar?

Cobos miró a Ortega, que lo observaba un par de metros más abajo.

—Sí. Dime.

—La mujer presentaba signos de estrangulamiento con unas manos.

—¿Fue la causa de la muerte? —Esta pregunta despertó el interés de Ortega.

—Te diría que no, más que nada por el testimonio de la vecina que se alarmó por un chillido, posiblemente cuando la víctima fue lanzada al vacío.

—Entonces fue asfixiada en un forcejeo antes de caer por la ventana.

—Eso es. Y murió probablemente al golpearse contra el suelo. Te lo confirmaré más adelante, cuando haga la autopsia. Ten cuidado, Cobos. Esos vecinos parecen lobos con piel de cordero. Puedes encontrarte con verdaderos hijos de puta.

—Gracias. Llámame cuando sepas algo más.

—Descuida.

Cobos colgó y Ortega lo interrogó con la mirada, ansioso por escuchar una explicación.

—Se confirma que tenemos a un asesino en el edificio —fue la breve aclaración de Cobos.

Los agentes continuaron bajando escaleras sin percatarse de la atención que habían despertado en una de las vecinas. Amparo no había perdido detalle de la conversación que Cobos había mantenido por teléfono muy cerca de su casa. Mientras se dejaba la vista a través de la mirilla, las palabras del inspector habían traspasado la puerta con la nitidez necesaria como para ser comprendidas. Amparo esperó unos segundos y, cuando se cercioró de que Cobos y Ortega se habían marchado, se dirigió al salón y alcanzó el teléfono inalámbrico, que estaba en una mesita cerca de la televisión. Marcó rápidamente y se acercó de nuevo a la puerta, donde continuó observando por la mirilla a la espera de algo interesante al otro lado. Se llevó el aparato a la oreja y esperó señal.

—Soy yo, Amparo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gregoria al otro lado.

—Estos saben algo.

—¿Quiénes?

—Mujer, ¿quién va a ser? La policía.

CAPÍTULO 3

Tras hablar con Bermúdez, Cobos se puso en contacto con el comisario Vázquez para comunicarle el giro que acababa de dar la investigación. El inspector disfrutó de la conversación, que se produjo horas después de que Vázquez insinuara que a Cobos se le estaba «yendo la olla con tanta conjetura», justo cuando Ortega lo interrumpió con su presencia a la salida del bar. El comisario no admitió su tozudez a la hora de haber dudado de Cobos, aunque esto al inspector no le sorprendía, pues ya había dicho en alguna ocasión —y sus compañeros le daban la razón— que «Vázquez ni da las gracias ni pide perdón». Ahora contaba con su beneplácito para continuar con la investigación y eso era todo lo que el inspector necesitaba. Aunque Cobos se jugaba mucho. Sabía que el comisario no le iba a dejar pasar ni una, y sentía el peso de su mirada constantemente sobre él.

Aquella misma tarde, Cobos no quiso dar un paso en falso y regresó, junto con Ortega, a la comisaría para preparar la investigación que Vázquez había autorizado. Era el momento de trabajar con los datos personales de la víctima, desde su teléfono móvil hasta el acceso a sus redes sociales, y el inspector contaba con un equipo para ello. Ordenó a Ortega que se marchara a casa en cuanto comenzó a anochecer. Quería que estuviera descansado para el día siguiente. En cambio, Cobos permaneció en comisaría hasta bien entrada la noche.

—Deberías dejar eso a los de tecnológica —recomendó Celia, quien sorprendió a Cobos iluminado por la pantalla de un ordenador en la oscuridad de la sala mientras se peleaba con el teclado en silencio. Aquella policía conocía perfectamente al inspector, y solo le bastó observarlo durante unos segundos, cuando intentaba navegar por la red, para saber cuál era su problema.

—Pensaba que ya se habían marchado todos —se excusó Cobos.

Celia se acercó al inspector y apoyó una mano sobre su hombro.

—Enhorabuena. Vuelves a la calle.

Cobos asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Se ve que sí.

—¿Redes sociales de la víctima? —preguntó ella, aproximándose a la pantalla.

—Estos trastos son un jaleo. ¿Cómo se accede a los mensajes privados?

Celia alargó el brazo para hacerse con el ratón e inspeccionó las páginas a través de un par de clics, pero pronto recordó.

—Creo que a través de un ordenador no se puede. Tiene que ser mediante la app del móvil.

Cobos se recostó sobre el asiento, resignado.

—Estos chismes... Te haces más o menos con una red social y aparece otra. Todo para ponérselo más complicado a los viejos como nosotros.

—Habla por ti. —Celia sonrió—. Anda, no te quejes. Tú deja esto a los de tecnológica y mañana ya te pasarán un informe. Vete a casa a descansar con la familia.

Cobos no respondió, lo que provocó un silencio incómodo entre ambos. Celia dio por hecho su metedura de pata y decidió que lo mejor que podía hacer era marcharse.

—No te acuestes muy tarde, hay que estar activos para la investigación —le dijo, y se fue tras recibir la sonrisa del inspector como despedida.

Cobos se marchó, pero apenas pegó ojo aquella noche. Había vuelto a las andadas, de la noche a la mañana, y eso le producía una sensación de vértigo que no estaba seguro de poder sobrellevar. Sabía que aquella investigación era su prueba de fuego, la oportunidad que llevaba meses esperando para demostrar que su lugar está en la calle y no haciendo papeleo en comisaría. Pero lo atormentaba pensar que quizás aún no estaba del todo preparado. Los fantasmas del pasado volvían a visitarlo, y tampoco pudo deshacerse de ellos aquella noche.

Empapado en sudor, Cobos despertó en mitad de la noche por culpa de una pesadilla y no pudo volver a conciliar el sueño, ni siquiera con el medio paquete de tabaco que devoró durante esas horas para aliviarse. Dio vueltas en la penumbra de la habitación, tristemente decorada, de aquel sobrio apartamento que había alquilado meses atrás, y fumó junto a la ventana, expulsando el humo al exterior, como cuando era un adolescente de quince años y tenía que hacerlo a escondidas en casa de sus padres. Al llegar el alba, decidió darse una ducha para quitarse el olor a tabaco que le había dejado la noche de insomnio. Encendió la fría luz del baño, abrió el grifo de la bañera para dejar correr el agua y se miró en el espejo que había sobre el lavabo. Al verse reflejado, sintió un puñetazo en el estómago. Las ojeras en su rostro, el peso que había cogido durante las últimas semanas y el pelo desaliñado le daban un aspecto poco agradable y que nada tenía que ver con el Cobos de hacía unos meses. Además, ese bigote volvía su gesto más serio de lo habitual. Se acercó al espejo y se llevó las manos a la cabeza para inspeccionar su cuero cabelludo. La pérdida de pelo era algo ya inevitable. Resignado, se despojó de la ropa y se metió en la bañera.

En comisaría, Ortega recibía las felicitaciones de algunos de sus compañeros. Era su primera investigación de calle, y dos policías vestidos de uniforme y de edad similar lo rodeaban junto a la máquina de café.

—Bueno, y entonces, ¿qué tal con Cobos? —preguntó uno de ellos.

—Tiene sus cosas, pero bien —fue la prudente respuesta de Ortega.

—Ármate de paciencia. Dicen que se ha convertido en un capullo integral —añadió otro.

Ortega no quiso contestar.

—Ya no es el que era. Ha echado hasta barriga. Estas investigaciones ya le vienen grandes —intervino de nuevo el primero.

—Bueno, necesitará su tiempo para...

—Ni siquiera su mujer lo aguanta. Lo echó de casa, ¿sabes? —agregó el segundo, interrumpiendo a Ortega, cuyo intento de defensa quedó en balde.

—Buah, es que me lo imagino corriendo con esa panza... Un cuadro —soltó el primero.

La charla dio lugar a las risas, que en seguida fueron interrumpidas por la presencia de Cobos. Los escasos metros que lo separaban del grupo de policías no impidieron que escuchara el contenido de la conversación que estaban manteniendo. El rostro de Ortega traslucía vergüenza y arrepentimiento, aunque de su boca no hubiera salido ni una sola mala palabra hacia su superior. Solo Cobos puso fin al silencio incómodo que se había apoderado del ambiente.

—Vamos, tenemos trabajo —fue lo único que dijo el inspector.

Ortega lanzó una rápida mirada a sus compañeros, agachó la cabeza y se puso en marcha. Uno de los policías le tocó el hombro en señal de ánimo. Acompañó en silencio a Cobos hasta la salida y se metieron en el coche. Una vez en el interior, el inspector lo puso rápidamente al corriente.

—He hablado con Bermúdez, la causa de la muerte fue el golpe que sufrió como consecuencia de la caída, lo que ya sabíamos. Pero, como ya nos adelantó ayer, la víctima sufrió un fuerte estrangulamiento antes de ser lanzada por la ventana. —Conforme hablaba, Cobos se abrochaba el cinturón de seguridad y ajustaba el asiento del piloto, mientras Ortega lo miraba extrañado. ¿No iba a decirle nada de lo que acababa de ocurrir?—. Vázquez nos pide rapidez con el caso y Gregoria ha llamado a comisaría hace unos minutos. Dice que tiene algo que contarnos.

—¿La mujer que dio la voz de alarma ayer?

—Exacto.

—Un poco extraño, ¿no?

—Puede haberse acordado de algo, ahora lo comprobaremos. —Cobos introdujo la llave, dispuesto a arrancar el motor. Pero las palabras de Ortega lo interrumpieron.

—Siento lo de antes.

Cobos permaneció unos segundos callado, sin saber qué decir. Hizo un movimiento de cabeza, una rápida sacudida con la que pretendía restar importancia a lo sucedido. Ortega, aliviado, se dio por perdonado. El inspector puso en marcha el vehículo y se dirigieron de nuevo hacia el bloque de vecinos.

Al llegar a su destino, se encontraron el portón del edificio abierto y a Amparo y Fermín dentro del portal. La aparición de Ortega y Cobos les hizo cortar en seco una conversación que debía de ser bien interesante, a tenor del bajo volumen en el que dialogaban junto al ascensor.

—Buenos días —dijo Ortega, anunciando su llegada.

—Qué madrugadores —añadió Cobos.

—Hombre, ustedes dirán, cómo vamos a poder dormir. —Fermín se mostraba exageradamente afectado—. Nos tienen aquí en un sinvivir, sin saber lo que le ocurrió a la pobre Maira. —Mientras hablaba, zarandeaba el palo de la fregona de un lado a otro.

—Bueno, tampoco exageres —lo recriminó Amparo—. Que Maira de pobrecita tenía lo que yo de joven.

—No se alarmen —fue lo único que logró decir Cobos—. Estamos en ello.

—¿Ves? —Se dirigió Amparo a Fermín—. Te dije que no era un suicidio. Si dice que están en ello, es que hay algo que tienen que investigar.

—No, si ya, si ya...

El sonido de unos pasos anunció la llegada de la familia Jiménez Casado, que bajaban las escaleras vestidos de punta en blanco. Arturo, trajeado y con corbata; Belén, con blusa elegante, y el pequeño Clemente, con uniforme escolar.

—Hombre, agentes. De nuevo por aquí —saludó Arturo cuando se percató de su presencia en el portal.

—No hemos tenido ocasión de hablar —dijo Belén al llegar abajo. Amparo le dio un buen repaso con la mirada—. Hemos visto que con algunos vecinos sí que han entablado más conversación —apuntó con una sonrisa agradable, pero que denotaba cierta envidia por no ser el centro de atención—. Pásense por casa cuando deseen. Recuerden...

—Tercero izquierda —la interrumpió Cobos para dar muestra de su buena memoria.

—Sí, mi mujer les atenderá con mucho gusto —añadió Arturo.

—Clemente, saluda a los policías —ordenó Belén.

—¿Estos son los que van a averiguar quién tiró por la ventana a la del cuarto? —fue la inocente y espontánea aportación del pequeño de once años.

Belén sonrió, incómoda, y se excusó por las palabras del niño para restarles importancia.

—Bueno, yo me tengo que ir —dijo Arturo, mirando el reloj de marca de su muñeca. Dio un beso fugaz a su mujer y se dirigió a la salida.

—Arturo. —Belén llamó su atención y él se dio la vuelta.

—¿Qué? Si ya te he dado el beso —dijo él.

—El niño.

—Ay, el niño. —Un Arturo despistado alargó el brazo para que su hijo se acercara y le diera la mano, no sin antes recibir el beso en la coronilla de su madre. Arturo y Clemente abandonaron el portal.

Belén se dispuso a subir de nuevo las escaleras para volver a casa.

—Hala, hija, ya te has dado el paseíto. Ya puedes volver a ponerte el pijama —sentenció Amparo con picardía.

—Qué pesada es, Amparo. ¿No se cansa usted nunca? —Y, sin más, Belén emprendió, malhumorada, el camino de regreso a casa, escaleras arriba.

—Cómo me gusta dar caña a los pijos —dijo una orgullosa Amparo, que recibió una sonrisa cómplice por parte de Fermín como premio a su mala baba.

Gregoria abrió la puerta sumida en un evidente estado de angustia y sujetando una bayeta y un espray limpiador multiusos. Su excesiva muestra de preocupación contrastaba con el pasotismo de su marido, Arsenio, que apenas levantó la vista del televisor a la hora de saludar a los agentes. Al entrar en el salón, Cobos y Ortega se lo encontraron sentado en el sofá, en una postura cómoda y dejando descansar los pies sobre la mesita de enfrente. Parecía que la cosa no iba con él. Gregoria hizo pasar al inspector y al policía, y los invitó a sentarse. Cobos tomó posesión de una silla situada cerca de Arsenio y Ortega se sentó justo al lado de este en el sofá, en vista de las pocas opciones que tenía. Gregoria eligió un sillón junto al sofá y de cara a Cobos, ambos separados por la mesita.

El inspector echó un rápido vistazo al salón, dominado por unos muebles que probablemente llevaban allí desde que se instalaron sus dueños, y fijó su atención en una foto familiar que ocupaba el centro del mueble principal. Unos Arsenio y Gregoria visiblemente más jóvenes posaban junto a dos chicos adolescentes.

—Son mis hijos —apuntó Gregoria, que no le quitaba ojo al inspector—. Elena y José. El pequeño vive con su mujer y sus dos hijas a las afueras. Trabaja de camionero. La mayor vive en Hamburgo, que está en Alemania. Se fue allí con una beca y hasta el día de hoy. Siempre ha sido muy disciplinada. Trabaja para una empresa muy importante y está casada con un hombre de negocios.

La descripción de Gregoria delató de forma inconsciente una clara predilección hacia su hija mayor. Y, a su parecer, no le faltaban motivos. Elena fue una niña muy buena desde que nació y pronto se convirtió en el ojito derecho de su madre. Desde pequeña fue de lo más tranquila, no dio apenas guerra, y Gregoria tomaba su comportamiento como una bendición del señor. Pronto

empezó a leer y ya de adolescente se convirtió en un ratón de biblioteca. Su carrera profesional es el mayor orgullo de unos padres que no pudieron estudiar en la universidad. Se abrió camino en Alemania, donde no solo se convirtió en una trabajadora imprescindible en la plantilla de una gran empresa —o de eso alardeaba su madre—, sino que conoció al amor de su vida.

Todo lo contrario que José. Un niño que dio más problemas de los esperados. Tras la dulce infancia de Elena llegaron las noches de insomnio por culpa de los continuos berrinches de José, que minaron el estado anímico de sus padres. De adolescente la cosa cambió, a peor. José se convirtió en un chico conflictivo que no paraba de meterse en líos junto a sus amigos. Cuando no llegaba a casa una carta con una queja por parte del instituto porque él y sus amigos habían roto la puerta de un aula «jugando», era el sonido del timbre a las cinco de la madrugada. «He perdido las llaves», decía José con la cara ensangrentada. «Otra vez tenemos que cambiar la cerradura, y ya van tres este año». A su padre ya no le extrañaba que su hijo se metiera en peleas por culpa de la noche y el alcohol. Sin embargo, Gregoria lo sufría constantemente: «Este niño me lleva por la calle de la amargura», solía decir. Todo cambió cuando el chico experimentó el revuelo de las feromonas y se enamoró de una chica, no la más apropiada, según sus padres, pero al menos le sirvió para centrarse. Con los estudios dejados de lado y poca precaución a la hora de mantener relaciones sexuales, José y Jessica experimentaron la paternidad siendo muy jóvenes. «Qué van a decir los vecinos», pensaba Gregoria, al borde del desmayo. Pero lo que parecía ser un drama sirvió para que José tomara las riendas de su vida de una vez por todas. «A mi hija no le va a faltar de nada», y sacó pecho por su improvisada y recién estrenada familia. Nadie podrá echarle en cara ser un mal padre, las cosas como son. Gregoria presumía de nietas —porque unos años después de nacer Carla llegó Vanesa—, pero... «¿Y los hijos de la Elenita para cuándo?», le preguntaban a menudo a Gregoria, que solía decir que su hija estaba muy ocupada en cosas muy importantes. «Se le va a pasar el arroz», le contestaban. Y eso a Gregoria la ponía de los nervios, aunque disimulaba quitándole importancia. Se mostraba ante los demás como una abuela moderna: «Ahora los nuevos modelos de familia son muy distintos a los de antes —argumentaba—. Hay quienes se casan y no tienen descendencia. Otros que adoptan. Incluso hay parejas de hombres que recurren a los vientres de alquiler». Pero esta fachada moderna de Gregoria desaparecía cuando llegaba a casa y hablaba con su hija por teléfono: «Oye, tienes ya una edad y deberías...». «Mamá, ya hemos hablado de eso. Ahora no puedo», solía contestar Elena a más de dos mil kilómetros de distancia.

Gregoria aún tenía los utensilios de limpieza en las manos cuando todos tomaron asiento.

—Cuando estoy nerviosa me da por limpiar —se excusó mientras depositaba el pulverizador y la bayeta sobre la mesa. Arsenio dejó escapar una breve sonrisa y ella le lanzó una llamada de atención con la mirada, y con un leve movimiento de cabeza le ordenó que bajara los pies de la mesa. Él obedeció a regañadientes.

—Yo no iba a decir nada en un principio, no lo vi necesario —continuó Gregoria, que comenzó a declarar sin que nadie le preguntase—. Pero ya sabiendo que a Maira la han matado... la cosa cambia.

—¿A Maira la han matado? —preguntó Cobos con cierta intención de confundir a Gregoria.

—Ella es que siempre va por delante... —opinó Arsenio.

—Es lo que se habla por los rellanos —dijo Gregoria—. Eso aquí ya es un hecho y, como comprenderán, estamos todos muy asustados.

—Mucho —apuntó con ironía Arsenio, que no dejaba de mirar la televisión.

Ortega se debatía entre prestar atención a Gregoria o a su marido, ajeno a la conversación, pero no lo suficiente como para no apuntar ciertos detalles a lo que su mujer iba relatando con alguna palabra o con una sonrisa irónica. Observó por un momento a Cobos, que también clavaba su mirada en aquel hombre. Pudo comprender que el inspector estaba igual de sorprendido ante aquella situación.

—Verán, hay un chico aquí, latino, jovencito, de muy buen ver, se llama Amaro. —Cobos asintió con la cabeza y Gregoria prosiguió—: Se traía algo entre manos con Maira. En ocasiones los veía cuchicheando, y cuando él, que vive en el segundo, subía a hablar con ella, lo hacía de manera muy sigilosa. A veces incluso de noche, y al poco bajaba. Como si se estuviera escondiendo de algo o de alguien.

—Es que el tráfico de sal entre vecinos es lo que tiene —bromeó Arsenio.

—Ya les dije ayer a los policías que padezco de insomnio, y alguna que otra noche los he visto a través de la ventana en el piso de la actriz, que en paz descanse —añadió mientras se santiguaba.

—¿Y qué hacían ellos mientras los espiaba? —quiso saber Ortega.

—Oiga, yo no espío, ¿eh? —contestó Gregoria con aire digno—. Yo me asomo por la ventana y, si están a mi vista, pues los veo.

—Perdone —se excusó el policía.

—No hacían nada en especial. Solo hablar, y la verdad es que estaban muy poco rato juntos. Él solía marcharse rápidamente. Era todo un poco raro, la verdad.

—¿Los vio juntos horas antes de que se produjera la muerte? —preguntó Cobos.

—Que yo recuerde, no —contestó, haciendo memoria—. Fíjense que me parece extraño. Era como si estuvieran liados, ya me entienden. Ese cuchicheo, esas visitas a escondidas a su piso..., y no tiene nada de malo. Pero es que el chico parecía gay. Ya saben... Es bailarín, guapo, habla así de aquella manera... Vamos, que aquí todos pensábamos que era de la otra acera, como se dice de estos chicos.

—Habla por ti, querida —apuntó Arsenio.

—¿Quiere añadir algo? —Cobos se dirigió a él.

—Yo lo que quiero es que me dejen ver la tele tranquilamente. No vi nada, no oí nada. A mí me trae sin cuidado todo este asunto.

—Él nunca le da importancia a nada, cuando podríamos tener un asesino entre nosotros. —Gregoria estaba al borde de la lágrima.

—Qué exagerada, mujer —contestó su marido sin mirarla siquiera.

—Está todo el día pegado a tele, ¡ni el *Sálvame* me deja ver tranquila! —Gregoria buscaba compasión con su mirada.

—Entonces... —comenzó a decir Cobos para retomar el hilo—. A usted le consta que Amaro se veía a menudo con Maira y mostraban una actitud... curiosa, por así decirlo. —Gregoria asintió con un movimiento de cabeza—. Y eso le parece sospechoso.

—No, no, no. Yo eso no lo he dicho. Eso ya lo dice usted al sacar sus conclusiones como policía que es.

Cobos y Ortega no perdieron mucho más tiempo en casa del matrimonio. Ya tenían lo que querían: un nuevo hilo del que tirar. Bajaron las escaleras de la planta que separaba el piso de

Gregoria y Arsenio del de Amaro, y sorprendieron al joven saliendo de casa con una bolsa de deporte colgada al hombro.

—Amaro, ¿verdad? —La voz de Cobos sonó a su espalda y sobresaltó al chico, lo que provocó que se le cayera el llavero mientras intentaba cerrar la puerta.

—Ay, me asustaron —dijo sin disimular.

Amaro se agachó para recoger el juego de llaves y, cuando se incorporó, introdujo una de ellas en la cerradura.

—¿Tiene tiempo para que le hagamos unas preguntas? —volvió a intervenir Cobos.

—Pues justo ahorita salía de casa. ¿Qué pasó? —Amaro se volvió finalmente hacia los agentes, tras asegurarse de haber cerrado bien la casa. Su piel era morena y de aspecto suave; su rostro, delicado, y sus labios, carnosos. El pelo perfectamente cortado y la barba negra le otorgaban un atractivo evidente.

—Solo son unas preguntas que estamos haciendo a todos los vecinos —dijo Ortega.

—¿Conocía a la víctima? —intervino Cobos.

—No mucho. —Amaro no se pensó demasiado la respuesta—. O sea, sí, vivía acá desde hace poco. Pero no platicábamos demasiado. Qué mala vaina lo que sucedió.

—Entonces dice que no tenían apenas trato —añadió Cobos.

—Así es. A veces no nos veíamos por días.

—Y cuando se veían... —intervino Ortega.

—Nada, por aquí, por el pasillo no más.

—¿Sabe qué le pudo ocurrir?

—Bueno, botó por la ventana. Resbaló, imagino. Al menos así nos informaron.

—¿Sabe si algún vecino se llevaba mal con Maira? —quiso saber el inspector.

—No, que yo sepa... —El silencio se apoderó de la conversación y Amaro aprovechó para excusarse—. Debo irme, tengo una clase que dar.

—Descuide —dijo Cobos, dándole su aprobación.

Amaro se despidió y comenzó a bajar escaleras de forma acelerada. Ortega interrogó a su compañero con la mirada. Parece que tenían mucho de que hablar.

—Vamos arriba, mejor —dijo Cobos.

El hecho de que Maira hubiera aparecido con signos de estrangulamiento hacía necesaria una nueva inspección en el piso de la víctima. Todo parecía estar como lo habían dejado el inspector y el policía el día anterior. Ahora necesitaban ver algo más, centrarse en los pequeños detalles.

—¿Por qué mentirá? —preguntó Ortega mientras se colocaba unos guantes.

—¿Quién, el bailarín? —Cobos decidió entrar en una habitación que Maira usaba de estudio, junto a la entrada.

—¿Cree que oculta algo? —volvió a preguntar Ortega.

—Tampoco nos podemos fiar mucho de lo que diga Gregoria. Recuerda lo que ocurrió ayer con la declaración de Amparo.

Ortega empezó inspeccionando la cocina, y hubo un detalle que le llamó poderosamente la atención nada más entrar.

—Cobos, venga a ver esto.

El inspector tardó apenas unos segundos en acudir a la llamada de su compañero y al entrar esperó una respuesta por parte de Ortega. Pero el policía no dijo nada, a la espera de que el

inspector se diera cuenta por sí mismo.

—¿Qué ocurre? —Cobos avanzó por la cocina y se percató en seguida—. ¿Han fregado el suelo? —dijo al ver que no quedaba rastro alguno de las manchas de suciedad que advirtió el día anterior.

Ortega asintió con la cabeza.

—Alguien ha estado aquí...

—Borrando pruebas —terminó de decir Cobos.

El inspector salió de la cocina y se dirigió rápidamente al salón. Allí comprobó lo que se temía.

—También han limpiado la mesa donde estaban las copas —dijo al cerciorarse de que no quedaba resto alguno de las manchas que dejaron los vasos sobre el mueble.

—¿Quién puede tener las llaves de esta casa? —preguntó Ortega.

—Quizás hay una copia de cada piso en la portería.

—¿Habrá estado Fermín limpiando el piso?

—No lo creo.

—¿Algún vecino que haya accedido a las llaves a hurtadillas?

—Demasiado arriesgado —dudó Cobos.

Ortega abandonó el salón y dio una vuelta por la casa mientras Cobos permanecía de pie, junto a la mesita.

—¿Echas en falta algo? —preguntó al joven.

—Negativo.

—Debemos irnos, hemos quedado —dijo Cobos, mirando el reloj de su muñeca.

El inspector y el policía lograron salir del edificio sin cruzarse con ningún vecino. Cobos mencionó una escuela de teatro cercana. Se habían citado allí con Irina, una compañera de Maira con la que el inspector había contactado esa misma mañana en comisaría. Llegaron media hora tarde a su encuentro con la joven. Pero ella esperó. Estaba muy preocupada por su amiga, y la llamada de la policía a primera hora de la mañana la había puesto en estado de alerta. Irina aparecía como uno de sus principales contactos y solía mantener a menudo conversaciones con la víctima, tal y como recogía el informe que habían hecho los de tecnológica.

Irina se encontraba sobre el escenario cuando advirtió la llegada de los agentes. Bajó de un salto y recorrió en pocas zancadas la platea del teatro, hasta llegar a la última fila, donde aguardaban Cobos y Ortega. La sorpresa al conocer la fatídica noticia de que su amiga había aparecido muerta en el patio interior del edificio la dejó abatida.

—No puedo creerlo... —A Irina le costó asimilar la mala noticia—. ¿Cómo pudo caerse por la ventana?

—Bueno, estamos investigando lo sucedido para esclarecer los hechos —dijo Cobos.

—¿Creen que la tiraron? —Ninguno de los dos agentes respondió—. Pero ¿quién ha podido hacer algo así?

Cobos no contestó a su pregunta.

—¿Sabe si Maira tenía problemas con algún vecino? —preguntó el inspector.

Irina parecía no escuchar. Se llevó una mano al pecho y con la otra buscó el apoyo de una butaca para posteriormente sentarse. El teléfono móvil de Ortega emitió un breve sonido y el policía se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Extrajo la mitad del aparato, lo suficiente como

para ver quién estaba intentando contactar con él, y dejó caer de nuevo el móvil en el interior del bolsillo.

—Escuche, esto es muy importante. Necesitamos que nos diga si recuerda algún detalle, algo que nos pudiera ayudar para saber qué ha podido sucederle a su amiga. ¿Cómo era la relación con sus vecinos? —insistió Cobos.

—Pues... no recuerdo que me hablara de ellos. Aunque una vez fui a su casa y por las escaleras nos cruzamos con una pareja. Parecían majos. Nos saludamos y ya está. Luego Maira me dijo que eran todos muy pesados. Sin más.

—¿Tiene un juego de llaves de su casa? —preguntó Ortega.

—¿De Maira? Qué va. Éramos compañeras, amigas, diría, pero... tampoco teníamos ese tipo de confianza.

—¿Te comentó si alguno de sus vecinos las tenía? Ya sabes, en el caso de que un día se dejara las llaves dentro de casa al salir. Esas cosas pasan y, si vives solo, es bueno tener un juego de llaves a mano en casa de alguien de confianza.

Irina permaneció unos segundos en silencio, dudando, y finalmente negó con la cabeza. Cuando Cobos iba a dar por terminada la conversación, Irina recordó algo.

—Maira era un poco hermética con sus cosas. Me atrevería a decir que yo era lo más parecido a una amiga que tenía por aquí. Hemos salido un par de días de fiesta, pero nunca he visto a Maira relacionarse con mucha más gente, ¿saben? Bueno, a parte de los chicos con los que ligamos y eso. Ya saben... Pero en su día a día, ella no se relacionaba mucho con el resto. Un trato cordial con los del teatro, no es que fuera una borde. Pero a eso me refiero con que era un poco cerrada en ese sentido, muy celosa de su intimidad. —Irina hizo una pausa y Cobos le dio su tiempo para que siguiera hablando. Sabía que tenía algo más que decir—. Pero en una ocasión me habló de un vecino. No dijo nada especial, simplemente lo mencionó porque buscábamos bailarines para una representación y ella dijo que conocía a uno. Me sorprendió que hablara de un vecino, cuando nunca antes lo había nombrado. Le pregunté que si le gustaba, y ella lo negó. Obviamente me mintió y yo lo noté. Nosotras esas cosas las notamos.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Cobos.

—Hace un par de semanas. Tres como mucho.

—¿Recuerda su nombre?

—Creo que dijo algo así como Amadeo, Amancio... Quizás Adriano.

—¿Amaro? —intervino Ortega.

—Sí, puede ser. Dijo que era latino.

—¿Sabe si Maira llegó a hacerle la propuesta de bailar para vuestra compañía? —volvió a preguntar Cobos.

—Le pregunté al respecto días después y me contestó de manera cortante. Al parecer había rechazado colaborar con nosotros. No volví a preguntar. —Irina permaneció unos segundos con la mirada perdida; los agentes respetaron su tiempo de silencio—. Por favor, si alguien le ha hecho algo a Maira, encuentren al culpable.

Maira era la hija única de unos padres conservadores y autoritarios. Haber llevado una vida acomodada en uno de los mejores barrios de la ciudad podría ser lo que toda niña desea... o eso era lo que pensaban sus progenitores, quienes acostumbraban a satisfacer todos sus caprichos. El futuro de Maira llevaba años planeado por parte de sus padres, que habían pensado por ella cuál

iba a ser su destino. Por eso, cuando una joven Maira manifestó sus deseos de ser actriz, a su madre casi le da un soponcio. «¡Eso es trabajo de casquivanas, no lo voy a consentir!», gritaba su padre. Y es que eso no era para nada lo que tenían pensado para su hijita, a quien veían formando parte de la gran empresa familiar que tantos beneficios daba. Ya cuando una adolescente Maira se apuntó a una compañía de teatro como actividad extraescolar, debieron haber sospechado de las intenciones de la chica. Pero no le dieron mayor importancia al pensar que se trataba de un simple hobby pasajero. Pero cuando Maira creció y se rebeló al hablar de sus deseos ante sus padres, estos la echaron de casa, con el fin de que reflexionara. Pensaban que, al vivir sin las comodidades que le proporcionaban, Maira volvería con el rabo entre las piernas más pronto que tarde, arrepentida por haber intentado deshonorar el honor de la familia. Pero eso no ocurrió. Maira encontró trabajo y comenzó a valerse por sí misma. Se formó como actriz y, cuando pasaron los años, llegó su gran oportunidad. Debutaba en una obra de teatro e invitó a sus padres al gran estreno, con la intención de poner fin a años de silencio entre ellos. No había rencor por su parte. Pero ellos no solo declinaron la invitación, sino que días más tarde perderían la vida en un accidente de tráfico. Cuando la policía le comunicó a Maira la fatal noticia, no pudo hacer más que arrepentirse por todos los años que habían estado distanciados. No había opción de volver atrás y Maira solo pudo lamentarse y dejar que su cuerpo se consumiera por la rabia. Se convirtió así en la persona fría, seria y enfadada con la vida que sus vecinos conocían.

Ortega estaba ansioso por abandonar la escuela de teatro para comentar con Cobos lo que acababan de escuchar.

—Ese chico, el bailarín, miente como un bellaco —dijo nada más salir del centro—. Deberíamos ir a hablar con él —opinó. Su teléfono móvil volvió a sonar.

—Y tú deberías contestar —apuntó Cobos, señalando con la mirada el pantalón de su compañero.

Ortega obedeció, cogió el teléfono y leyó los mensajes que llevaba minutos recibiendo. Cobos aprovechó para echar mano a su paquete de tabaco y encenderse un cigarrillo. Mientras expulsaba el humo de la primera calada, fijó la mirada en Ortega, que contestaba moviendo los dedos con velocidad y con una sonrisa que lo delataba.

—Ya estoy —dijo el joven, devolviendo el móvil al bolsillo.

—¿Es guapa?

—¿Cómo dice?

—La chica con la que te escribes, ¿es tu novia?

Ortega sonrió tímidamente y miró al suelo. Cobos pudo percibir que se sonrojaba.

—Nada, es simplemente una amiga. Me ha escrito para ver si podíamos quedar.

—Vale, come con ella.

—¿Está de coña?

Cobos tardó en contestar, estaba disfrutando de una nueva calada.

—Eso, escríbele y dile que vais a comer juntos.

—Pero ¿no íbamos a...?

—Soy tu superior. Es una orden. Iremos después. Anda, vete. Yo comeré algo por aquí cerca. Pero te doy como mucho dos horas, ¿eh? No te columpies.

Ortega tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente se dio cuenta de que las palabras de Cobos iban en serio. Volvió a coger el teléfono y tecleó con la misma rapidez que segundos

antes. Esperó impaciente una respuesta que no tardó en llegar. Sonrió, y Cobos intuyó que había un «ok» al otro lado de la pantalla.

—Bueno, lo veo luego entonces. —Ortega se despidió y Cobos contestó con una sonrisa—. Gracias, inspector.

El joven ya se había puesto en marcha cuando lo detuvo su superior.

—Oye, Ortega. —El policía se dio la vuelta. Cobos apuró la colilla y la lanzó al suelo—. A ver cuándo empiezas a tutearme, chico.

Ortega sonrió como muestra de agradecimiento y se marchó calle abajo. El móvil volvió a sonar, y Cobos lo vio alejarse caminando, más pendiente del aparato que de lo que sucedía a su alrededor. El inspector negó con la cabeza mientras esbozaba una leve sonrisa. Echó un vistazo al reloj de su muñeca. Demasiado pronto para comer, necesitaba hacer tiempo. Buscó su teléfono en los bolsillos y lo encontró en el interior de la chaqueta. Tacleó y se llevó el aparato a la oreja.

—Soy Cobos. Oye, ¿tienes por ahí la dirección de trabajo del chico mexicano?

La escuela de baile en la que Amaro trabajaba como profesor estaba a apenas diez minutos del local de ensayo del teatro. Cobos se acercó hasta allí con la intención de hablar con el joven, se presentó como inspector en la recepción y no esperó a que la chica que lo atendió regresara. Ella le dijo que esperara y que volvería enseguida con Amaro, pero a Cobos le pudo su instinto curioso y decidió echar un vistazo a la escuela. Abandonó la sala de espera y se adentró en un amplio pasillo donde las paredes eran de cristal, lo que permitía observar desde fuera las salas donde niños, separados por edades, ensayaban junto a sus profesores. La música clásica se colaba a través de la puerta que la recepcionista había dejado abierta al entrar en una de las salas de ensayo. Mientras hablaba con la profesora, una decena de niñas permanecían apoyadas en una barra horizontal, practicando los pasos aprendidos. La profesora y la recepcionista conversaban, pero Cobos no pudo escucharlas. Continuó avanzando hasta el final del pasillo. Allí, al fondo de una sala casi despejada, sin rastro de alumnos, el inspector reparó en la presencia de Amaro. Estaba de espaldas al pasillo y parecía nervioso, a juzgar por sus movimientos, mientras hablaba con un joven de su edad. Cobos permaneció inmóvil, contemplando la escena junto a la puerta de cristal. Lástima que no pudiera escuchar lo que el profesor le decía a su compañero mientras se llevaba una mano a la cabeza y hacía aspavientos con los brazos. Su confidente lo abrazó, y fue entonces cuando pudo darse cuenta de que había alguien observando desde el pasillo. Notó la fría mirada del inspector, frunció el ceño y se separó de Amaro. El bailarín, violentado por la brusca separación de su compañero, se dio media vuelta y maldijo en silencio la presencia del inspector al otro lado del cristal. Cobos se fijó en su mirada, que no había podido ver hasta ese instante. Había lágrimas en sus ojos. El inspector dio un paso al frente, abrió la puerta y se dirigió al joven.

—¿Podemos hablar?

CAPÍTULO 4

Ortega caminó nervioso hasta el restaurante donde Marina lo había citado, cerca de la casa de ella. Fue un acto de valentía por su parte, y aún se preguntaba cómo había podido hacer algo así. Marina y Ortega llevaban semanas hablando, desde que se conocieron a través de una aplicación móvil de citas. No era la primera vez que él utilizaba uno de estos curiosos métodos para conocer gente, aunque muy pocas veces había llegado a quedar con alguna de esas chicas con las que hablaba. Ellas solían desaparecer cuando intentaban conocer al policía en persona y este les daba continuamente largas. No es que Ortega fuese un hombre exigente; simplemente, era bastante tímido e inseguro a la hora de ligar. La naturalidad y solvencia que le proporcionaba la relación virtual con distintas mujeres a través de la aplicación no se trasladaba posteriormente a sus encuentros personales.

Pero en esta ocasión, incitado por el inspector Cobos, había dado un paso adelante. Y ahora se arrepentía. Pocos metros lo separaban del restaurante, y sus piernas comenzaron a flaquear. Ortega se detuvo en seco y se llevó la mano a la frente: estaba sudando. Se secó con la manga de la cazadora y sacó el teléfono móvil del bolsillo. Estaba dispuesto a cancelar la cita con cualquier excusa laboral. «Esto ha sido demasiado precipitado», pensó. Pero antes de escribir un texto para cancelar la cita tuvo que leer el mensaje que Marina le había dejado hacía apenas dos minutos: «Te espero dentro. ¿Pido vino?». Ortega maldijo en silencio; sería una verdadera faena dejar colgada a la chica en ese momento. Ya no había marcha atrás.

Se armó de valor, entró en el restaurante y buscó con la mirada a Marina. Ella lo saludó desde el fondo de la sala y le hizo un gesto para que se acercara. El policía se aproximó con rapidez; temía que, si caminaba despacio, ella se percatara del temblor de sus piernas. Al llegar a la mesa, se saludaron torpemente. Él hizo un amago de darle la mano, y ella le ofreció su mejilla mientras se levantaba de la silla. Ortega reaccionó rápidamente, pero ya era demasiado tarde. Se dieron dos torpes besos y una sonrisa incómoda los delató a ambos.

—Siento el retraso —se disculpó—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Acabo de llegar —contestó ella mientras lo miraba de arriba abajo. «Está nervioso. Qué mono», pensó.

Ortega tomó asiento y comenzó a mirar la carta que descansaba sobre su plato vacío. Todo fuera por evitar el contacto visual con Marina.

—Me ha sorprendido tu proposición —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Pensé que nunca te iba a llegar a conocer en persona.

—Bueno, no tengo mucho tiempo, por el trabajo y eso.

—Eres poli, me dijiste, ¿verdad?

Ortega asintió con la cabeza y levantó al fin la vista. Marina era una chica guapa, las fotos que había visto no le hacían justicia. Eso fue lo primero que pensó de ella. Su pelo moreno caía suelto por debajo de los hombros, y su forma de apartarlo hacia atrás con las manos traslucía

cierta sensualidad. La observó unos segundos, aprovechando que ella también ojeaba la carta. Sus labios, pintados de color rojo, armonizaban con su perfume frutal, y había decidido dejar sin abrochar los dos primeros botones de su blusa blanca.

—Eres un tipo callado —dijo ella sin dejar de mirar la carta, lo que pilló por sorpresa al policía.

—Me cuesta hacer estas cosas.

—¿No sueles tener citas?

—Lo cierto es que no muchas.

—Vaya, eso me convierte en una afortunada.

Ortega sonrió a modo de respuesta. No mentía cuando decía que no solía tener muchas citas; llevaba poco tiempo en este mundo del flirteo. Había llegado a la ciudad hacía solo unos meses y apenas tenía experiencia.

Antes de ser Ortega, Ortega era Pablo, un niño que creció en un pueblo del sur de la provincia. Sus primeros años de infancia transcurrieron con normalidad hasta que llegó la etapa escolar. Pablo se caracterizaba por tener la oreja izquierda ligeramente curvada hacia delante, provocando una asimetría en su rostro lo suficientemente llamativa como para captar la atención de los niños de su edad. «Oreja», «soplillo» o «parabólica» eran algunos de los apelativos con los que se dirigían a él. Las burlas y el constante aislamiento al que lo sometían sus compañeros hicieron que Pablo adquiriera un carácter marcado por la inseguridad: se hallaba en permanente modo de alerta. Además, el hecho de que fuera uno de los niños más precoces a la hora de desarrollarse durante la adolescencia solo provocó más mofa entre sus compañeros. Dio un estirón considerable en cuestión de semanas e, incitado por cierto complejo, adoptó una forma de andar con la espalda encorvada, en un intento por frenar el despertar de sus hormonas. Con esto solo consiguió que pasasen de llamarlo «el Oreja» a «el Desgarbado».

Transcurrieron los años y Pablo apenas hizo amigos. Si bien en el instituto las burlas cesaron, los años de insultos habían hecho de él un adolescente desconfiado a la hora de relacionarse con los chicos de su edad.

En casa, la situación familiar tampoco ayudó demasiado a que Pablo tuviera una adolescencia feliz. Estuvo muy apegado a su madre, buscaba en ella el cariño que no encontraba en los niños de su edad. Su padre, una figura muy autoritaria, cuestionaba continuamente la actitud de su mujer con el chico: «Así nunca lo vas a hacer un hombre», se quejaba. Por eso a Pablo no le extrañó la reacción cuando, llegado el momento, le dijo a su padre que quería ser policía. «Tú qué vas a ser policía... ¿Tú te has visto? Tú no vales para eso; ni siquiera eres un hombre». Y Pablo se marchó a su habitación a llorar. Su madre, que siempre lo consolaba, entró en el dormitorio, lo abrazó y le dijo: «Eres muy valiente y conseguirás todo lo que te propongas en la vida».

Poco después de cumplir los dieciséis, su madre falleció a causa de una enfermedad que se la llevó en cuestión de semanas. Pablo había perdido a la persona más importante de su vida. Fue entonces cuando tuvo más claro que nunca que quería ser policía. Quería demostrarle a su madre que tenía razón cuando le decía que conseguiría todo lo que se propusiera en la vida. Acabó el instituto y se inscribió en una academia. Poco le importó la opinión de su padre al respecto, pese a que, dado que este no estaba de acuerdo con la decisión de su hijo, decidiera no costearle los gastos académicos. Pero a Pablo eso no lo frenó. Trabajaba por las mañanas en una cafetería, comía, iba un rato al gimnasio y por las tardes acudía a clases. Las noches y los fines de semana los aprovechaba para ponerse al día con las tareas de la academia y estudiar. Este ritmo de vida

lo mantenía ocupado y alejado de su padre, a quien veía más bien poco. Su relación era superficial, y el padre malhumorado se fue convirtiendo en el padre ausente. Era muy poco dado a las tareas de la casa y Pablo tomó las riendas desde que su madre faltó. Siempre encontraba un hueco para mantener el hogar limpio, y dejaba táperes con comida en la nevera que preparaba los fines de semana y que su padre iba calentando a diario en el microondas. Él nunca le dio las gracias. Nunca le preguntó cómo le iba en la academia. Nunca le dio un abrazo. Nunca actuó como un padre. Dos días antes de marcharse de casa definitivamente, Pablo decidió hablar con él. Estaban en la cocina mientras preparaban café.

—En dos días juro bandera.

—Ah —fue la respuesta del padre, sorprendido de que su hijo hubiera alcanzado su objetivo.

El padre, de pie y apoyado en la encimera, le echó un vistazo de arriba abajo y descubrió a su hijo con un aspecto distinto. Las facciones de su cara estaban visiblemente más marcadas y su complexión había evolucionado. Eso sí, seguía teniendo un aspecto desgarrado, pero se le veía mucho más maduro y asentado. «¿Cuánto tiempo llevará así?», se preguntó. Su hijo se había convertido en todo un hombre y él ni siquiera se había dado cuenta.

—Puedes venir al acto, será a las doce.

El padre asintió con la cabeza mientras miraba a su hijo, asimilando el cambio que había dado.

—Y otra cosa... —El padre levantó al fin la mirada—. Me voy a Madrid, me destinan allí.

—Vale, hijo.

—¿Te apañarás bien? —Pablo tenía motivos para preguntarlo. Meses antes había estado una temporada formándose en Ávila y, cuando regresó, la casa estaba hecha un desastre y la nevera, vacía.

—No te preocupes por mí, hijo. Podré apañarme.

—Le diré a la tía que se pase de vez en cuando.

El padre se despegó de la encimera e inició un movimiento para acercarse a su hijo con la intención de darle un abrazo. Estaba realmente orgulloso de él. Pero Pablo no captó sus intenciones y se marchó de la cocina, dejando a su padre algo apenado, observando su taza de café vacía. Ese amago de muestra de cariño había llegado demasiado tarde.

Una vez en la gran ciudad, Pablo pasó a llamarse Ortega, y no era algo que le molestase, a pesar de ser el apellido de su padre. Ese apodo lo convertía en una nueva persona, con una nueva vida. Descubrió que hacer amistades no era tan complicado y pronto tuvo como amigos a varios compañeros de profesión. En cuestión de chicas, la cosa era diferente. Ortega superaba la veintena y apenas había tenido contacto con mujeres. Aquellos besos una noche de borrachera con una universitaria durante su estancia en Ávila no volvieron a repetirse; tampoco los chats subidos de tono en los que había participado desde el ordenador de su casa durante sus largas noches de estudio cuando estaba en la academia. Su primera experiencia sexual tuvo lugar una noche en que el alcohol le sirvió de escudo. Había salido a tomar unas cervezas con unos compañeros cuando un grupo de chicas se les acercó. El flirteo fue mutuo con una de ellas y, de buenas a primeras, sin saber cómo había llegado hasta allí, Ortega se encontraba sin pantalones en la cama de una chica que acababa de conocer. Iba lo suficientemente borracho como para perder la vergüenza, pero ser consciente de lo que estaba haciendo. Desde fuera se vio a sí mismo torpe, pero eso no le preocupó. Por fin había perdido la virginidad. Lástima que no volviera a saber de ella, y no sería porque él no lo intentase. Pero la chica no se mostró nada

receptiva después de aquel encuentro. Ortega terminó borrando su contacto de la agenda telefónica después de haber tratado, en balde, de quedar con ella en un par de ocasiones. Se sintió muy dolido.

Fue entonces cuando Ortega se hizo asiduo a las aplicaciones móviles de citas. En ellas podía hablar con chicas sin la presión de estar cara a cara con una desconocida y sin la necesidad de tomarse algunas copas para superar la vergüenza. Chateaba a menudo con una y con otra, y en ocasiones las conversaciones subían bastante de tono. Pero no siempre que se muestra interés por una persona se recibe la misma respuesta de la otra parte. Ortega llegó a quedar con dos chicas, pero sus interesantes e incluso ardientes conversaciones se enfriaban después de mantener relaciones sexuales. La poca experiencia de uno, la pérdida del morbo una vez consumado, las expectativas, que caen por los suelos en ambos casos, el miedo al compromiso... Ortega se debatía entre sus impulsos carnales, su deseo de encontrar a la mujer de su vida —aunque fuese a través de una app— y su miedo a la soledad, y suponía que si algo fallaba tan estrepitosamente en sus relaciones, no era justo culpar de todo a una sola parte. No toda la responsabilidad iba a ser de él.

Marina hablaba sin parar. Presumía de un proyecto arquitectónico muy importante en el que andaba inmersa junto con sus compañeros de estudio. Ortega la escuchaba con atención, pero en ocasiones se le iba la mirada al fondo del restaurante. Le costaba horrores mirar fijamente a los ojos a las mujeres más de cinco segundos seguidos, por su maldita timidez.

—Bueno, y tú ¿qué me cuentas? Se te ve más hablador por teléfono —dijo ella, probando la pasta que había pedido.

—Perdona, es que estoy con mi primer caso y tengo algo de presión.

—Suena interesante, ¿algún asesino en serie suelto?

—Más bien una disputa vecinal. No puedo contar mucho, ya sabes. Secreto de investigación —desvió el tema Ortega, alargando el brazo para beber de su vaso con agua.

—Bueno, cuando nos casemos estas cosas tendrás que contármelas, en un matrimonio no puede haber secretos.

Esas palabras provocaron que Ortega se atragantara y se le escapara parte del agua mientras tosía, lo que asustó a Marina, que dio un bote en el asiento.

—¿Estás bien? Oye, que era broma, ¿eh?

—Lo sé, lo sé... —se excusó Ortega, que tomó otro sorbo para recomponerse—. Es que se me ha ido por el otro lado.

—Debe de molar eso de ser poli —dijo ella para desviar el tema.

Ortega asintió con la cabeza y decidió seguir comiendo.

—Oye, ¿en tu familia hay antecedentes de gemelos o mellizos?

Ortega no vio venir la pregunta de Marina.

—No, que yo sepa, ¿por?

—En la mía sí. ¿Te imaginas que tenemos gemelos? ¿Qué nombre les pondríamos? A mí me gusta Paula si es chica y Hugo si es chico. Si fueran dos chicas, Paula y Martina, y si fueran dos chicos, Hugo y Alejandro. Mi abuelo fue gemelo... —Ortega dejó de escuchar en ese preciso instante, a pesar de que Marina continuaba hablando, nombrando todo su árbol genealógico. Supo entonces que tener esa cita había sido un completo error. Marina llamó su atención—. Eh, oye..., te estoy hablando.

Ortega sacudió ligeramente la cabeza.

—Sí, ¿eh? Yo... Yo no estoy buscando niños en este momento.

—Ni yo, ni yo. Antes hay que conocerse.

Ortega fingió una sonrisa. Su teléfono sonó, lo sacó del bolsillo, vio que no era importante y lo guardó de nuevo. Fue entonces cuando sorprendió a Marina elevándose ligeramente en su asiento con la intención de cotillear quién le había escrito.

—¿Quién es?

—Nada importante.

—Y ¿por qué lo escondes?

—No lo escondo, simplemente contestaré más tarde. Estamos comiendo, no quería que nos interrumpieran.

—¿Es otra chica?

—¿Cómo?

—Es eso. Hablas con otras chicas. ¡Lo sabía, sois todos iguales!

—Marina, te estás equivocando.

Pero de nada sirvió. Marina rompió a llorar, lo que provocó que su mesa se convirtiera en el centro de atención de todo el restaurante.

—Siempre me hacéis lo mismo. Pero la culpa es mía, que soy gilipollas y no aprendo.

—Marina, escucha... —Ortega alargó su mano y tocó el brazo de Marina con el fin de tranquilizarla y aclarar la situación. Pero ella ya había entrado en un estado de histeria del que era difícil escapar.

—¡No me toques! —Se levantó de su asiento y se marchó al baño.

Ortega permaneció unos segundos paralizado, observando cómo su cita se marchaba ante la atenta mirada de camareros y comensales. Tenía que escapar de allí, el policía le hizo un gesto al camarero que les estaba atendiendo para pedir la cuenta. Su móvil volvió a sonar y decidió echarle un vistazo. Acababa de recibir un mensaje de Cobos: «Hay novedades».

CAPÍTULO 5

En el restaurante, Ortega aguardó unos minutos a que Marina saliera del baño, visiblemente mejorada, aunque en su rostro se podía intuir que había estado llorando. El policía le explicó que tenía que marcharse por una emergencia laboral, pero ella no entraba en razón. Ni siquiera después de enseñarle el mensaje que Cobos le había enviado: «Seguro que tiene truco», dijo ella. Resignado, Ortega se despidió de la joven y se marchó.

Avanzó a paso rápido hasta llegar a una calle próxima al bloque vecinal que investigaban. Allí lo había citado Cobos en su mensaje. Cuando se encontró con el inspector, este estaba devorando un bocadillo de aspecto preocupante.

—He llegado en cuanto he podido. —Se fijó en el bocadillo—. Oye, eso no tiene muy buena pinta, ¿no crees?

—¿Esto? —Cobos echó un vistazo dentro del pan. Si Ortega no le hubiera dicho nada, lo habría devorado sin tan siquiera mirarlo. Decidió dar un último bocado y tirar el resto en una papelería—. Bah, me da igual la comida —alegó mientras masticaba—. Lo que me gusta es lo bien que sienta el cigarrillo de después. —Y, acto seguido, sacó un pitillo de su chaqueta.

—Deberías dejarlo —le aconsejó Ortega.

—Hablas como mi mujer.

—Deberías hacerle caso a tu mujer.

—Hablas como mi madre.

Cobos disfrutó de su primera calada de un modo exagerado, para regodearse.

—¿Qué novedades tienes?

Y Cobos lo puso al corriente. Su conversación con Amaro en la escuela de baile lo había llenado de dudas. El joven bailarín le hizo un gesto a su amigo para que lo dejara a solas con el inspector cuando este entró en la sala de ensayo. Mientras Cobos se dirigía hacia él, Amaro aprovechó para secarse las lágrimas.

—¿Un día duro? —dijo Cobos cuando lo tuvo frente a frente.

—Cosas de familia, no más.

—Vaya, pensaba que lloraba por la muerte de su amiga Maira. —Amaro no contestó—. ¿Por qué no me dijo que eran amigos?

—Porque no lo éramos.

—¿No le ofreció trabajo en su compañía de teatro?

—Sí. Y no lo acepté.

—Pues están las cosas muy mal ahí afuera como para ir rechazando trabajos, ¿no cree?

—Ay, ya, no tengo sopa que soltar, inspector. ¿Qué quiere de mí?

—Que me diga la verdad.

—No mames, ¿no me cree lo que le digo? ¿Acaso qué piensa de mí?

—Pienso que para ofrecerle un trabajo debía de existir entre ambos cierta amistad, la cual usted está negando continuamente.

—¿Va a llevarme preso por eso?

Cobos negó con la cabeza.

—Mire, piense lo que quiera. Bastantes problemas tengo ya como para preocuparme ahora por esta pendejada. —Amaro dio por terminada la conversación y se dispuso a recoger sus cosas—. Que tenga un buen día, inspector. —Se despidió de Cobos y se encaminó hacia la salida.

—La culpa hace que nos sintamos fatal, ¿no cree? —disparó Cobos sin darse siquiera la vuelta. A su espalda, Amaro se volvió un instante dispuesto a rebatirle, pero decidió permanecer en silencio—. Por eso estaba llorando, ¿me equivoco?

Amaro negó con la cabeza y, sin responder siquiera, se marchó.

—¿Crees que él podría ser el asesino? —preguntó Ortega tras escuchar las palabras de Cobos.

—Tengo mis dudas. Sé que algo esconde, pero no sé qué. Y hay algo más.

Ortega esperó con atención.

—Cuando salí de allí, doblé la esquina y me topé con él. Lo escuché hablar por teléfono. Estaba algo nervioso. Me quedé apartado para que no me viera y oí que le decía a su interlocutor algo así como «me vale madre. Tenemos que hablar. Este pinche cabrón de inspector me lleva la chingada».

—¿Lo seguiste? ¿Se citó con alguien?

—Se vino directo a casa.

—¿Quieres que volvamos a hablar con él?

—No, pero vamos a vigilarlo muy de cerca. He llamado a comisaría, quiero saberlo todo sobre él. Hasta las veces que caga al día.

Lo que Cobos y Ortega aún no sabían es que Amaro había llegado a España con apenas diecinueve años. Cuando era muy pequeño se apasionó por el baile, y, aunque sus padres nunca pudieron prestarle la ayuda económica que necesitaba para formarse profesionalmente, eso nunca lo frenó para conseguir su sueño. La calle era su inspiración y los tutoriales que encontraba a través de Internet, su escuela. Se tomó muy en serio su pasión y se apuntaba a todos los castings que podía. Creyó alcanzar el éxito cuando un cazatalentos se fijó en él en una audición. Era español y le ofreció trabajo en España: «Vente conmigo, allí vas a triunfar, te lo aseguro». Y Amaro no se lo pensó dos veces. Aunque, eso sí, tuvo que consultarlo con su familia. Dejaba a sus padres al cuidado del resto de sus hermanos. Amaro era el mayor de cuatro, y mientras encontraba una oportunidad como bailarín, trabajaba para ayudar en la economía doméstica. Pero dejar México para viajar a España no significaba un abandono. Podría ganar mucho más dinero y ayudarlos más, aunque fuese a miles de kilómetros de distancia.

Pero todo resultó ser un engaño. En Madrid no le esperaba el trabajo de sus sueños. El cazatalentos no era en realidad más que el profesor de cultura musical en una escuela privada. Cuando Amaro aterrizó en la ciudad, el profesor le ofreció su casa. Confiado, se instaló en aquel apartamento, donde recibía extraños halagos por parte del llamado cazatalentos. Le había conseguido un casting para el día después de su llegada. Y ahí fue cuando Amaro recibió la primera sorpresa. Eso no era lo que había entendido cuando el profesor le prometió un trabajo seguro en España. Tenía que pasar un casting al que se presentaban más de quinientas personas. Y no, no lo superó. El ánimo de Amaro se derrumbó y quiso volver a México de inmediato, pero

no tenía dinero suficiente para coger un vuelo.

El profesor se aprovechó de la situación económica del joven para que este tuviera que depender de él. Le ofreció su pequeño estudio de soltero, a pesar de que solo tenía una cama de matrimonio. Sin embargo, Amaro se acomodó en el sofá nada más llegar. «Puedes venir cuando quieras a la cama, estarás más cómodo», le decía el profesor. «Hay sitio de sobra para los dos, no tienes de qué preocuparte», insistía. Pero Amaro rechazaba todas sus proposiciones, aunque tenía techo y comida gratis y recibía clases a diario mientras acudía, sin éxito, a un casting tras otro. El día en que Amaro consiguió trabajo como camarero en un restaurante, surgió la primera de las peleas.

—Tú no tienes por qué trabajar, lo que tienes que hacer es centrarte en tu carrera como bailarín. ¿Para eso te pago las clases?

—Necesito lana para enviar a mis papás y hermanos. Puedo compaginarlo perfectamente. Por las mañanas en el restaurante y por las tardes las clases de baile.

—Y si te surge algún casting por la mañana, ¿qué vas a hacer?

—Pediré el día libre o cambiaré el turno...

—Tonterías. Tienes que centrarte, chico.

—Pero necesito la lana...

—Yo te doy el dinero, ¿cuánto necesitas?

—No quiero su dinero, necesito valerme por mí mismo.

—¡Eres un desagradecido! ¡Vete de mi casa!

Y Amaro recogió algunas cosas rápidamente y se marchó a la calle. Esa noche llovía y se refugió en la puerta de una cafetería. Era tarde y estaban a punto de cerrar, pero el dueño vio la cara de desesperación del joven, empapado hasta los huesos, con una bolsa de viaje colgada al hombro, y lo invitó a pasar. Cenó la tortilla que había sobrado y apuró todo el tiempo que pudo. El dueño de la cafetería le comentó que cerca de allí había un hostel que tenía buenos precios para pasar la noche. No le cobró la cena y Amaro se marchó agradecido. Tenía el dinero justo para pasar la noche en el hostel, y en el restaurante no le pagarían hasta cumplir el mes de trabajo. Tampoco conocía a nadie en la ciudad. Aquella noche, Amaro lloró como nunca antes. Tumbado sobre la cochambrosa cama del hostel, se refugiaba del dolor observando una foto familiar.

Al día siguiente, Amaro regresó al apartamento para recuperar el resto de sus pertenencias y se encontró con un profesor muy arrepentido por lo que había ocurrido. Le pidió que lo perdonara y que volviera a casa. Amaro quería alejarse de él, pero en ese momento pensó que no tenía otra opción. Todas las formas de conseguir dinero rápido que se le pasaban por la cabeza eran ilegales o denigrantes. Le mintió cuando le dijo que renunciaba al trabajo y que se iba a centrar en las clases y en los castings. Pero poco duró el engaño. El profesor trabajaba por las mañanas y Amaro aprovechaba para ir a trabajar. Por las tardes recibía clases de baile y se veían solo por las noches. Un sábado, Amaro aprovechó la ausencia del profesor para invitar a una chica al apartamento. Era una compañera de trabajo y habían comenzado a coquetear días atrás. Cocinó para ella y, a media tarde, después de retozar en la cama, fueron sorprendidos por el profesor, quien, hecho una furia, echó de muy malas maneras a la joven de la casa.

—¿Quién te ha dado permiso para traer chicas a esta casa?

—Lo siento, no pensé que fuera a molestarte.

—¿No pensaste? ¿Así es como me pagas todo lo que he hecho por ti? Tú no te das cuenta de nada, ¿verdad, chico?

—No entiendo.

—¿De dónde ha salido esa fulana?

—La conocí en el restaurante.

Y fue cuando el profesor estalló. Amaro no solo le había roto el corazón al acostarse con esa chica, sino que le había mentido. Estaba trabajando a sus espaldas, y la mezcla de rabia y decepción hizo aflorar su peor cara.

Amaro se vio de nuevo en la calle, pero no como la vez anterior. Ahora tenía amistades a las que recurrir. El profesor se desesperó cuando vio que Amaro no regresaba. Lo llamaba día y noche y le enviaba mensajes: «Por favor, vuelve. Perdóname. Te necesito». Pero Amaro nunca respondió. Compartió piso con otros cuatro compañeros de trabajo en un barrio alejado del centro de la ciudad y, con lo poco que pagaba de alquiler, le daba para enviar algo de dinero a su familia.

Un día conoció en el restaurante a un importante director de una escuela de danza. Hablaba por teléfono mientras Amaro le servía la comida y el joven no pudo evitar el escuchar la conversación. La mitad de sus bailarines habían sufrido un accidente de autobús y tenían que hacer rehabilitación durante semanas. El director estrenaba obra en apenas unos días y necesitaba urgentemente a una decena de bailarines, si no se tendría que posponer el estreno, con el dineral que se había invertido. Amaro esperó a que el director colgara el teléfono y se ofreció. El director, preso de la desesperación, le agradeció la valentía y le concedió una prueba, que Amaro superó. Por fin había llegado su gran oportunidad. El día del estreno pudo ver al profesor sentado en la tercera fila. Lloraba mientras lo veía bailar, pero Amaro nunca supo si era porque estaba orgulloso de él o porque aún tenía el corazón roto. Nunca más volvió a verlo. Desde entonces, Amaro no ha dejado de trabajar y compagina alguna función que otra con su actividad de profesor en una escuela de baile. Cuando tuvo mayor solvencia económica, decidió mudarse al centro.

—¿Cómo ha ido la cita? —le preguntó Cobos a Ortega mientras se acercaban a la comunidad.

—Prefiero no hablar de ello.

Cobos no insistió. Tampoco hubiera podido. Algo llamó inmediatamente su atención. Era una niña, de unos diez años. Caminaba agarrada a la mano de su madre por la misma acera y se acababan de cruzar con ellos. La cara de la pequeña le resultó familiar. El tiempo pareció ralentizarse por un momento. El sonido ambiente se apagó. Solo se escuchaba el eco profundo de la voz de Ortega, a lo lejos, pero para él no parecía ser importante lo que le estaba contando. La niña pasó por su lado y Cobos se giró para observarla mientras se marchaba, ajena a su mirada. Madre e hija avanzaban resueltamente por la acera, alejándose cada vez más.

—¿Estás bien? —preguntó Ortega.

Cobos salió de su ensimismamiento. Estaba unos metros por detrás de Ortega. El policía había caminado varios pasos, creyendo que el inspector lo seguía, y había llegado hasta el portal. Al ver la cara de Cobos, que no parecía haberse enterado de lo que le había preguntado, insistió de nuevo.

—Estás pálido.

—¿Eh? Sí. Sí. Era solo que... Nada —disimuló como pudo Cobos.

—En serio, ese bocata no debía de llevar nada bueno.

—Será eso, sí. El puto bocadillo. Entremos.

En el portal se encontraron con un comité de bienvenida formado por Amparo, Gregoria, Fermín y Lucas, dispuestos en un corrillo y hablando entre sí.

—Ya vienen, ya vienen —alertó Gregoria.

—Buenas tardes —saludó Cobos.

—¿A quién vienen a detener? ¿Saben ya quién es el asesino? —preguntó Fermín.

—No venimos a detener a nadie —fue la respuesta de Cobos.

—Jesús, María y José. —Gregoria se santiguó—. Esta incertidumbre nos trae por la calle de la amargura.

—Estos polis no saben hacer nada —protestó Amparo—. Tendrían que llamar a los del CSI. Esos te solucionan un asesinato en un pispás, que lo he visto yo en la tele.

—Amparo, querida, el CSI solo existe en Estados Unidos. Aquí se llama de otra forma —comentó Fermín.

—¿Qué sabrás tú, inculto! —protestó Amparo.

—Que sí. Además, las siglas cambian. —Fermín no daba su brazo a torcer tan fácilmente.

—Pues, en ese caso, aquí sería el CIS —opinó la mujer.

—¿Pero esos no son los de las encuestas? —intervino Lucas.

—Que no, aquí en España es la UCO. —A Gregoria le vino la inspiración.

—¿Pero la UCO no es la Guardia Civil? —preguntó Fermín.

Cobos y Ortega observaban la escena con estupefacción. Al inspector le sorprendía la capacidad que tenían los vecinos para darle vueltas a un tema de conversación y entrar en bucle. Para Ortega, lo más llamativo era ver cómo se trataban unos a otros en determinadas ocasiones: se hablaban con cierto desprecio, pero luego no podían pasar el día sin echar esos ratos de tertulia. Como si de una gran familia se tratara.

—Tenemos mucho miedo. —Gregoria se dirigió a Cobos, dando por zanjada la conversación sobre el CSI.

—Ya veo, ya —ironizó Cobos. Solo Amparo se percató de la sorna en sus palabras, y le echó una mirada de arriba abajo de lo más reprobatoria. Cobos sacó la pequeña libreta de su chaqueta, pasó un par de páginas y observó al más joven del grupo—. Es usted Lucas Ferrer, ¿verdad?

La cara del joven se descompuso mientras asentía con la cabeza.

—Te ha tocado —apuntó Amparo.

—¿Pasa algo? —preguntó Lucas, rascándose la barba desaliñada, acorde con su pelo alborotado.

—No se preocupe, simplemente queremos hablar. Con el resto de los vecinos hemos tenido la oportunidad, pero con usted no ha sido el caso.

—Ah, pues... Sí, sí, claro. ¿Qué quieren saber?

Cobos echó un vistazo a su alrededor. Los demás vecinos estaban muy atentos a la conversación. Al inspector no le hizo falta hablar: su mirada actuó como una bomba de humo. Fermín se excusó con una tarea que aún le quedaba por hacer, Gregoria y Amparo se cogieron del brazo y comenzaron a subir las escaleras.

—Bueno, ustedes dirán —dijo Lucas con cierto nerviosismo cuando se vieron sin compañía en el portal.

—¿Por qué no subimos? —Y la pregunta de Cobos fue más una orden que una sugerencia. Comenzó a subir escaleras seguido de Lucas y, finalmente, Ortega, que le hizo un gesto al joven para que pasara delante de él.

—Nos consta que la relación entre Maira y, llamémosle así, el sector más longevo del edificio

no era muy fluida —señaló Cobos mientras ascendían—. Pero entre ustedes la cosa no tendría que ser así. Ambos eran jóvenes, quizás compartían gustos, son de generaciones más acordes... —Cobos se detuvo al llegar a la primera planta, justo al lado del piso de Lucas.

—Bueno, nosotros con Maira tampoco es que tuviéramos mucho trato. Llevaba poco viviendo aquí, no nos dio mucho tiempo a conocerla.

—¿Podemos pasar? —preguntó Ortega, señalando la puerta con la mirada.

Lucas se volvió un momento. Observó la puerta unos segundos mientras buscaba la respuesta idónea.

—Eh... Bueno, verán, es que acabamos de hacer reforma, estamos limpiando y, bueno, está todo hecho un desastre. No quiero que se pongan perdidos. —Dirigió de nuevo la mirada hacia el inspector y el policía, que lo observaban incrédulos—. Podemos hablar aquí. Aquí se está bien.

—¿Está su mujer en casa? —preguntó Cobos.

—Creo que no.

—¿Cree?

—Déjeme que lo compruebe. —Ortega hizo el amago de tocar el timbre, pero Lucas se interpuso entre el policía y la puerta.

—No, no, es que... a Paula no le gusta que la molesten cuando está en pleno proceso de..., ya saben, ordenando, limpiando... Verán, se pone como una furia cuando no está la casa como a ella le gustaría. Los obreros lo han dejado todo... ¡Puf! Ni se imaginan. Yo mismo bajaba a dar un paseo porque, entre ustedes y yo, necesito escapar un poco de tanto caos, ya me entienden.

—Señor Ferrer. Le vamos a tener que pedir que nos abra la puerta. —Cobos no estaba para excusas.

—Y yo les voy a tener que pedir una orden del juez si quieren entrar —contestó rápidamente Lucas. Las palabras salían temblorosas de su boca y con el equilibrio exacto entre la valentía que suponía imponerse a la autoridad y la sensación de estar metiendo la pata por su actitud.

Cobos dio un paso al frente, decidido a enfrentarse a ese joven que le estaba echando un pulso. No estaba dispuesto a dejar pasar por alto aquel acto de rebeldía por parte de Lucas. Pero Ortega, en un acto reflejo, lo detuvo con el brazo.

—Muy bien, pues volveremos muy pronto, señor Ferrer —dijo Ortega en un intento de evitar una disputa entre el joven y el inspector.

—Y yo les recibiré con gusto —contestó Lucas, y se despidió sacudiendo a un lado la cabeza, a modo de pequeña reverencia.

El inspector y el policía comenzaron a bajar las escaleras. Lucas permaneció inmóvil en el descansillo, aguantando estoicamente la mirada furiosa que le dedicó el inspector antes de desaparecer en un recodo de las escaleras. En cuestión de segundos los perdió de vista, y fue entonces cuando se percató del temblor de sus piernas y de la sensación de hormigueo que recorría todo su cuerpo.

De pronto, un grito distrajo a Lucas, que dejó de prestar atención a la gota de sudor que recorría su espalda. Cobos y Ortega se detuvieron en seco antes de llegar al portal. Paula, alertada por el mismo chillido, abrió de repente la puerta de su casa y se encontró cara a cara con Lucas, que la miró sin comprender. Cobos y Ortega subieron a toda prisa hasta el primer descansillo, donde permanecían inmóviles Lucas y Paula.

—Creo que es Gregoria —advirtió Paula.

El inspector avanzó a paso rápido y continuó subiendo escaleras. En cuestión de segundos llegó a la segunda planta, donde se topó con Amparo saliendo de casa. Su rostro transmitía

desconcierto: ella también había escuchado el grito y había salido para descubrir el origen de tal alarma.

—Viene de arriba —le dijo la mujer al inspector.

Ortega, Lucas y Paula alcanzaron a Cobos en la segunda planta. El inspector se disponía a subir a la tercera cuando se detuvo al ver que Julián bajaba a toda prisa.

—Es Amaro, algo ha ocurrido. No entiendo bien lo que dice Gregoria, pero es Amaro. — Julián jadeaba cuando llegó al pie de la escalera.

Cobos se volvió y observó la puerta que había frente a la de Amparo. Se acercó y llamó muy fuerte con el puño cerrado.

—Creo que nadie va a abrirle, inspector —dijo Arsenio mientras bajaba. Su mujer, Gregoria, lo acompañaba agarrada a su brazo, pues necesitaba ayuda para caminar debido al estado de nerviosismo en el que se hallaba. Con el otro brazo se agarraba a Belén, que se había ofrecido para ayudarla a bajar. Tras ellos, Arturo.

—Hay que echar la puerta abajo —apuntó Arturo.

Ortega dijo a los vecinos que se apartaran: estaba dispuesto a abrir la puerta por la fuerza. Se retiró unos pasos y, cuando ya estaba preparado para la embestida, Fermín lo detuvo.

—¡Tengo la llave, tengo la llave! —gritó mientras subía a toda prisa.

Al llegar, poco espacio quedaba para él en el descansillo, así que se detuvo dos escalones más abajo. Le pasó las llaves a Paula, quien se las ofreció a Lucas y este a su vez a Cobos.

—¿Qué coño pasa ahí abajo?! —vociferó Andrés desde la planta de arriba. Nadie contestó.

Cobos cogió la llave y la introdujo en la cerradura ante la atenta mirada de los vecinos. La giró, le dio un par de vueltas y abrió la puerta, echó mano a su cinturón y desenfundó la pistola. Amparo aprovechó para hacerle un gesto a Fermín, señalando con los ojos muy abiertos el arma del policía. Cobos entró en el piso, seguido de Ortega, que empuñaba su arma tras él.

—Será mejor que se queden aquí —les dijo a los vecinos.

Cobos y Ortega avanzaron por el pasillo hasta llegar al salón. No había nada llamativo en él. El intenso silencio hacía presagiar lo peor. El inspector se acercó hasta la cocina, se apoyó sobre el marco de la puerta y se llevó los brazos al pecho. Contó hasta tres en silencio, alargó los brazos y entró con brusquedad. Nada.

—Cobos. —Ortega reclamó su atención desde el pasillo.

El policía ya no estaba en modo alerta, había bajado los brazos. El inspector salió al pasillo y dirigió la vista hacia el lugar donde Ortega estaba mirando. La puerta del dormitorio de Amaro estaba abierta, había una silla tirada en el suelo, junto a la cama. Bajo el ventilador del techo de la habitación, el cuerpo sin vida del joven colgaba de una cuerda. Los vecinos ignoraron la advertencia de Ortega y, antes de que Cobos pudiera evitarlo, ya fue demasiado tarde. El grupo al completo se había arremolinado en el pasillo, y la angustia se dibujó en sus rostros al ver la grotesca escena.

—¡Vamos a morir todos! —gritó Gregoria.

CAPÍTULO 6

Nada se pudo hacer para salvar a Amaro. Su cuerpo llevaba demasiado tiempo sin oxígeno cuando Ortega y Cobos le encontraron colgado del ventilador. Una escena poco agradable de ver; incluso para el inspector, que llevaba más de dos décadas ejerciendo y enfrentándose a asesinos de lo más despreciables, capaces de dejar irreconocible un cuerpo.

Pero para Belén, y para el resto de los vecinos, era su primera vez. El pasillo donde se agolparon era reducido, y el hecho de que todos estuvieran compartiendo el mismo oxígeno en aquel espacio tan estrecho empezó a ser un problema para ella. Poco le sirvió a Belén apartar la mirada del cadáver: comenzó a experimentar un ataque de ansiedad y a hiperventilar. Todo el aire del mundo resultaba insuficiente para sus pulmones en aquel momento. Dio, con cierta dificultad, un par de pasos hacia atrás mientras el resto de vecinos permanecía ajeno a su estado. Era demasiado morboso para ellos contemplar a Amaro colgado de aquel ventilador. Nadie miró atrás, nadie se alarmó por los esfuerzos de aquella mujer por respirar, sintiendo todo el peso del mundo sobre su pecho.

Cobos hizo el amago de cerrar la puerta de la habitación, aunque fuera ya demasiado tarde y todos estuvieran contemplando con asombro lo que se cocía entre aquellas cuatro paredes. Pero el inspector se detuvo al ver a Belén en el pasillo, luchando por respirar, cada vez con más dificultad, y entonces los vecinos se giraron. Arturo se acercó rápidamente a su mujer y la sujetó antes de que esta se desplomara.

—No hay dos sin tres —fue el desafortunado comentario de Amparo que nadie aplaudió.

El forense Bermúdez no tardó en llegar. Junto a él, una docena de personas, agentes vestidos de uniforme y personal sanitario, que se dedicaron a atender a Belén. Fue difícil despejar el piso, que los vecinos se alejasen de la escena del crimen y permanecieran en sus hogares. Allí se les tomó de nuevo declaración a todos ellos.

Cobos decidió dejar cierta intimidad a Bermúdez y permaneció a la espera junto a Ortega en el salón. En cuanto el forense dio por finalizado su trabajo y ordenó el levantamiento del cadáver, salió de la habitación para hablar con el inspector y el policía. Se acercó a ellos llevando consigo la bolsa transparente con las pruebas encontradas en la escena del crimen.

—Esto estaba en el bolsillo del pantalón del chico. —Bermúdez le entregó la bolsa a Cobos. En el interior había una nota con un mensaje manuscrito.

—«No soportaba la presión, lo siento» —leyó Cobos, torciendo el gesto, porque dos muertes, aparentemente por suicidio, en un mismo bloque de vecinos en cuestión de días resultaba demasiado sospechoso para el inspector.

—Me la llevaré para analizarla —informó Bermúdez cogiendo la bolsa de las manos del inspector.

—Dudo que sea suicidio —dijo Ortega a Cobos en voz baja.

—Yo también —contestó Bermúdez—. El cuerpo presenta síntomas de resistencia. Tengo que hacer un examen más exhaustivo, pero me atrevería a decir que fue asesinado con la misma cuerda con la que apareció colgado. Las manos tienen serias evidencias de que antes de la muerte hubo forcejeo. Presenta arañazos y un fuerte golpe en la frente, y en el cuello hay marcas de manos, probablemente las suyas propias en un intento de separarse de la cuerda que lo estaba asfixiando.

Ortega y Cobos se miraron el uno al otro tras escuchar las palabras del forense, que se dio media vuelta y se despidió sin mirar atrás con un «te llamo en cuanto tenga algo más».

—¿Descartamos el suicidio? —preguntó Ortega cuando Bermúdez se marchó.

Cobos contestó haciendo un gesto de duda que Ortega no supo interpretar. Los policías fueron abandonando poco a poco la vivienda después de haber recogido algunas muestras, haciendo especial hincapié en la habitación de Amaro. Su cadáver ya iba camino del anatómico forense, y Cobos volvió a entrar en la habitación donde lo encontraron sin vida. Ortega fue tras él.

—Si Amaro no se ha quitado la vida, el verdadero asesino se está tomando muchas molestias para hacernos creer que estamos ante una avalancha de suicidios —opinó Ortega.

—En caso contrario, si Amaro se ha suicidado, es porque no podía soportar la culpa de haber matado a Maira —contestó Cobos mientras se asomaba por la ventana.

—¿Tú piensas que él mató a Maira?

Cobos tardó unos segundos en contestar.

—Tengo mis dudas. Esa nota autoinculpándose no me cuadra. Quizás Amaro sabía quién era el asesino y este lo mató para luego inculparlo y así no dejar cabos sueltos.

—Quizás cuando lo escuchaste hablar por teléfono al salir de la escuela estaba hablando con él. Dijiste que parecía discutir con alguien.

—Eso es —dijo un repentinamente lúcido Cobos.

Salió a toda prisa de la habitación y llamó al último agente que estaba a punto de abandonar el piso. Cargaba con un maletín que Cobos le pidió que abriera. El policía se acercó hasta el sofá para apoyar el maletín y dejó que Cobos lo inspeccionara. En el interior había varias pruebas que los policías habían creído pertinente analizar con detalle en el laboratorio. Cobos se lanzó para coger el teléfono móvil en cuanto lo vio. El policía ofreció un guante al inspector y este se lo puso rápidamente para sacar el móvil de la bolsa. Deslizó el dedo pulgar por la pantalla para desbloquearlo y fue directo hacia el icono del teléfono, para ver el listado de llamadas. Cuando accedió a ellas, maldijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ortega mientras se acercaba a él.

—La última llamada que aparece es de hace dos días. La de hoy ha sido borrada para no dejar rastro. —Se dirigió al agente—: ¿Podréis recuperar esa información?

—Le daremos máxima prioridad —contestó devolviendo el teléfono a la bolsa.

Cobos dio las gracias a su manera, con algo parecido a una sonrisa. El policía cerró el maletín y se marchó.

—Ahora ya tengo menos dudas —dijo Cobos cuando Ortega y él se quedaron solos en el piso.

El teléfono del inspector comenzó a sonar. Sacó el móvil del bolsillo y miró unos segundos la pantalla. Cobos podía intuir que el comisario Vázquez llamaba hecho una furia, y era consciente de que con cada tono de espera aumentaba aún más su ira. Cuando estaba a punto de dejar de sonar, Cobos descolgó y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Qué cojones está pasando en ese edificio, Cobos?! —El comisario ni siquiera esperó a que el inspector atendiera la llamada con un «¿sí?»—. ¿Vas a dejar que se te mueran los vecinos uno

a uno?

—Tenemos serias sospechas de que...

—¡Me importan tres cojones! —Vázquez gritaba tanto que Ortega podía escuchar perfectamente sus alaridos a varios metros de distancia—. Los periodistas ya se han hecho eco. Se refieren al caso como «el edificio de los suicidios».

Cobos se acercó a la ventana del salón y descorrió la cortina. Miró hacia abajo y allí pudo verlos: una decena de periodistas se agolpaban en la calle junto al portal. Algunos simplemente hablaban entre sí; otros ensayaban micrófono en mano mientras los grababan las cámaras de sus compañeros.

—Maldita sea —dijo Cobos en voz baja.

—Acaba con esto de una puta vez —sentenció el comisario.

—Eso haré —contestó Cobos mientras se alejaba de la ventana. No dio tiempo al comisario para que respondiera. Colgó y se dirigió a Ortega—: Vale, si el asesino quiere que pensemos que Amaro se ha suicidado porque él había matado a Maira, eso es lo que vamos a hacer.

—De ser así, deberían haber terminado los crímenes —añadió Ortega.

—Exacto, y el asesino bajará la guardia. Hay que estar atentos por si da un paso en falso. Sígueme.

Cobos bajó a toda prisa las escaleras hasta llegar a la primera planta y fue directo al piso de Lucas y Paula. Llamó tres veces a la puerta y esperó. Lucas no tardó en abrir.

—Inspector.

—Veníamos a disculparnos por la conversación de antes. Mi compañero y yo no estuvimos muy acertados con nuestra actitud.

—Ah, no se preocupe. Está todo bien —dijo Lucas, apoyando el pecho sobre la puerta.

—Teníamos que sospechar de todos y cada uno de los vecinos, es nuestro trabajo. No volveremos a molestarle —añadió Ortega, que no tardó en seguirle el rollo a su superior.

—Ah, pero... ¿ya se ha terminado todo? —preguntó Lucas.

—Sí, al parecer, Amaro se ha autoinculpado de la muerte de Maira antes de quitarse la vida —contestó Cobos.

—Santo cielo, ¿fue él? —Paula apareció de repente, abriendo la puerta de par en par. Estaba escondida detrás de su novio.

Solo un par de segundos le bastaron a Cobos para saber que en ese piso no se había hecho ninguna reforma reciente, tal y como Lucas había mencionado hacía escasas horas. Tuvo entonces la certeza de que el joven le había mentado, y este notó en el gesto del inspector que lo había pillado. Todo estaba ordenado en el interior de la vivienda, no había rastro del caos que Lucas había descrito. Se apreciaba algún que otro desconchón en la pintura de las paredes, ni siquiera estaban recién pintadas.

—La reforma, bien, ¿no? —preguntó Cobos.

Paula y Lucas se volvieron y miraron al interior del piso, en busca de una respuesta convincente que no llegaba. Ortega dio un paso al frente y se acercó hasta el marco de la puerta. Había algo que le había llamado la atención y se preguntaba si Cobos también se había percatado de ello. No le hizo falta mucho tiempo para confirmar su sospecha. Se acercó a los vecinos, aprovechando que estos continuaban mirando el interior del piso e inspiró con fuerza: el olor era muy característico, no había lugar a dudas. Supo enseguida que Lucas y Paula no tenían nada que

ver con los asesinatos, pero... quizás estaban cometiendo otro tipo de delito.

—Vamos a entrar —dijo Cobos.

Y ninguno de los dos inquilinos lo evitó. Ya era demasiado tarde.

Paula y Lucas se conocían de toda la vida. Desde pequeños coincidieron en la escuela y pertenecieron a la misma pandilla. A los catorce años comenzaron a salir y, desde entonces, han estado juntos. Aunque, bueno, han tenido sus crisis y lo han dejado en alguna ocasión. Pero desde los veinte, cuando comenzaron a tomarse en serio su relación, no se han separado. Ya habían superado el típico romance adolescente, plagado de altibajos emocionales, y eso, con la edad, los había hecho más fuertes a la hora de afrontar una relación estable. Ahora rondaban los treinta y esquivaban como podían las preguntas de sus amigos y familiares que tanto les incomodaban: «¿Para cuándo la boda? ¿No habéis pensado en tener hijos?». Ellos culpaban al trabajo, a la economía y a un sinfín de factores que usaban como excusas, pero lo cierto es que estaban bien así y no les apetecía ni casarse ni tener hijos. Sabían que la sociedad no entendía tan fácilmente su decisión, y por eso no eran sinceros a la hora de contestar.

Ella trabajaba como profesora de inglés sustituta mientras se preparaba las oposiciones año tras año. Había cursos que los trabajaba casi al completo, y otros, en cambio, en los que daba clases apenas un par de meses. Él trabajaba como diseñador gráfico en una empresa modesta. No obstante, ser mileurista en una ciudad tan grande no suponía éxito profesional alguno. A esta modesta economía familiar se sumaban, desde hacía algunos años, unos ingresos extras.

Cuando Lucas comenzó a fumar marihuana a escondidas con apenas quince años no sabía que aquella hierba le iba a traer tan buenos momentos en el futuro. No solo por los viajes que le proporcionaba aquella droga en el parque junto a sus colegas. Desde que abandonó la casa de sus padres, el joven se hizo con una planta de marihuana para consumo propio. La cuidaba como si de un bebé se tratara y vivía tranquilo porque sabía que aquello no constituía ningún delito. Pero un día un compañero de trabajo lo sorprendió en uno de los descansos fumando aquella hierba. Él acostumbraba a fumarla sin llamar la atención: solo algunos amigos sabían que tenía aquel vicio y muy pocas veces lo hacía durante su jornada laboral. Pero aquel día no, aquel día necesitaba unas caladas y un compañero lo vio.

—Oye, ¿y esa mierda que fumas?

—¿Quieres probar?

La probó y le gustó. Y quería más. Del «mañana te traigo un poco» pasaron al «oye, que te la pago», «no hace falta», «que sí, que sí...». Y así comenzó todo. Lucas se convirtió en el camello oficial de la oficina, dispuesto a abastecer de maría no solo a sus compañeros, sino también a los amigos de estos. Fue un proceso lento y casi improvisado. Al principio, por probar, pero luego se añadió el compromiso para el amigo de un amigo y finalmente resultó ser todo un negocio clandestino. Lucas tuvo que hacerse con más plantas, que cultivaba en casa a escondidas bajo la aprobación de Paula. Si aquellas plantas traían dinero a casa, ella no tenía nada malo que objetar al respecto.

Cobos se guio por su olfato, avanzó por el pasillo y se detuvo ante una puerta cerrada. Ortega, Lucas y Paula lo siguieron. Agarró el pomo, lo giró y se encontró con lo que esperaba. En cuanto abrió la puerta, sintió una tremenda bofetada debido al tufo. Aquella habitación servía como

plantación clandestina de marihuana.

—Ahora me dirá que es para consumo propio —objetó Cobos.

Pero Lucas y Paula permanecieron callados, incapaces de decir nada, por lo avergonzados que se sentían. Ortega soltó entonces un discurso sobre lo grave que era vender marihuana y los delitos que ello conllevaba, mientras Lucas y Paula escuchaban cabizbajos. Pero Cobos no parecía interesado en la conversación y decidió abandonar la vivienda, interrumpiendo de esta forma a su compañero:

—Deshaceos de esta mierda. —Sonó más a amenaza que a consejo por parte de Cobos.

Ortega observó sorprendido la reacción del inspector, se despidió de la pareja y salió en busca de Cobos, que se dirigía escaleras arriba. Cuando lo alcanzó ya estaba en el descansillo del segundo piso.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Ortega.

—No tenemos tiempo que perder —contestó Cobos, frenándose en seco.

—Ya, pero tenemos que avisar a comisaría. La venta de marihuana es un delito —dijo Ortega.

—Yo ahora lo único que tengo en mente es encontrar al asesino que se está cargando a sus vecinos —replicó, bajando el tono de voz—. Ya habrá tiempo de frenar a la pareja camella. Ahora la prioridad es otra.

Y, sin más dilación, el inspector continuó subiendo escaleras. Ortega se resignó y lo siguió.

Belén se encontraba mejor tras ser atendida por los enfermeros. Cuando Cobos y Ortega llamaron a su puerta, Arturo los invitó a pasar, después de buscar la aprobación de su mujer con la mirada, él desde la puerta y ella sentada en el sofá del salón. Un ligero movimiento de cabeza por parte de ella sirvió para que Arturo lo interpretara como un sí.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Cobos al entrar en el salón.

Ella respondió con un gesto amable e invitó al inspector y al policía a que se sentasen. Cobos se tomó un par de segundos para echar un rápido vistazo a la estancia. Supo en seguida del buen gusto y del estatus económico de los inquilinos con solo observar algunos detalles de la decoración.

—Lamentamos que haya tenido que presenciar una escena tan grotesca —fueron las palabras de Ortega al tomar asiento. Dejó espacio para que Cobos se sentara junto a Belén y él se mantuvo más alejado, en un sillón colocado junto al sofá—. No ha sido agradable para nadie —añadió a continuación, mientras se acomodaba.

Mientras los policías intentaban romper el hielo con Belén, Cobos fijó su mirada en Arturo, que permanecía de pie, inmóvil, junto a la puerta del salón. Belén observó al inspector y después a su marido, que parecía un auténtico pasmarote allí plantado, sin saber si sentarse o dejarles intimidad.

—Cariño, ¿podrías bajar a la farmacia a por las pastillas que me han recetado? No me gustaría que se hiciera tarde y cerrasen —dijo Belén a su marido.

Arturo accedió sin rechistar, preguntó a su mujer antes de marcharse si se encontraba bien y se dirigió a la salida.

—Vuelvo enseguida.

—Él no tiene nada que ver con esto —dijo Belén cuando se aseguró de que su marido se había marchado.

—¿A qué se refiere? —preguntó un curioso Cobos.

Belén se frotó la frente con la mano, en busca del valor necesario para contar lo que estaba a punto de confesar. Aquello que llevaba meses callando. Aquello que la atormentaba día tras día. Aquello de lo que no sabía si sentirse culpable o dichosa. Aquello que la había llevado a cometer el pecado más carnal.

CAPÍTULO 7

—Yo no pensaba que esto fuera a acabar así —comenzó a decir Belén con un tono de voz que oscilaba entre el arrepentimiento y las ganas de hablar.

—¿Por qué no nos cuenta qué ha pasado? —insistió el inspector.

Belén permaneció unos segundos en silencio, buscando quizás el valor necesario para hablar. Cobos no le quitaba ojo, intentando descifrar cada gesto, cada mirada al vacío de aquella mujer. Cuando al fin se decidió a hablar, su hijo Clemente apareció en el salón. La inocencia se dibujaba en su rostro.

—¿Se ha ido papá? —preguntó el niño. Llevaba consigo la carcasa de un juego de fútbol para videoconsola.

—Sí, cariño. Vendrá en un momento.

—Me prometió que íbamos a echar una partida. —Parecía decepcionado.

Cobos miró a su compañero, y a Ortega le bastó solamente un segundo para comprender lo que su superior quería decirle.

—¿Puedo ver qué juego es? —Ortega se levantó y se acercó al chico. Al llegar hasta él, le colocó la mano en el hombro y echó un vistazo al juego que llevaba en las manos—. Hace tiempo que no juego a este. ¿Te parece que echemos una partida antes de que vuelva tu padre? Así puedes ir calentando para cuando regrese.

Clemente asintió con la cabeza y se dio media vuelta.

—Vale. Pero que sepas que, aunque sea pequeño, te voy a ganar —dijo el niño mientras caminaba, directo a su habitación. Ortega lo siguió y cerró la puerta del salón tras de sí. Cobos aprovechó para mirar a Belén. No hizo falta decir nada para que ella comenzara a hablar.

—Arturo y yo siempre hemos sido muy felices. Nos conocimos en una fiesta universitaria hace ya casi veinte años. Nos presentó una amiga mía que a su vez era prima de él. En seguida surgió la chispa, nos gustamos y comenzamos a salir juntos. Yo estudiaba derecho y él, economía. Recuerdo que teníamos muchas aspiraciones en la vida... Incluso hablamos en alguna ocasión sobre la posibilidad de trabajar juntos, montando nuestra propia empresa. Ya sabe cómo son los inicios de las relaciones. Nos prometimos de todo, incluso amor eterno. —Belén aprovechó para esbozar una media sonrisa irónica—. El primer año de relación fue muy intenso. Yo vivía con mis padres y él pasaba el año en una residencia de estudiantes en la que no dejaban entrar a chicas. Aprovechábamos cualquier parque, cualquier salida de mis padres y hasta cualquier baño de discoteca para meternos mano y desfogarnos como animales. No se escandalice, inspector, éramos jóvenes y muy apasionados. Y perdone que me ande por las ramas, pero lo creo necesario para que entienda lo que ha pasado y por qué.

—No se preocupe.

—Durante el último curso, él alquiló un estudio cerca de la universidad. Sus padres se lo pagaban, son gente con pasta. Y allí pasábamos buena parte de las semanas. Al licenciarnos, yo me apunté a un máster y él comenzó a trabajar; su padre se aseguró de que consiguiera empleo

en una buena oficina nada más terminar la carrera. Al tiempo yo también empecé a trabajar, nos fuimos a vivir juntos, ya de forma oficial, y acabamos en este piso. Comenzamos a ahorrar para la boda, y al poco de casarnos fuimos a por el niño. Cuando me quedé embarazada, la empresa para la que yo trabajaba aprovechó para no renovarme el contrato, que vencía por entonces, y decidieron no contar más conmigo. Al principio no me preocupó demasiado, iba a estar de baja por maternidad de todos modos. Ahora puedo decirle que llevo once años sin ejercer. Se ve que eso de ser mujer y madre sigue estando mal visto en según qué sectores laborales.

Cobos aprovechó para mostrar su descontento y negar con la cabeza, en un intento por solidarizarse con Belén.

—Mi cuerpo cambió con el embarazo, y mientras que mi apetito sexual se incrementaba día tras día, el de mi marido se desplomaba. Y no lo culpo. Mi barriga era cada vez más grande, mis tobillos parecían bolas de billar, aumenté veinte kilos de peso. El posparto no fue nada fácil tampoco; me costó recuperar mi peso habitual. Para entonces, Arturo y yo llevábamos tanto tiempo sin sexo que ya nos habíamos olvidado de lo mucho que nos deseábamos el uno al otro. Fueron pasando los años, y cuando no culpábamos de nuestro tedio a la presencia de Clemente, lo achacábamos al cansancio. Siempre había una excusa entre nosotros para no hacer el amor. Lo peor de todo es que nos parecía lo más normal del mundo. ¿Sus motivos? Pregúntele a él. Por mi parte, le puedo nombrar varios: desgana, apatía, frustración por haberme convertido en una mujer encerrada en el cuerpo de un ama de casa...

»Y entonces llegó Amaro al edificio. Yo, en un primer momento, no me fijé en él. Pero su sonrisa y amabilidad llamaron mi atención un día en el que nos encontramos en las escaleras. Se acababa de estropear el ascensor y yo iba muy cargada con las bolsas de la compra. Se ofreció a ayudarme y me acompañó hasta casa. Una vez dentro, estando los dos a solas, tuve el primer impulso de abalanzarme sobre él. No me pregunte por qué pasó, inspector. No sé si fue por el morbo de estar solos o qué, pero quise besarle en aquel preciso instante. Cosa que no hice, por cierto. Le ofrecí tomar algo, pero él declinó mi invitación. La verdad es que no quería hacer nada de lo que pudiera arrepentirme, a pesar de que mi otro yo me suplicaba que lo retuviera en casa el mayor tiempo posible, en un intento de alimentar más mi fantasía sexual. Por su parte, ya desde ese momento noté que me miraba con ojos... ¿Cómo podría explicárselo sin quedar como una descarada? Con ojos de deseo. Así definiría su mirada. Y no es que lo diga yo; esas cosas se notan.

Cobos continuaba escuchando las palabras de Belén sin interrumpir. En ocasiones asentía con la cabeza para darle a entender que comprendía lo que le estaba contando.

—El caso es que Amaro se marchó y ese día esperé a que llegara mi marido para hacerlo. Conseguí dormir pronto a Clemente, y Arturo y yo hicimos el amor y disfrutamos como hacía años. Ese jovencito había despertado en mí una pasión, un deseo sexual que creía muerto hasta aquel momento. Pero después del polvo con mi marido me sentí fatal. Tuve una sensación extraña. Mi cuerpo desnudo estaba en la cama con Arturo, pero mi mente pensaba en aquel chico y se lo imaginaba desnudo sobre mí mientras yo gozaba cada vez más. Me sentí fatal, como si hubiera engañado a mi marido, ¿sabe a qué me refiero?

—Puedo hacerme una idea.

—Al día siguiente volví a ver a Amaro por el portal, pero lo rehuí a toda costa. Nos saludamos rápidamente y salí despavorida hacia la calle, para evitar cualquier conversación con él. Quizás todo había sido una percepción mía y él apenas le había dado importancia a la tensión sexual vivida el día anterior. Me sentí ridícula. Me abochorné por lo que acababa de hacer, así que

cuando regresé a casa aproveché para llamar a su puerta, dispuesta a disculparme por mi actitud. Él no pareció habérselo tomado a mal. Ahí me di cuenta de que quizás todo estaba en mi cabeza, que lo estaba exagerando demasiado. Me ofreció pasar con la excusa de que lo ayudara con un asunto legal. Buscaba asesoramiento. Amaro quería saber qué tenía que hacer para traer a uno de sus hermanos a España. Había ido a informarse a la oficina de extranjería, pero no acababa de entender la burocracia y el papeleo de este país a la hora de recibir a los extranjeros.

Belén se tomó unos segundos de pausa para continuar con su relato. Cobos supo entonces que estaba a punto de desvelar algo doloroso para ella.

—Nos sentamos a una mesa que usa como comedor, me sacó algunos papeles y me contó su historia. Yo lo escuchaba fascinada mientras él hablaba de México, de su familia, del baile... Recuerdo que apoyé la cabeza en la mano... Me encantó oírle hablar con aquella dulzura sobre su cultura, su familia y su amor por la danza. Pasamos un buen rato, le dije lo que tenía que hacer con el tema de su hermano y me dispuse a marcharme. Pero la tensión sexual fue evidente durante la despedida. Me acompañó hasta la puerta y, antes de abrir, me plantó dos besos. Cuando se acercó me quedé paralizada, nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro. Pude oler su piel, mis labios estuvieron muy cerca de los suyos; no se separó demasiado después de darme los dos besos, permaneció muy cerca de mí unos segundos más. Lo miré a los ojos, él miraba mis labios, levantó la mirada buscando la mía y yo agaché la cabeza, avergonzada. Acerqué mi mano al pomo de la puerta y abrí. Él continuaba mirándome a los ojos, podía notarlo, a pesar de que yo evitaba cualquier contacto visual con él. Me despedí, no recuerdo muy bien qué le dije, y salí.

»Él cerró la puerta y yo permanecí unos segundos paralizada en el rellano. Di un paso al frente: estaba decidida a regresar a mi casa y olvidarme de todo aquello. Pero algo me lo impidió. Mi propio deseo sexual actuó por mí, me frenó en seco e hizo que girara sobre mí misma. Me encontré frente a frente con la puerta que Amaro acababa de cerrar. Me acerqué, no hizo falta llamar, él me estaba esperando al otro lado, supongo que observándome a través de la mirilla y deseando que regresara. Abrió de par en par la puerta y dejó que entrase de nuevo. Y nos besamos. Nos besamos como se besan dos jóvenes por primera vez, como besa alguien a su amante después de permanecer meses distanciados. Nos besamos como dos pecadores clandestinos. Yo no soy religiosa, pero eso es un pecado, ¿no? Al menos, yo lo entiendo así. Sabía que estaba haciendo algo malo, pero no podía dejar de hacerlo.

»Lo hicimos esa tarde y también el día después. Y dos veces más la semana siguiente. Nuestros encuentros comenzaron a ser cada vez menos casuales. Pero yo dejé de sentirme mal en seguida, inspector. Me había reencontrado con lo que creía haber perdido hacía ya muchos años. Por primera vez en mucho tiempo me sentía guapa, atractiva, deseada. Pensé que eso para mí era ya cosa del pasado. Pero Amaro me devolvió todo eso, me devolvió mi juventud. Porque, a pesar de tener ya los cuarenta, yo me siento joven y tengo sueños y deseos como cualquier chica de veinte.

»Al principio todo entre nosotros era solamente sexo. Siempre encontrábamos un par de huecos a la semana para vernos. Entre el trabajo de mi marido, el suyo, Clemente..., a veces nos costaba encontrar el momento ideal para vernos. Pero siempre lo conseguíamos. Y poco a poco nos convertimos en algo más. En amigos. Amigos con derecho a roce. Teníamos complicidad. No solo nos lo montábamos, también hablábamos de nuestras cosas. Amaro era para mí un gran apoyo, y quiero pensar que yo para él también lo soy. O, bueno, lo era.

—¿Qué ocurrió entonces para que las cosas se torcieran? —preguntó Cobos, intuyendo un giro

radical en el testimonio de Belén.

—Solíamos tener bastante cuidado a la hora de quedar. No queríamos que nadie se enterara de nuestros encuentros, y mucho menos mi marido. Pero cuando ves que pasa el tiempo y nadie te descubre, te confías. Bajamos la guardia y Maira nos sorprendió una mañana. Yo salía de casa de Amaro, tan enamorada y ciega como una quinceañera, pisé el rellano caminando hacia atrás, mirando a Amaro, y me despedí con un beso. Cuando me volví, dispuesta a subir a mi casa, me encontré con Maira en las escaleras, muy sorprendida. Supe entonces que habíamos metido la pata, pero nunca llegué a imaginar que tanto.

Cobos frunció el ceño y Belén se explicó:

—En aquel momento comenzó un chantaje de ella hacia nosotros descomunal. Nos pedía dinero a cambio de su silencio. Yo le solté pasta la primera vez sin rechistar. No quería, por nada del mundo, que Arturo se enterara de que su mujer se la estaba pegando con el vecino mexicano del segundo. Pagué yo los trescientos euros en su totalidad, que era lo que nos pidió en aquel momento. Amaro vive, o vivía, con el dinero justo, y además enviaba una parte a su familia. Yo pude apañármelas para conseguir la pasta sin que mi marido se diera cuenta.

»Pero Maira no se quedó para nada conforme y, cuando le venía en gana, pedía más y más dinero. De nada servían mis súplicas; le pedía que se apiadara de mí. Pero ella era una mujer retorcida y despiadada. Porque yo tendré mis fallos, inspector, pero ella era mala. Amaro me llegó a comentar que como él no podía pagarle, ella le pedía otro tipo de favores... Usted ya me entiende. Se le insinuaba descaradamente delante de mí cuando coincidíamos en el portal, y a mí me hervía la sangre. Pero me tenía que controlar, no podía montar una escena de celos, si no, todo se iría al traste. Era una tortura soportar todo aquello y, cada cierto tiempo, tener que comprar su silencio con dinero. A saber lo que hacía con ese dinero la muy...

—¿Y todo ese odio se le fue de las manos en algún momento?

—Si me pregunta si yo maté a Maira, la respuesta es no. Ya me sentía bastante mal por engañar a mi marido, no me quiero ni imaginar si tuviera que cargar con un muerto a mis espaldas.

Cobos no contestó y Belén interpretó su silencio como un indicio de duda.

—Inspector, si le he contado todo esto, es porque la culpa me estaba matando por dentro. Necesitaba desahogarme y no podía hacerlo con nadie más que con usted, sé que no va a decir nada. Acabo de perder a mi amante. Necesitaba justificarle mi ataque de ansiedad al ver su cuerpo colgado. Pero no tengo nada más que confesar, créame. Yo no maté a Maira.

—¿Cree que pudo ser Amaro?

—Él sería incapaz de hacer algo así.

—Hemos encontrado una nota en la que se autoinculpaba por el asesinato de Maira. Decía que no podía más con la presión y que lo sentía.

Belén se llevó la mano al pecho y abrió la boca, sorprendida.

—No sé, inspector —dijo, negando con la cabeza cuando se recuperó del shock—. Por una parte, me cuesta creerlo, pero... ¿quién sabe lo que pasaba por su cabeza?

—Piénselo un momento. Amaro veía que usted sufría. Usted, la mujer a la que, imagino, amaba. Y Maira era la culpable de todo ese sufrimiento, además de ser una amenaza para su amor secreto... —Cobos sabía que lo que estaba haciendo no era nada ético, pero su único objetivo era provocar una reacción en Belén. Ella había vomitado toda su historia, pero era posible que se le hubiera escapado algún dato importante o una confesión más grave que la del adulterio.

—Pero... si Amaro mató a Maira para frenar el chantaje y acabar con nuestro sufrimiento..., ¿por qué iba entonces a suicidarse después? No me cuadra, inspector.

—Quizás es verdad lo que pone en su nota, que no pudo con la presión.

Belén no parecía muy convencida con esta teoría.

—¿Su marido no estaba al tanto de sus encuentros con Amaro?

—Créame, inspector. Si Arturo supiera algo de todo esto, ya me habría dejado y puesto de patitas en la calle. Nunca habría permitido una cosa así. Es demasiado orgulloso. Él no se da cuenta de nada, su trabajo lo absorbe por completo. Y si no ha echado de menos el sexo con su mujer en diez años, no lo iba a echar en falta ahora. Amaro y yo éramos muy discretos, a pesar de que esa bruja de Maira nos pillase, maldita la hora.

—¿Ocurrió algo ese día, antes de que Maira muriera? ¿Discutieron?

—Yo ese día no la vi. Siempre intentaba evitarla. Solía observar por la mirilla antes de salir de casa, no quería cruzarme con ella por nada del mundo. Pero Amaro sí que la vio, me lo dijo él mismo. Ella le escribía constantemente, como le he dicho antes. Subió hasta su piso para decirle que lo dejara en paz. Y discutieron.

—¿En alguna ocasión Amaro cayó en el chantaje?

—¿Que si follaron? No. Amaro me era fiel. Y no creo que a Maira le gustara en realidad, simplemente lo hacía porque sabía que eso me molestaba.

—¿Qué hizo usted la madrugada en la que Maira murió?

—Dormir. Era muy temprano cuando ocurrió todo.

—¿Estaba su marido con usted?

—Por supuesto. ¿Me está interrogando, inspector?

El sonido de unas llaves abriendo la puerta interrumpió la conversación. Arturo estaba de vuelta y traía consigo una pequeña bolsa con el logotipo de una farmacia. Cobos dio por finalizada la visita y se levantó.

—Bueno, nos marchamos para que puedan descansar.

Clemente apareció en el salón.

—Papá, vamos a jugar, me lo prometiste.

—Claro que sí, déjame que acompañe a estos señores hasta la puerta.

—No quiero jugar más con él —dijo el niño, refiriéndose a Ortega—. Ha hecho trampa.

Ortega entró en ese preciso momento en el salón con cara de circunstancias; intentó negar las palabras del crío, pero pensó que era absurdo llevarle la contraria a un niño de once años. Cobos y él se despidieron y salieron del piso.

—¿De verdad has hecho trampa? —preguntó el inspector una vez que se encontraron a solas en el rellano.

—Para nada. Me temo que el chico no está acostumbrado a perder.

Cobos cerró los ojos y sacudió la cabeza.

El inspector decidió que no era buena idea hablar en el rellano y bajaron hasta el bar cafetería que había frente al portal. Allí, Cobos puso al corriente a Ortega de su conversación con Belén mientras tomaban un café apoyados en la barra y sentados en unos taburetes.

—Crimen pasional... —pensó Ortega en voz alta—. Eso explicaría el asesinato. Amaro pudo haber matado a Maira para acabar con el chantaje al que él y Belén estaban siendo sometidos por parte de la víctima.

—Pero eso no explica la muerte del joven —matizó Cobos.

—Bueno, tenemos la duda del suicidio —apuntó el policía.

—Ya, pero ¿qué hay de las marcas de resistencia que presentaba su cuerpo? —le recordó Cobos—. Además, no tiene sentido que después él se suicidara.

—Cierto. ¿Y Belén? Podría haber sido ella. Odiaba a Maira.

—¿Y después matar a su amante? No lo creo.

—¿Y qué piensas de Arturo?

—Supuestamente no sabía nada. Y Belén dice que estaban juntos cuando Maira murió. No obstante, deberíamos hablar con él.

—Y ¿por qué damos por hecho que estamos ante un único asesino? ¿Y si...? —Ortega se pensó unos segundos su nueva teoría—. ¿Y si hay dos asesinos, cada uno con su móvil, independiente del otro?

Cobos permaneció unos segundos callado. Quizás lo que estaba planteando su compañero no era tan descabellado.

—¿Y si Amaro o Belén, o ambos, mataron a Maira y después alguien vengó la muerte de la actriz? —Ortega continuaba tirando del hilo de su propia teoría.

—Pero Maira no tenía muchas amistades como para que vengaran su muerte —recordó el inspector.

Ortega se quedó en silencio, buscando una nueva teoría. De pronto, recordó.

—He estado hablando con el niño.

—¿Has interrogado a un menor?

—Eh... Bueno, han sido solo unas preguntas inocentes.

—Y ¿qué te ha dicho? —A Cobos no pareció importarle mucho que su compañero se saltara el protocolo.

—Bueno, se ha referido a Amparo como una bruja.

—¿Cosas de críos, quizás?

—No sabría decirte. Clemente dice que es mala, y, bueno, muy agradable no es, las cosas como son. La hemos visto tratar mal a Belén en algunas ocasiones delante de todo el mundo, incluido su hijo. En otro contexto te diría simplemente que es una mala vecina, pero habiendo dos muertes de por medio...

—Eso es aventurarse demasiado.

—Ya, pero piensa un segundo. Amparo fue la primera vecina con la que hablamos. Ella fue la que nos buscó y sembró en nosotros la primera teoría...

—Y nos quiso despistar apuntando directamente a Andrés. —Cobos terminó la frase de su compañero.

El sonido del teléfono móvil de Cobos los interrumpió.

—Joder, espero que no sea Vázquez —dijo el inspector.

No era el comisario quien intentaba ponerse en contacto con Cobos, sino el forense.

—Bermúdez —dijo al descolgar.

—¿Qué hay, Cobos?

—¿Qué tienes? —El inspector sabía que si Bermúdez se estaba poniendo en contacto con él, era porque tenía algo importante que contarle, así que se ahorró los saludos de cortesía. Quería que fuera al grano.

—Nada, te confirmo lo que ya os dije. El cuerpo de la víctima presentaba síntomas de resistencia en el cuello y las manos. Tiene arañazos en el cuello por intentar quitarse la cuerda y,

además, hemos encontrado restos de piel en las uñas. Los hemos enviado a analizar.

—¿Algo más?

—Sí. En el piso había muchas huellas, al menos de tres personas distintas. Coinciden con las encontradas en las copas requisadas en casa de la primera víctima.

—Interesante —dijo Cobos.

—Pero te llamo principalmente por otra cosa. —Cobos no dijo nada; esperó a que Bermúdez hablara—: Me he puesto en contacto con los de tecnológica, sabía que te urgía que analizaran el móvil y les he metido algo de prisa.

—Te lo agradezco.

—Tenías razón, sí que había una llamada que había sido borrada. Tuvo lugar a las 14.12 horas y se produjo desde el teléfono de Amaro al de... —Bermúdez se detuvo unos segundos para buscar el nombre entre los papeles que estaba leyendo—. Aquí está. Belén Casado.

—No jodas.

—Así que nada, te dejo, que tienes trabajo. Suerte.

Cobos colgó. Ortega había escuchado la conversación al completo y estaba perplejo.

—¿Amaro llamó a Belén? ¿Esa fue la llamada que presenciaste y que posteriormente alguien borró? —preguntó el joven.

—Esto no me lo esperaba.

—Tenemos que volver a hablar con ella —dijo Ortega, levantándose.

—No, no, espera. —Cobos lo detuvo con el brazo—. Tengo una idea.

La cosa se complicaba para Cobos y Ortega, pero el inspector sentía que estaba cada vez más cerca de descubrir la verdad. Tenía varios frentes abiertos. Una llamada de Amaro a Belén en la que parecían discutir; quizás Belén sabía algo más sobre la muerte de Maira que no había querido contar. Quizás Belén sabía que Amaro era el asesino y, aterrada, acabó con su vida minutos más tarde. O quizás los dos planearon matar a Maira, pero entonces..., ¿quién acabó con la vida de Amaro? ¿O realmente había sido un suicido? Aunque eso no concordaba con el hecho de que hubiera mostrado resistencia antes de morir. Pero tampoco había que descartar la teoría que apuntaba hacia Amparo, esa vecina que quizás pudo haber intentado despistarlos en un primer momento. ¿Y si Amparo también estaba al tanto de la aventura sentimental que mantenían Belén y Amaro? ¿Y si, por el contrario, Maira también chantajeaba a Amparo con algún secreto? ¿Y si Maira chantajeaba a algún otro vecino? Todas estas preguntas pasaban por la mente del inspector, que decía tener un plan que podría ser el definitivo para dar con el o los asesinos.

CAPÍTULO 8

Cobos y Ortega no daban crédito a lo que estaban presenciando en el pequeño apartamento de Fermín. El inspector tuvo un primer impulso de detener aquella escena surrealista, pero, por otro lado, sintió la necesidad de saber cómo iba a acabar todo aquello, hasta dónde podía llegar el portero del inmueble con semejante comedia.

Pocos minutos antes habían vuelto al edificio, dispuestos a poner en marcha un plan que tenía como objetivo dar con el asesino. Para ello necesitaban la ayuda de Fermín, a pesar de que esto pudiera suponer un impedimento para que el plan funcionase a la perfección. Pero el inspector y el policía debían correr ese riesgo.

El cielo se había oscurecido hacía ya un par de horas, y la puesta de sol trajo consigo un viento invernal que advertía de la llegada de una noche de lo más fría. Cobos y Ortega se encontraron con el portal cerrado, y justo cuando el inspector se disponía a llamar al portero automático, recibió un mensaje en el móvil. Cobos sacó el aparato del bolsillo de su chaqueta y observó la pantalla durante unos segundos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ortega.

El inspector terminó de leer y le pasó el teléfono a su compañero.

—Vaya —leyó el joven—. Justo a tiempo, ¿no?

Cobos recuperó su móvil. Acto seguido, llamó al telefonillo y esperó respuesta.

—¿Sí? —preguntó en seguida Fermín al otro lado del aparato.

—Somos el inspector Cobos y el agente Ortega.

—Pasen —respondió y la puerta se abrió acompañada de un agudo e insoportable ruido de bisagras aquejadas por el paso del tiempo.

—Os estaba esperando. Pasad —fueron las palabras de Fermín, ya en el portal.

Cobos y Ortega entraron en su pequeño apartamento, iluminado por el tenue brillo de unas velas. La poca luz no impidió que Cobos echara un rápido vistazo a la estancia, compuesta por una cocina americana que conectaba directamente con el salón. Al fondo, dos puertas. Cobos intuyó que eran el cuarto de baño y el dormitorio. No había más. Ortega dio un codazo con disimulo al inspector y, justo en ese momento, Cobos reparó en lo que estaba a punto de suceder.

—Ya sé cómo dar con el asesino —comentó un entusiasmado Fermín.

El portero había despejado la mesa baja que había junto al sofá para colocar sobre ella una tabla de ouija. Era fácilmente reconocible. Sobre el tablero, Fermín había colocado un vaso de cristal boca abajo. Se sentó en el suelo, colocó el dedo índice sobre el vaso y observó a los agentes, que habían permanecido de pie durante todo el tiempo.

—¿No se atreven a participar? —preguntó Fermín.

—Preferimos ser espectadores —contestó Cobos.

—Como deseen.

Fermín cerró los ojos, en busca de concentración. El ambiente, en penumbra, provocó una extraña sensación en Cobos, que intentó frenar aquel bochornoso espectáculo. Pero, en aquel

momento, fue mayor su deseo por saber hasta dónde iba a llegar el portero con aquel ritual espiritual.

—Por favor —comenzó a decir Fermín, aún con los ojos cerrados—. Espíritus de Maira y Amaro. Si están ahí, manifiéstense.

Silencio.

—Sé que estáis aquí, puedo sentirlos. No tengáis miedo. Queremos ayudarlos —insistió.

Silencio.

—Hace un poco de frío aquí, ¿no? —susurró Ortega a Cobos.

—Te traiciona el subconsciente —respondió el inspector.

—Silencio. O los espantaréis —los amonestó Fermín—. Maira y Amaro, por favor. Si estáis aquí, manifestaos.

Ninguna reacción al respecto.

—Bueno, ya está bien —protestó Cobos.

El inspector encendió la luz para sorpresa y decepción de Fermín. Ortega cerró con fuerza los ojos, molesto por la repentina iluminación de la estancia.

—Se acabó la farsa. Cuéntenos quién podría tener acceso a las casas de los vecinos, aparte de sus propietarios.

—Yo tengo un juego de llaves de cada piso, si es eso a lo que se refiere.

—¿Solo usted? ¿Podría algún vecino haberse hecho con ellas?

—Para ello tendrían que haber entrado en mi casa, cosa que no ha sucedido, que yo sepa.

Cobos y Ortega permanecieron en silencio.

—¿Soy sospechoso de algo, inspector? —preguntó Fermín.

—Bueno, todo lo sospechoso que pueda ser que el único vecino del edificio que tiene acceso a todos los pisos resulte ser también el único con antecedentes penales.

—Eso fue ya hace mucho tiempo.

Cobos acababa de hacer uso de la información que le había llegado unos minutos antes a su móvil. Fermín estaba fichado por la policía y, como había dicho el inspector, era el único inquilino del edificio que cargaba a sus espaldas con tan oscuro pasado.

Los ochenta no fueron unos años de los que Fermín se pudiera sentir especialmente orgulloso. La movida madrileña había revolucionado a los jóvenes de la ciudad, y un postadolescente Fermín había dejado a un lado sus estudios para reunirse, cada vez más a menudo, con un grupo de amigos nada recomendable. Lo que en un principio eran quedadas en un parque se convirtieron en juergas nocturnas donde predominaba el alcohol, la música de esa época dorada y la droga que causaba furor entre algunos de los jóvenes del momento: la heroína.

Fermín no quiso probarla en un primer momento, pese a la invitación de aquel chico que se acababa de unir al grupo, Chema. En seguida se hizo un hueco entre sus amigos, que comenzaron a tratarlo como un semidiós no solo por sus radicales ideas revolucionarias, sino porque era el portador de aquel fino polvo blanco que tan feliz los hacía. También cayó en sus oscuras garras Elisa, la chica de la que Fermín estaba enamorado desde sexto de primaria. Ella, al igual que el resto de la pandilla, cedió ante aquella droga, que le proporcionaba un continuo estado de éxtasis durante las interminables noches de fiesta.

Dicen que si no puedes con el enemigo, debes unírtele a él. Y eso fue lo que hizo Fermín. Llevado por la necesidad de aceptación de un grupo que le comenzaba a dar de lado por no

seguir sus pasos y por el deseo de contentar a la chica que amaba, tiró por la borda sus principios y probó la dichosa heroína. Fue inocente al pensar que no acabaría aferrado a una sustancia tan adictiva. La droga solo le trajo problemas: continuas broncas con sus padres, propiciadas por sus repentinos cambios de humor, y peleas con la policía cuando las cosas se ponían feas. Más de una noche, él y sus amigos durmieron en el calabozo, sintiéndose unos incomprendidos del sistema.

A Fermín, como a muchos otros jóvenes, las drogas se le fueron de las manos. Solo la trágica muerte de Elisa le hizo al fin abrir los ojos. Lo que pensaba en un principio que sería la causa de su unión, supuso justamente lo contrario: lo que les separaría para siempre. Elisa se quedó enganchada a la droga, y su deseo por querer experimentar cada vez más la condujo a la muerte por sobredosis. Cuando se enteró de la fatal noticia, Fermín quiso unirse a ella y quiso chutarse una dosis mortal, pero sus padres se lo impidieron y consiguieron lo que hasta entonces parecía imposible: sacarlo del agujero. La resaca *post mortem* del capítulo final de Elisa le hizo ver las cosas con algo de claridad, y comprendió la peligrosidad de lo que hasta entonces concebía como un juego.

Fermín consiguió rehabilitarse. Se alejó de la pandilla y años más tarde supo que, tras la muerte de Elisa, el grupo de amigos se había disuelto por completo. Muchos otros se habían rehabilitado también y no querían saber nada del resto. Otros tantos acabaron tan enganchados que la muerte era la única esperanza de salvación para ellos; una luz al final de un oscuro y largo túnel de desdicha.

Pero, a pesar de haber dejado atrás ese mundo, el dolor del recuerdo perseguía a Fermín continuamente. Su presente se hallaba ensombrecido por esa oscura e indeleble mancha del pasado, y no solo en los archivos policiales, también en la calle. Las miradas de algunos de sus vecinos lo señalaban como un exdrogadicto, alguien de quien no se debe uno fiar. Fue entonces cuando el padre de Fermín aprovechó su jubilación para delegar la portería en su hijo. Los vecinos del inmueble no sabían de su pasado y supondría el inicio de una nueva vida para el joven Fermín. Al cabo de unos años, cuando hubo recuperado por completo la confianza de sus padres, decidió alquilar el pequeño apartamento situado en el portal del edificio, que llevaba años vacío y que hasta entonces había servido de trastero y portería a la vez.

—El hecho de ser un exyongui no me convierte en asesino —dijo un pausado Fermín—. Tengo derecho a rehabilitarme, y si bien sus fuentes son buenas, sabrán que no he causado ningún problema desde que tenía veinte años. No tienen ningún derecho a juzgarme por eso. Ya pagué lo que tenía que pagar, que fue bastante, he de añadir.

—Disculpe a mi compañero, Fermín —intervino Ortega—. Precisamos de su colaboración, pero quisiéramos hacerle una pregunta antes de nada.

—Ustedes dirán.

—¿Ha entrado usted en el piso de Maira para limpiarlo?

—¿Yo? Ni loco subo a ese piso, no vaya a ser que se me aparezca el fantasma de la muerta.

—¿Pero hace un momento no estaba realizando una sesión de espiritismo para contactar con ella? —Ortega estaba desconcertado.

—Sí, bueno, pero esto es algo completamente diferente. Una cosa es querer tú contactar de buenas con algún espíritu para ayudarlo, y otra es que se te aparezca en su casa para asustarte o vete tú a saber si para algo peor. Que la Maira tenía muy mal humor por las mañanas.

Cobos puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Y, bueno, ¿qué era eso que querían contarme?

—Fermín, entienda que esto es estrictamente confidencial —dijo Cobos—. Sepa que es muy importante que no debe contarle a nadie lo que vamos a decirle. ¿Lo entiende? Es muy importante para la investigación.

—Pueden contar conmigo. Díganme de qué se trata.

Cobos y Ortega salieron al portal. El policía sentía la necesidad de comentar con el inspector lo que había ocurrido en el interior del apartamento, pero fue interrumpido por la presencia de Arsenio y Gregoria, que bajaban las escaleras justo en ese momento. Ella iba agarrada al brazo de su marido y llevaba puesto un abrigo encima del pijama. Él portaba una bolsa de basura.

—Están aquí los policías —le dijo Gregoria a su marido.

—Sí, sí. Ya los he visto —contestó él mientras se acercaba al portón, momento que ella aprovechó para soltarse de su brazo y acercarse a Cobos y Ortega, que permanecían junto a la puerta del apartamento de Fermín.

—Tengo que estar continuamente al lado de mi marido porque me da miedo quedarme sola en casa incluso cuando baja a tirar la basura —dijo Gregoria, dirigiéndose al inspector mientras se protegía el cuello con la solapa del abrigo.

—No se preocupe. Es normal. —Cobos intentó tranquilizarla.

—Ya le he dicho a mi marido que nos vayamos unos días fuera, a casa de mi hijo. Hasta que se acabe todo esto. —Gregoria buscaba continuamente la mirada del inspector—. Pero me salta con que el niño no tiene los canales de pago que a él le gustan. Y que allí se va a aburrir. ¿Se lo puede usted creer? Aquí están matando a gente y a él solo le preocupan los dichosos deportes de la tele.

—Mujer, es que no hay que alarmarse tanto... —se justificaba Arsenio, que volvía de tirar la basura.

—Dígaselo usted, inspector, que a mí no me hace ni puñetero caso —rogó la mujer.

Cobos resopló para darse tiempo a sí mismo, en busca de la respuesta acertada.

—No molestes al inspector con tus paranoias. Anda, vamos a casa, que hace un frío de mil demonios —protestó Arsenio mientras se acercaba de nuevo a su mujer, cosa que Cobos agradeció.

Arsenio se despidió de los agentes y la pareja se puso en marcha, escaleras arriba. Ella volvió a aferrarse al brazo de su marido.

—Además, ya te he dicho que se ha acabado todo. Amaro fue quien se cargó a la actriz esa. Ya no hay nada que temer. Fin de la historia —le decía Arsenio a Gregoria mientras subían.

—Gregoria, ¿tiene un minuto? —dijo de repente Cobos reclamando la atención del matrimonio.

Gregoria se dio media vuelta y el inspector se acercó a ellos.

—Cuando vio el cuerpo sin vida de Amaro desde la ventana de su casa..., ¿recuerda haber visto u oído algo minutos antes?

—Nada, inspector. Me asomé un momento para regar unas plantas que tengo en la ventana de la cocina y fue entonces cuando lo vi.

—¿No hubo nada que le llamara especialmente la atención durante la tarde? Que hablara con alguien, algún ruido, quizás un portazo... —volvió a preguntar Cobos.

Gregoria intentó hacer memoria, pero no recordaba nada.

—Bueno, yo creo que ya ha sido suficiente por hoy. —Arsenio aprovechó el silencio para interrumpir la conversación—. Muchas emociones fuertes, ¿no cree, inspector?

Echó el brazo por encima del hombro de su mujer, se despidieron y subieron a casa.

Cobos observó en silencio cómo el matrimonio subía las escaleras y se alejaba del portal. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada de teléfono.

—Comisario —saludó Cobos—. Sí, he recibido el informe, acabamos de hablar con él. — Cobos se alejó unos pasos de Ortega—. No, no, no... No. No puedes hacerme esto —dijo tras unos segundos de silencio mientras bajaba la voz—. Está bien. —Y colgó.

—Me quiere fuera del caso, ¿verdad? —intuyó un avispado Ortega.

—Dice que la cosa se ha complicado y que aún eres demasiado inexperto para una investigación tan compleja. Se pensaba que esto era un simple suicidio y, bueno, a la vista está que no.

Ortega no dijo nada, pero Cobos intuyó su cara de resignación.

—Bueno, tenemos trabajo —dijo Cobos, mientras se dirigía al portón.

—Pero el comisario ha ordenado que...

—Me da igual lo que diga. Esta es nuestra investigación —sentenció, haciendo especial énfasis en el «nuestra».

—Nos vamos a meter en un buen lío —opinó Ortega, inquieto ante la idea de transgredir las órdenes, pero con la inevitable tentación de cometer un acto de rebeldía.

—En todo caso, yo. Tú no tienes nada que perder. Además, esta noche se acabará todo.

—¿Tú crees?

—Confía en mí.

El inspector accionó el interruptor que abría automáticamente el portón. Tiró del pomo, dejando que el ruido advirtiera de su apertura, esperó un par de segundos y cerró sin salir a la calle, con un portazo tras el que se hizo el silencio. Cobos y Ortega permanecían aún en el portal. Se miraron sin decirse palabra y, cuando la luz automática se apagó, comenzaron a subir sigilosamente las escaleras. El plan ya estaba en marcha, y más les valía que todo saliera como deseaban.

CAPÍTULO 9

El piso de Amaro estaba casi completamente a oscuras. Solamente dos halos de luz iluminaban apenas algunos espacios. Desde la cocina, una persiana parcialmente bajada dejaba entrar la claridad del patio, que bañaba de un color azulado parte de la estancia y se escapaba hacia el pasillo. Al fondo de este se distinguía una débil luz fría, procedente del teléfono móvil de Cobos.

El inspector se encontraba en la habitación donde Amaro había perdido la vida. Sentado en el suelo y con la espalda apoyada en el armario, observaba en silencio la pantalla del aparato, que iluminaba un rostro de resignación. La llamada perdida de su mujer le había recordado lo distantes que habían estado desde que comenzara la investigación.

Cobos llevaba un tiempo durmiendo fuera de casa, pero el contacto con la que todavía era su esposa se producía a diario. Decidió escribir un mensaje: «Está siendo un día muy largo. ¿Cómo está Lucía?». Antes de enviarlo, reparó en la presencia de Ortega. Su compañero se encontraba apenas a unos metros de distancia, sentado en la cama y con la cabeza y la espalda recostadas en la pared. Lo estaba observando. Cobos sintió la necesidad de responder a una pregunta que el policía no le había hecho.

—Es mi mujer. Está preocupada —dijo guardando el móvil en el bolsillo del pantalón sin haberle dado al botón de enviar. Ahora, su rostro quedaba solamente iluminado por la luz que entraba desde el pasillo—. La familia que rodea a un policía está siempre en alerta. Imagino que a tu madre le pasará lo mismo.

—Mi madre murió hace unos años. —La respuesta de Ortega pilló por sorpresa a Cobos, que no se esforzó en disimular.

—Vaya, no lo sabía. Lo siento.

Ortega esbozó una sonrisa para restarle importancia al asunto, gesto que el inspector interpretó como una muestra de agradecimiento.

Cobos permaneció unos segundos en silencio, mirando al suelo.

—Mi mujer no me ha echado de casa, me fui yo. —Sus palabras fueron un cañonazo sordo en aquella habitación casi a oscuras. El ambiente propiciaba cierta intimidad, que el inspector había aprovechado para sincerarse con el joven—. Les fallé, sobre todo a mi hija.

—Oye, no tienes por qué contarme todo esto.

Ortega trató de evitar ser testigo de la confesión de Cobos. Aquel prestigioso inspector, que ya no gozaba de la popularidad que lo había llevado a lo más alto, se mostraba ahora más vulnerable que nunca ante el joven policía. Tenía la sensación de estar violando una parte de su más preciada intimidad si seguía escuchando las palabras de su superior, pero no hizo nada para remediarlo.

El «caso Julia» supuso un mazazo en la vida de Cobos. No solo a nivel profesional. Cuando llegó la noticia a la comisaría, Vázquez lo tuvo claro. Nada más descolgar el teléfono, la intuición le

dijo que era un asunto gordo, una investigación de las duras que precisaba de alguien con experiencia al mando. No lo pensó dos veces, el nombre del inspector Cobos fue el único que le vino a la cabeza. «No hay lugar a dudas, es mi mejor hombre», solía asegurar.

Lo que Cobos no sabía al hacerse cargo de la investigación es que sería el caso que le cambiaría la vida. Los medios de comunicación se hicieron eco muy pronto, y el interés de la sociedad iba *in crescendo*. El hecho de que Julia se convirtiera en la niña más buscada del país paralizó a toda una población, pendiente de cada paso que se daba en la investigación.

Cobos no se dejó amedrentar por la presión mediática en un principio. No era la primera ocasión que investigaba la desaparición de una menor, aunque sí la primera que había levantado tanta expectación a nivel nacional. Pero los días pasaban y no había rastro de la pequeña de nueve años. Había sido vista por última vez junto a su padre en un centro comercial. A la salida, en el aparcamiento, César se despistó unos segundos y no volvió a ver a su hija nunca más. Se esfumó sin dejar rastro alguno.

Julia era hija de César y Virginia. Había nacido fruto del amor de dos jóvenes. Pero ese idilio de pasión se esfumó y cuando la pequeña tenía tan solo cinco años, sus padres decidieron separarse. El divorcio fue un cruce de acusaciones a cuál menos ética en el que César y Virginia aprovecharon para descargar toda su artillería. La granada final fue lanzada por él, que alegó los problemas que su exmujer tenía con el alcohol. Consiguió así la custodia de Julia. Virginia podía ver a su hija únicamente dos horas a la semana y bajo la supervisión de una especialista, hasta que se recuperara y estuviera en plenas facultades psicológicas para cuidar de ella.

Pasó el tiempo y Virginia al fin consiguió superar su adicción al alcohol. Su vida cambió de forma radical en cuestión de meses: volvió a enamorarse, encontró trabajo y solicitó la custodia compartida para poder criarla. Pero César no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Consideraba que Julia era su hija y «le pertenecía» —decía en confianza a su círculo más cercano—, pues gracias a él la pequeña había conseguido la vida estable y segura que toda niña debe tener. No estaba dispuesto a dejar a su hija en manos de alguien «mentalmente inestable», como solía decir al referirse a su expareja.

César sabía muy bien cómo jugar sus cartas, conocía a la perfección los puntos débiles de Virginia, y si esta se acercaba a su hija un día que no estaba acordado para verla, hacía una llamada a su abogado para comunicarle que Virginia estaba incumpliendo el régimen establecido de visitas. El hecho de que Boris, el nuevo amor de su exmujer, de origen ucraniano, tuviera unas palabras supuestamente conciliadoras con César una tarde a la salida del supermercado para que cediera y dejara que Virginia viera a su hija no fue más que la excusa que César necesitaba para alertar de una amenaza por parte de Boris, en nombre de Virginia, y una intimidación contra él y su hija. Todos estos capítulos daban lugar a que se produjeran continuos retrasos a la hora de celebrar un nuevo juicio para establecer la custodia de la pequeña. Y si ese día llegaba pronto, César tenía armas que usar para que el fallo fuese a su favor. Pero ese juicio nunca llegó.

Cuando Julia desapareció la tarde del 7 de mayo a los nueve años de edad, Cobos tuvo un primer presentimiento. Al conocer al padre de la niña, supo de su polémico pasado con la madre de la pequeña. Puso sus ojos en Virginia y en Boris como posibles autores de la desaparición, pero ambos contaban con una coartada sólida. A pesar de esto, Cobos no se dio por vencido y puso especial empeño en demostrar que la pareja tenía algo que ver en la desaparición de Julia. Los datos morbosos de esta historia se filtraban a la prensa día tras día y el «caso Julia» copaba horas y horas en la televisión con tertulias en diversos programas de actualidad y hasta en los que se centraban más en la prensa rosa. El caso tenía cabida en cualquier programa o debate

televisivo. Fue así como se generó el interés mediático que presionaba a la investigación.

Pero la mayor presión la sufrió Cobos al llegar un día a casa, donde lo esperaban su mujer, Ana, y su hija Lucía, de nueve años. Ese día Cobos fue a acostar a su hija cuando la pequeña le preguntó: «¿La vas a encontrar?». Cobos no supo en un primer momento a qué se refería la niña con aquella pregunta. El inspector no solía hablar de su trabajo en casa, era una norma que su mujer y él habían acordado desde un primer momento. No hablaban nunca de ello, y menos delante de Lucía. Pero, por algún motivo, la niña parecía estar al corriente de todo lo que estaba pasando, ya fuera por la televisión, porque había escuchado a su madre hablar del tema o bien porque alguien se lo hubiera dicho en el colegio. Por el motivo que fuera, Lucía sabía que Cobos estaba al frente de una importante investigación que tenía como objetivo encontrar con vida a una niña de la misma edad que ella.

«Prométeme que la vas a encontrar, papá», volvió a referirse a ello Lucía, a pesar del silencio que obtuvo por parte de su padre. El sueño se apoderó de la pequeña en cuestión de segundos, y Cobos aprovechó para darle las buenas noches. Apagó la luz de la lamparita situada en la mesilla de noche, se acercó a su hija y le susurró al oído: «La encontraré, pequeña. La encontraré sana y salva».

Pero la investigación se le fue de las manos. Cobos quería dar con la verdad del caso, y en su empeño por cazar al responsable de la desaparición de Julia no daba más que palos de ciego. En su cabeza resonaban una y otra vez las palabras de su hija: «Prométeme que la vas a encontrar, papá». Una y otra vez. Hora tras hora. Día tras día. Su voz sonaba con más fuerza cuando una nueva línea de investigación conducía a un callejón sin salida. «Prométeme que la vas a encontrar, papá». Y, junto a esto, sus propias palabras: «La encontraré, pequeña. La encontraré sana y salva».

Vázquez llamó a Cobos a su despacho. El aspecto del inspector denotaba síntomas de desgaste, y el comisario no le quitaba ojo de encima mientras hablaba. «Cobos, necesitas un descanso, he pensado que...». «Estoy perfectamente», lo interrumpió el inspector. Cobos ya sabía a dónde quería ir a parar. Su superior consideraba que no se encontraba en condiciones de liderar la investigación. Al menos, no así. Sabía que no se estaban consiguiendo los resultados esperados y que la presión mediática no hacía más que complicar la situación. No obstante, esa no era razón para apartarle de un caso en el que se estaba dejando el alma, casi literalmente. La fama de Cobos lo amparaba y Vázquez no insistió, dejó que su mejor inspector prosiguiera con la investigación.

Pero Cobos cada día era menos Cobos. Las pistas que no llegaban a ningún lado, los testimonios falsos y la coartada de sus principales sospechosos no hacían más que retrasar la investigación. Cada día que pasaba se hacía más a la idea de que, si conseguían encontrar a Julia, sería sin vida. Así, comenzó a volver cada día más tarde a casa. Lo atormentaba la idea de ver la cara de su hija y tener que decirle que aún no sabía nada de Julia. Mentía a su mujer cuando le decía que se había quedado hasta tarde en la comisaría, cuando en realidad había estado deambulando por las calles de la ciudad sin un rumbo fijo, haciendo tiempo para regresar a casa. Cuando esto sucedía, ponía como excusa el cansancio y se tiraba en la cama sin ni siquiera probar la cena.

Cobos dio al fin con la clave casi por casualidad. Por intuición, quizás. Había revisado las declaraciones del círculo más cercano de Julia en más de una ocasión, pero siempre había estado cegado por la creencia de que Virginia y Boris estaban detrás de todo. Familiares, vecinos, profesores..., hasta el padre había sido sospechoso en un momento dado. Cobos relejó uno a uno

todos los informes con las declaraciones de los posibles sospechosos y reparó en el informe de Enrique, el profesor de piano de Julia. Cobos siempre pensó que, si la niña había desaparecido, sin duda se había ido con alguien que conocía; eso parecían tenerlo claro todos. Una niña de nueve años no se iría con un desconocido sin más, llamaría la atención.

Julia llevaba dos años tocando el piano. César le consentía a su hija todos los caprichos, aunque él más bien se refería a ello como «sus ambiciones». Desde muy pequeña, mostró interés por el piano. No por la guitarra ni por la flauta; el piano. César destinó el salario de un mes en comprarle a su hija un piano cuando comenzó a tomar clases particulares, para que así pudiera practicar a diario en casa. Pero, en cuestión de dos años, Julia comentó que ya no le gustaba el piano, que ella lo que quería era hacer natación sincronizada. «Cosas de la edad. Ha crecido y ahora lo que quiere es un deporte que compartir con sus amigas, pero ya se le irá esa idea de la cabeza», había comentado César en una ocasión. Por aquel entonces, nadie sabía que Julia había dejado de acudir a las clases de piano. Su padre la dejaba dos veces por semana en la puerta del conservatorio y se despedía de ella desde el coche. Al cabo de una hora regresaba para recogerla y su hija le decía lo bien que habían ido las clases. Esta era la versión oficial del padre. Cuando Cobos releyó el informe con la declaración de Enrique, el profesor de piano, le dio un vuelco el corazón. Julia había dejado de ir a clase, llevaba semanas sin entrar en el conservatorio. «Mierda», maldijo el inspector por no haber advertido antes ese dato.

Julia era demasiado pequeña para saltarse las clases por un chico. En la mayoría de los casos, un acto así de rebeldía solía estar motivado por un amigo, alguien por el que una joven podía sentirse enamorada o encaprichada. Pero Julia aún no tenía edad para pensar en novios; su ausencia en clase estaba motivada por algo diferente... Algo que no pintaba nada bien, intuía Cobos.

El inspector llamó a voces a su compañera, la subinspectora Cuevas.

—¿Qué sabemos de este tipo? —preguntó con impaciencia.

—¿El profesor de piano? —preguntó Cuevas, mirando el informe que estaba revisando Cobos—. No mucho, la verdad. Fue una declaración rutinaria, creo que al principio de la investigación, cuando hablamos con el círculo cercano de la niña. La hizo Suárez, creo recordar. ¿Por?

—Llama a Suárez —ordenó Cobos—. Vamos a ir a verlo, y mientras tanto quiero que alguien busque todo lo posible sobre este tipo. Quiero saber hasta la marca de calzoncillos que usa.

Las palabras de Suárez no aportaron gran cosa; constató que Enrique no hizo nada especialmente llamativo durante su declaración. Pero Cobos no cejó en su empeño. Tenía un presentimiento y no era bueno. Cuevas y él salieron a la calle, llovía con fuerza. Su destino era el chalé adosado que el profesor de piano tenía camino a la sierra. Cobos condujo con la mirada fija en la carretera y a punto de sobrepasar los límites de velocidad.

Al llegar, no parecía haber nadie en casa. Del interior no salía luz alguna y, tras llamar en dos ocasiones al timbre, Cobos decidió regresar al coche. Sus pasos eran lentos, caminaba hacia atrás sin apartar la mirada de la fachada de la vivienda mientras la lluvia golpeaba sus hombros con fuerza. Antes de abrir la puerta del coche, llamó su atención la aparición de una mujer que andaba a paso ligero, refugiándose bajo un paraguas.

—Disculpe, señora. —El inspector se acercó a la mujer—. ¿Vive usted por aquí?

La mujer dudó en contestar.

—No se preocupe, soy el inspector Cobos —dijo mientras le mostraba rápidamente la placa de identificación.

—Ahí mismo —respondió, señalando con la cabeza hacia una casa que se encontraba a

escasos metros en la acera de enfrente.

Cuevas decidió salir del coche en aquel momento.

—¿Qué ocurre? —comenzó a preocuparse la mujer.

—Nada, nada. No se preocupe. Simplemente queríamos hablar con su vecino, Enrique...

—Ramos —apuntó Cuevas.

—Hemos llamado, pero parece que no hay nadie en casa. ¿Sabe usted si volverá muy tarde?

—Pues ya debería estar por aquí. No suele tener mucha vida social. Da clases en el conservatorio, en la ciudad. Dicen que es un profesor consagrado. Yo lo veo a diario, va al trabajo y vuelve, es de rutina marcada. Tampoco sale mucho los fines de semana, es muy casero, entiendan. A los que vivimos por aquí nos gusta la tranquilidad de la zona. No andamos mucho entrando y saliendo del barrio, salvo si hay que ir a la ciudad a trabajar, ya saben.

Cobos y Cuevas escuchaban atentamente las palabras de aquella mujer, aunque debían hacer un notable esfuerzo debido al molesto ruido que provocaban las gotas de lluvia al estrellarse contra la tela de su paraguas.

—Pero últimamente me tiene despistada —apuntó la mujer.

—Vaya, ¿y eso? —quiso saber Cuevas.

—Ya no viene tan pronto a casa. Quiero decir... —La mujer consultó la hora en el reloj que llevaba en la muñeca—. A esta hora solía estar en casa, siempre. Pero lleva un tiempo que regresa más tarde, a veces incluso bien pasada la hora de la cena. Al principio pensé que quizás le habían cambiado los horarios del conservatorio, pero ya me extrañó cuando vi que a veces llegaba pasadas las once de la noche. Después pensé que se había echado alguna novia, pero lo cierto es que nunca he visto a una mujer entrar en esa casa. Así que no sé, me tiene despistada —dijo la mujer.

—¿Y los fines de semana? ¿Suele estar por aquí? —preguntó Cobos.

—Oiga, no quisiera yo parecer cotilla.

—No se preocupe, señora —la tranquilizó Cuevas.

—Pues lo cierto es que no lo suelo ver, ni tampoco veo actividad en casa. A veces lo veo salir bien temprano y no regresa hasta tarde. No sé dónde estará metido todo el santo día.

—¿Desde hace cuánto tiempo viene usted advirtiéndole todos estos cambios en sus horarios? —preguntó Cobos con impaciencia.

—Pues... no sé, como cosa de un mes o así —dijo, haciendo un esfuerzo de memoria—. ¿Por? ¿Ocurre algo?

Cobos y Cuevas se miraron mutuamente. Julia llevaba veintiocho días desaparecida y todo parecía indicar que Enrique, en ese tiempo, había alterado su marcada rutina. Decidieron esperar a que el profesor regresara a casa, resguardados en el interior del coche tras haber rechazado la invitación de la mujer a que esperaran en su casa con la compañía de un café caliente. Pasaban diez minutos de las nueve de la noche cuando Cobos recibió una llamada.

—Dime, Suárez —dijo nada más descolgar—. Vale, envíame la ubicación, vamos para allá. Nos vemos allí. —Y colgó—. Hay una nave a quince minutos de aquí a nombre del padre del profesor —le dijo a su compañera mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Qué hijo de puta —dijo Cuevas, escupiendo las palabras, intuyendo cómo iba a acabar todo aquello.

En cuestión de minutos, Cobos y Cuevas llegaron a la dirección que Suárez les había enviado. No esperaron la llegada de los refuerzos y, pistola en mano, el inspector y la subinspectora salieron del vehículo, que habían aparcado a una distancia considerable de la nave para no llamar

la atención. La fuerza de la lluvia ocultaba el ruido de los pasos de los agentes sobre el camino de gravilla, que se acercaban apresuradamente a la nave señalada. La luz de las farolas que llegaba desde la carretera era suficiente para iluminarles el paso. Cobos hizo un gesto con la cabeza a su compañera para que lo cubriera al llegar al pabellón. Avanzó por el lateral del edificio y se acercó hasta una de las ventanas, situada a la altura de su cabeza. Pegó el rostro al cristal, pero no consiguió ver lo que buscaba. En el interior había poca luz y un evidente aspecto de desamparo, propio de un almacén abandonado.

Cuando decidió reanudar la marcha, el barro se había acumulado en sus botas y le costó dar los primeros pasos. La lluvia le había empapado todo el cuerpo y sentía su frío peso sobre la ropa. Pasó de largo ante una puerta y de pronto se percató de que Cuevas no estaba a su lado. Cobos se dio media vuelta y su compañera señaló la puerta con un movimiento de cabeza. La subinspectora quería entrar y Cobos asintió con la cabeza para darle su aprobación. Él continuó avanzando a paso ligero, pegado a la pared de la nave, sabiendo que no era correcto dejar a Cuevas sola en aquella situación. Pero quería asegurarse de encontrar otro acceso a la nave y acorralar a Enrique en el caso de que quisiera huir al ser sorprendido por los agentes.

De repente llegó aquel sonido que sorprendió a Cobos. Una bala que el inspector sintió que se estrellaba directamente en su corazón. Un disparo seco que le paralizó las piernas. Quiso retroceder y entrar en el pabellón, pero no pudo. De pronto, otro disparo. Cobos se apoyó sobre la pared, intentando mantener el equilibrio. Aquellos dos disparos habían supuesto el fin de una investigación que lo estaba consumiendo. Tuvo el presentimiento de que aquellas dos balas no habían salido del arma de Cuevas.

A duras penas, consiguió restablecer el paso y se acercó a la puerta por donde Cuevas había entrado. Vio que el cuerpo de la subinspectora yacía en el suelo, boca abajo. Alrededor de su cabeza se extendía un oscuro charco de sangre. Cobos recobró la fuerza y se puso en alerta, extendió los brazos y empuñó el arma mientras avanzaba hasta su compañera. Al llegar a ella, se agachó y comprobó que la herida de la cabeza no había sido producida por una bala. Rodeó con la mano el cuello de Cuevas para tomarle el pulso y se aseguró de que seguía con vida. Cobos respiró aliviado y zarandeó a la subinspectora, que comenzó a moverse con cierta dificultad.

El inspector se puso de pie, avanzó unos metros y se topó con una tabla de madera tirada en el suelo. Había manchas de sangre en un extremo, y Cobos dedujo que habían golpeado a Cuevas con ella. Miró un instante hacia atrás: la subinspectora se incorporaba con lentitud, se tocó la cabeza, observó la sangre en su mano y después buscó su pistola.

Cobos se volvió y avanzó por la nave en penumbra, atraído por un haz de luz cálida que surgía al otro lado de unas estanterías. Al llegar a ellas, se asomó para ver qué había detrás, y vio que alguien había habilitado una especie de habitación en medio de aquel espacio abandonado: un colchón en el suelo con sábanas y mantas a los pies, unos libros utilizados como mesita de noche, una lamparita sobre estos y un viejo piano a la izquierda del colchón. Julia yacía sobre el colchón con la espalda recostada en la pared, un brazo en alto esposado a una tubería que recorría en horizontal todo el muro, y una herida de bala en el pecho. Junto al piano, el cuerpo sin vida de Enrique había caído al suelo como un peso muerto tras pegarse un tiro en la cabeza. Cobos corrió hacia la niña y comprobó que no respiraba. Sintió una presión en el estómago; su aliento se volvió agrio en cuestión de segundos. Se incorporó y observó a su alrededor. Notó un exceso de saliva en la boca, se llevó la mano al abdomen y vomitó. Vomitó toda la presión a la que había estado sometido durante semanas.

—El profesor se había obsesionado con la niña y no soportaba la idea de dejar de verla en sus clases. —Cobos había contado todo aquello sin pestañear siquiera, con la mirada perdida en aquella habitación, evitando encontrarse con los ojos de Ortega, que lo escuchaba atentamente—. Ideó muy bien cómo llevarse a Julia en aquel aparcamiento sin ser visto. Llevaba semanas estudiando la ubicación de las cámaras de seguridad, sabía que su padre y ella iban cada sábado por la mañana y sabía cómo llamar la atención de la pequeña. La condujo hasta la nave, la encerró y la obligó a tocar para él a diario. Cuando vio a Cuevas entrar en la nave, la golpeó en la cabeza. No soportó la idea de ser juzgado y decidió quitarse la vida en aquel instante. Pero antes disparó a bocajarro a la niña, para que la pobre criatura no pudiera contar las barbaridades que había vivido durante aquellos veintiocho días de secuestro.

Cobos hizo una pausa, expulsó todo el aire que había en sus pulmones y clavó la mirada en el oscuro techo.

—Cuando llegué a casa era bien entrada la madrugada. Mi mujer me esperaba despierta y me abrazó nada más entrar por la puerta. No dormí en toda la noche y por la mañana llevé a mi hija al colegio. Ninguno de los dos dijo nada en todo el trayecto. Sentí que la había decepcionado.

—Eso no es verdad —intervino Ortega.

—Le pedí a mi mujer un tiempo, le dije que necesitaba mi espacio. No porque no quisiera estar con ella, sino porque necesitaba estar conmigo mismo, volver a encontrarme... No te imaginas cuánto las echo de menos. Pero no quiero que me vean así, las quiero demasiado y yo no he vuelto a ser el mismo.

—¿Has pensado en que quizás sufren si no te tienen cerca?

—He intentado volver en varias ocasiones, pero estaba siempre irascible y acababa pagando injustamente con ellas toda mi frustración. —Cobos aprovechó ese momento para observar a su compañero. Sabía que Ortega era consciente de lo que estaba diciendo, porque él mismo había vivido en primera persona ese mal humor del que hablaba—. No soportaba ver que les estaba haciendo daño y me marchaba de nuevo.

Ortega no supo qué decir.

—Tampoco te creas que las he abandonado. Hablamos a diario y las veo un par de veces por semana. Siempre me preguntan que cuándo voy a volver —logró decir con media sonrisa dibujada en el rostro, consciente del cariño que su mujer y su hija le tienen a pesar de todo.

—Deberías volver. Ellas te necesitan... y tú a ellas —fueron las palabras del joven.

Cobos le agradeció su comprensión con una mueca y resopló. Consultó la hora en su reloj. Era casi la una de la madrugada.

—Necesito tomar un poco el aire —dijo, incorporándose.

—¿Dónde vas? —preguntó Ortega al ver que el inspector se dirigía hacia la puerta de la habitación.

—Tranquilo, será solo un minuto.

Y avanzó por el oscuro pasillo hasta la puerta de entrada. Al llegar se asomó por la mirilla y, al asegurarse de que no había nadie que pudiera verlo, abrió con cuidado para no hacer ruido.

Ortega le siguió los pasos, intentando en vano impedir que Cobos pusiera en peligro el plan y ser vistos por algún vecino. Pero, al llegar a la puerta, su compañero ya había salido al rellano. Cobos permanecía a oscuras, la espalda apoyada en la pared, con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente levantada. Ortega lo observó unos segundos en silencio desde el marco de la puerta.

—Deberíamos volver dentro —susurró el joven.

Cobos ignoró su recomendación y se llevó la mano al interior de la chaqueta, en busca del paquete de tabaco.

—Ni de coña —le espetó Ortega.

Justo cuando Cobos iba a contestar, algo se lo impidió. Un ruido en el silencio de la madrugada les llamó la atención. Era el crujido de una cerradura girando antes de abrirse una puerta. Cobos se acercó a Ortega de una zancada. ¿Qué puerta era la que estaba a punto de abrirse en mitad de la noche? Regresaron al interior del piso y se alejaron unos pasos hacia atrás.

—¿Era del piso de arriba? —preguntó Ortega mientras sacaba la pistola.

—Quizás del cuarto —respondió Cobos, que apartó con sutileza a Ortega para que se escondiera en el salón, mientras que él hizo lo propio al otro lado del pasillo, en la cocina.

Los segundos de silencio se hicieron eternos en la oscuridad. Ortega se concentraba en intentar que el sonido de su respiración bajara de volumen. Pero estaba excitado por la situación y su ritmo cardíaco comenzaba a dispararse. Intentó pensar en otras cosas para relajarse. Pensó en su madre, recordó sus consejos, cerró los ojos: vio su rostro, su mirada, su gesto siempre cariñoso. Luego volvió a abrirlos. El tiempo pasaba y nadie había entrado en el piso, como esperaban. Ese era el plan de Cobos. Si el asesino había acudido a la primera escena del crimen para limpiarla y así borrar las pruebas que lo inculpaban, quizás con suerte aprovechara el silencio de la noche para regresar al piso de Amaro y hacer lo mismo. Pero los segundos pasaban y allí no aparecía nadie.

Ortega se asomó al pasillo y se topó con la mirada de desconcierto de Cobos desde el quicio de la puerta de la cocina. El inspector le hizo un gesto para que permaneciera en el salón y él se acercó hasta la entrada con sumo cuidado empuñando la pistola con los brazos rígidos y apuntando al suelo. Al llegar a la puerta, observó a través de la mirilla y comprobó que no había nada al otro lado. Ni luz ni presencia alguna en el rellano ni ningún movimiento sospechoso. Miró hacia atrás en busca de Ortega y negó con la cabeza. El joven, que había permanecido en estado de alerta, se relajó.

—Acércate —ordenó Cobos en voz baja—. Vamos a salir.

El inspector fue el primero en poner un pie de nuevo en el descansillo. Echó un rápido vistazo a su alrededor y se acercó a las escaleras. Con cuidado y mientras miraba hacia arriba, comenzó a subir peldaños, uno a uno. Ortega siguió sus pasos. Al llegar al rellano del tercer piso, Cobos avanzó con sigilo y siguió subiendo, directo a la cuarta y última planta. Su intuición cobró sentido cuando, al llegar al último descansillo, se encontró la puerta del piso de Maira abierta.

Cobos y Ortega se miraron y se acercaron, no había luz en el interior de la vivienda. Quien estuviera allí no quería llamar la atención de sus vecinos. Cobos fue el primero en asomarse dentro y vio de pronto la luz de una linterna moviéndose por las paredes de la casa. Se escondió con un movimiento ágil tras la puerta y, segundos después, volvió a asomarse. Al no ver a nadie, decidió entrar. Avanzó por el pasillo con los brazos al frente y empuñando la pistola. Ortega le cubría la espalda y apuntaba con su arma tras el inspector. Localizaron la luz fría de la linterna en la habitación de Maira, al fondo del salón, y escucharon el ruido característico de unos cajones abriéndose y cerrándose. Mientras avanzaban, Ortega percibía el sonido de tambor que producía su corazón, cada vez más acelerado. Después, un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Al llegar al dormitorio, Cobos sujetó su arma con una mano y con la otra palpó la pared en busca del interruptor. En la habitación, al fondo, alguien rebuscaba en el armario de la fallecida. En ese primer vistazo, Cobos no reconoció de quién se trataba, quién era la persona que se encontraba a escasos metros, ajena al hecho de que estaba a punto de ser descubierta. Al hacerse

la luz, la figura dio un respingo y se dio media vuelta. En una mano, Julián sostenía la linterna, y en la otra, ropa interior de color rosa de la difunta.

CAPÍTULO 10

—No es lo que parece. Yo estaba enamorado de Maira. ¡No lo entendéis!

Eran las palabras que repetía constantemente Julián, que se encontraba en un estado de nerviosismo incontrolable. No opuso resistencia alguna cuando Cobos le colocó las esposas, pero su elevado tono de voz comenzó a alertar a los vecinos, que salieron de sus casas para subir a la cuarta planta y comprobar qué estaba pasando.

—Yo sería incapaz de hacerle nada a Maira, ¡la quería! —gritaba Julián.

—Eso nos lo cuentas en comisaría —le espetó Cobos mientras comprobaba que las esposas no le apretaban las muñecas—. Andando.

—Que no, que no... Que no lo estáis entendiendo. —Julián trataba, sin éxito, de justificarse—. Que yo solo estaba... A ver cómo lo explico sin que suene mal.

—Tranquilo, de camino a comisaría tienes tiempo de pensar tus palabras —dijo el inspector.

Cobos condujo a Julián hasta la puerta. Al otro lado, en el rellano, la vecindad al completo esperaba ansiosa para saber qué ocurría en la vivienda, aunque ya habían sacado sus propias conclusiones al escuchar los gritos de Julián. Sus sospechas se confirmaron al verlo salir esposado.

—Qué poca vergüenza —dijo Gregoria, mostrando su indignación mientras se tapaba el pecho con las solapas de la bata.

—Y parecía un pardillo, míralo —apuntó Arsenio, asqueado—. El más tonto, el más peligroso de todos.

—Yo no he hecho nada, os lo juro —se excusaba Julián mientras avanzaba avergonzado por el rellano, acompañado por Cobos y Ortega—. Soy inocente.

—¿Y qué hacías en el piso?! ¡Asesino! —lo increpó Amparo.

Julián no contestó.

A duras penas consiguieron llegar al borde de las escaleras, donde el detenido se encontró con la mirada de su padre, al final de la fila que habían hecho los vecinos. Julián se detuvo, y padre e hijo se miraron sin decirse nada. Cobos empujó ligeramente al detenido para que comenzara a bajar las cuatro plantas que los separaban del portal. Mientras bajaban, los vecinos siguieron sus pasos, murmurando entre ellos y con muy poco tacto en sus comentarios.

—Yo nunca me he fiado de él —llegó a comentar Amparo.

—Mírale, si es que da el perfil de asesino en serie —le contestó Gregoria.

—Podíamos haber sido nosotras las muertas, lo sabes, ¿verdad?

—Ay, calla, calla...

El coche policial se encontraba en la misma acera del portal, a escasos metros calle arriba. Al llegar a él, Ortega ayudó a Julián a entrar en la parte de atrás. Cerró la puerta y se dirigió a Cobos, que no tenía intención de subir al vehículo.

—Inspector... —comenzó a decir.

En cuestión de segundos, Cobos ya se había encendido un cigarro y lo disfrutaba apoyado en el maletero. El inspector tenía esa mirada perdida que se le dibujaba en el rostro cuando intentaba pensar con claridad. Levantó la mano para cortar las palabras de Ortega y se tomó su tiempo para hablar, no sin antes soltar todo el tóxico humo de sus pulmones.

—Lo sé —dijo sin dejar de mirar al frente.

Y no hizo falta que dijera nada más.

—¿Entonces?

—Hablares tranquilamente con él en comisaría.

—Pues andando, que hace un frío...

Ortega se frotó las manos para entrar en calor y se dirigió al asiento del copiloto, pero Cobos no siguió sus pasos. El policía observó al inspector, que continuaba con la mirada fija en un punto concreto: el bar que había frente al portal. Los vecinos habían vuelto al interior del edificio, huyendo del frío de la calle, pero uno de ellos se había refugiado en el bar. Cobos reconoció su silueta, de espaldas al ventanal y con los brazos apoyados en la barra. El camarero le puso un vaso enfrente, él se lo llevó a la boca y se lo bebió de un solo trago.

—Ahora vuelvo —dijo Cobos y, sin esperar respuesta, arrojó lo que quedaba de cigarro al suelo y se dirigió al bar.

—Vamos a cerrar en seguida —fue el saludo del camarero en cuanto vio entrar al inspector por la puerta.

—Será solo un momento —se excusó.

El único cliente del bar se volvió y saludó al recién llegado desde la barra. Cobos se acercó y tomó asiento en uno de los taburetes que había justo a su lado.

—¿Qué hay, inspector?

Cobos buscó la mirada del camarero.

—Póngame lo mismo que al caballero, y llénesele, por favor.

El camarero accedió malhumorado. Cogió una botella de whisky que tenía a mano, rellenó el vaso y depositó otro frente al inspector.

—Pensaba que no se podía beber durante el servicio —dijo el vecino.

—Bueno, un traguito después de un duro día de trabajo no viene mal. —Elevó el vaso en señal de brindis y bebió. Su acompañante hizo lo mismo.

Cobos no pudo disimular lo amarga que le había parecido aquella bebida.

—Es un poco fuerte, sí —terció Arturo al ver el mohín del inspector.

Permanecieron unos segundos en silencio. Cobos observó de reojo a su acompañante, que contemplaba el interior del vaso vacío con las manos sobre la barra, frotándose los dedos. La mirada del inspector se clavó en los arañazos que tenía en ambas manos.

—¿Un mal día hoy en el banco? —preguntó.

—¿Cómo? —Arturo no pareció entender la pregunta de Cobos.

—¿A algún cliente no le sentó bien que se le denegara un crédito? —añadió el inspector, sin apartar la vista de las manos de Arturo.

—Ah, esto... Clemente tiene un amigo que juega con su perro en el parque y, bueno, es un cachorro y aún no controla, ya sabe.

Cobos asintió con la cabeza y, tras unos segundos de silencio, soltó:

—¿Desde cuándo sabía que su mujer se acostaba con Amaro?

La pregunta fue directa y Arturo no la esperaba.

—¿De qué está hablando? Mi mujer sería incapaz de hacer algo así.

—Debió de sentarle muy mal a su ego de macho alfa que su mujer le fuera infiel... Y, claro, encima con un extranjero... —Cobos lo estaba llevando al límite, consciente de que el nerviosismo se iba apoderando de Arturo.

—No le sienta nada bien beber, inspector. —Se levantó del taburete—. ¿Qué le debo? —preguntó al camarero.

—¿Suele coger usted las llamadas que recibe su mujer al móvil como norma general o solo lo hizo este mediodía, cuando Amaro decidió ponerse en contacto con Belén para contarle lo que había ocurrido?

—¿Y qué es lo que iba a contarle, según usted?

—Que usted había matado a Maira.

—A nadie le importa que esa zorra haya muerto. —Arturo sacó un billete de su cartera y lo puso sobre la barra.

—A mí, sí... Y a su mujer, también. Por cierto, estará más tranquila ahora que no tiene que aguantar el chantaje al que la estaban sometiendo.

—No tiene nada en mi contra. —La mirada desafiante de Arturo se encontró con los ojos del inspector. Cobos se levantó para no dejarse avasallar por Arturo.

—¿Dónde ha estado hoy entre las dos y las cuatro de la tarde?

—Es mi hora de la comida en el banco.

—O sea, comiendo con sus compañeros como cada día. ¿Me puede dar el número de todos ellos para llamarlos y comprobarlo?

—No he almorzado hoy con ellos. He llevado a mi hijo al médico.

—¿Está Clemente enfermo? No me lo ha parecido cuando hemos estado en su casa.

—Ha sido una visita rutinaria. Todo estaba bien.

—¿Le importa que llame a su mujer para comprobarlo?

—¿Por qué no deja de tocarme los huevos, inspector?

—¿Y por qué no deja usted de mentir?

Arturo dio un paso atrás y perdió ligeramente el equilibrio, un síntoma del estado de embriaguez en el que se encontraba y de su creciente nerviosismo conforme avanzaba la conversación.

—Dígame, ¿qué le jodía más, que su mujer follara con el mexicano del edificio o que le tuviera que pagar con su dinero a Maira para que le guardara el secreto?

La respuesta de Arturo fue la esperada por Cobos. Se lanzó sobre el inspector, lo agarró del cuello de la camisa y lo zarandeó bruscamente. El taburete que había detrás de Cobos cayó al suelo.

—Es usted escoria, ¿me oye? A nadie le importa que esos hijos de puta hayan muerto, ¡lo volvería a hacer una y mil veces más!

—¡Suéltelo ahora mismo! —Ortega apareció en el bar aferrando su pistola con ambas manos.

Arturo se vio acorralado y, consciente de su repentina confesión, se vino abajo. Aflojó muy despacio las manos, dejó libre a Cobos y bajó la mirada. El inspector hizo un gesto con el brazo a Ortega para que bajara el arma, y Arturo comenzó a llorar.

CAPÍTULO 11

—Cuando Maira descubrió la aventura sentimental que Belén y Amaro mantenían no se lo pensó dos veces. Vio la manera de sacarles dinero a cambio de su silencio.

Cobos estaba de pie en la sala de reuniones de la comisaría. Ortega, a un extremo de la mesa en la que también se encontraban el comisario Vázquez y el forense Bermúdez, sonreía al inspector. Cobos exponía ante todos ellos la investigación, que aún estaba a la espera de juicio. Habían pasado semanas desde que Arturo confesara el doble crimen, y el inspector había experimentado un notable cambio. Su mirada había vuelto a ser la misma que la de años atrás: ya no intentaba esconder su vergüenza por los errores cometidos. Ya no había ápice de tristeza en su rostro, y Ortega se sentía orgulloso de su compañero.

—Arturo sospechó que algo ocurría cuando su mujer extrajo de la cuenta común trescientos euros sin consultarle. La fecha de su cumpleaños se aproximaba, y decidió guardar silencio en aras de no estropear una posible sorpresa que su mujer le estuviera preparando. Pero el día de la celebración comprobó que su regalo no costaba los trescientos euros que habían desaparecido de la cuenta. Al poco, volvieron a desaparecer otros tantos y decidió investigar.

»Tanteó el terreno con su mujer, y se encontró con varias respuestas esquivas cuando él le sacaba el tema del dinero. Le dio la oportunidad de confesar lo que estaba ocurriendo; en aquel momento, Arturo no sabía que su mujer callaba para tapar el romance que mantenía con Amaro.

»Belén aprovechaba que Arturo jugaba al pádel con unos amigos los domingos por la mañana para realizar el pago conveniente a Maira, que cada vez era más frecuente. Lo acordaban siempre de manera verbal; por eso no hallamos rastro de estas conversaciones en sus teléfonos. Pero uno de esos domingos, Arturo se quejó de una molestia en el gemelo de la pierna derecha para quedarse en casa. El día anterior había advertido una nueva extracción en la cuenta corriente y había buscado por toda la casa el dinero en efectivo que faltaba. Lo encontró en el interior de un sobre, escondido bajo uno de los asientos del sofá. Dejó vía libre a Belén para que cogiera el dinero y saliera de casa. No quería entorpecerla porque quería descubrir a dónde iba a parar todo aquel dinero. Ella salió de casa tras ponerle una excusa a su marido y él corrió hasta la mirilla de la puerta. La vio subir por las escaleras hacia el cuarto piso de manera sigilosa, y al cabo de tres minutos bajó. Solo un nombre le vino a la cabeza en aquel momento: Maira, esa mujer tan misteriosa que apenas se relacionaba con los demás vecinos.

»Decidió no actuar por el momento y seguir averiguando qué estaba sucediendo. Buscó respuestas en el móvil de su mujer, pero no encontró nada. Un día coincidieron en el portal Belén, su hijo y él con Amaro. Ella solía ser amable con todos los vecinos, exceptuando a Amparo, que les tenía especial inquina. Pero en aquel encuentro notó a su mujer algo nerviosa, saludó a Amaro sin mirarlo siquiera a la cara, y a Arturo le pareció extraño. Confiesa que en otras circunstancias no habría mostrado ningún interés por esa reacción de su mujer, pero ahora estaba especialmente atento a todos sus movimientos. Dejó pasar un par de días y se presentó en casa de Amaro. Abusando de su figura como presidente de la comunidad, le pidió que le

mostrara algunas facturas de luz y agua porque quería hacer unos cálculos y proponer la posibilidad de instalar placas solares en el edificio como medida de ahorro energético. Arturo entró en el piso y Amaro sacó unas facturas que tenía bastante a mano en un cajón del mueble principal del salón. Les echó un ojo, le preguntó si podía tomar algunas notas de sus datos y Amaro no puso impedimento alguno. Echó un vistazo al salón, localizó el móvil de Amaro sobre la mesa y le pidió papel y boli para anotar. Consiguió así quedarse a solas mientras el joven iba a su habitación. Arturo se aprovechó de que el teléfono no estaba bloqueado y fue directo a su aplicación de chats. Vio el nombre de Belén nada más entrar, pulsó y abrió la conversación. Leyó por encima, deslizó un par de veces hacia abajo y vio algunas de las fotos subidas de tono que se habían intercambiado. Los textos no dejaban lugar a dudas. Tenían un romance. Arturo escuchó un ruido, Amaro regresaba de su habitación. Dejó el móvil sobre la mesa y disimuló su ira.

»Esa misma noche, Arturo aprovechó el baño de Belén para cogerle el móvil. Pero ella no guardaba las conversaciones que mantenía con Amaro, las borraba a diario. Buscó su nombre en la lista de contactos, pulsó sobre él y se abrió una conversación. Decidió escribirle al ver que estaba en línea. Lo saludó y Amaro no tardó en contestar. «¿Tienes ya el dinero de Maira?», le preguntó. «Todo en orden, como siempre», contestó Arturo haciéndose pasar por Belén. «Te extraño mucho», escribió él. La sangre de Arturo comenzó a hervir, contuvo la ira y respondió con un emoji sonriente. «Me carga que siempre tengas que pagar tú. Nos descubrió a los dos. He conseguido reunir algo de lana, déjame que esta vez paguemos a medias», escribió Amaro. Arturo dejó de escuchar cómo corría el agua del baño y cortó la conversación: «Ya lo hablaremos, te tengo que dejar». Y borró todo lo que se habían escrito.

»En aquel momento, Arturo ya fue consciente de todo. No esperó a que su mujer saliera del baño. Se dirigió al piso de Maira, pero no había nadie allí. La actriz había salido a tomar algo y él la estuvo esperando. En un par de ocasiones, ya de vuelta en su casa, Arturo se asomó por la ventana del cuarto de baño y buscó luz en el piso de Maira, pero ella no apareció en toda la noche. Arturo no pudo dormir y se levantó de la cama en un par de ocasiones. En una de ellas escuchó ruido en el rellano, se asomó por la mirilla y vio llegar a Maira, que regresaba de fiesta. Arturo se vistió con lo primero que pilló a oscuras en el dormitorio, para no despertar a su mujer, y salió de casa. Subió hasta el piso de Maira y llamó a la puerta. Ella se sorprendió al verlo allí; era muy tarde o muy temprano, según se mire. Arturo utilizó su atractivo y verborrea para ganarse la simpatía de la actriz, que lo invitó a pasar. Le ofreció algo de beber y él no se lo pensó: whisky. Ella se sirvió ginebra con tónica y se sentaron en el sofá a charlar. «¿Qué opinarías tu mujer si te viera aquí ahora?», le preguntó ella en una actitud que Arturo consideró un flirteo. Él le contestó que no creía que a Belén le importase, puesto que ella ya tenía un amante. Maira pareció sorprendida por su respuesta y el rostro de Arturo cambió. Ya no era el Arturo amable y simpático con el que estaba flirteando; su gesto se volvió serio, y Maira le pidió que se marchara de su casa. Ella se levantó y él la cogió del brazo. Le dijo que lo sabía todo, que estaba chantajeando a su mujer, y ella no lo negó. Es más, se mofó de que su mujer tuviera un amante y ya no lo quisiera, cosa que provocó más ira en Arturo. Maira corrió hacia la salida, pero él la alcanzó, la agarró por la espalda y la tiró al suelo. Ella se arrastró hasta la cocina e intentó cerrar la puerta, pero Arturo era más fuerte y lo impidió. Se abalanzó sobre ella y la asió con fuerza por el cuello. Apretó unos segundos mientras Maira, sin éxito, intentaba librarse de sus manos. Consiguió, a duras penas, golpearlo en la cabeza. Arturo la soltó y dio un par de pasos hacia atrás. Maira trataba de recuperar el aire. Arturo volvió a abalanzarse sobre ella y la estampó

contra la pared. Con la mano izquierda buscó el pomo de la ventana, lo giró, dio un paso atrás llevándose consigo a la joven, para así poder abrir hacia dentro de par en par. Sujetó a Maira por la cintura, aprovechando que estaba aturdida y no ofrecía resistencia alguna, la levantó y la arrojó al vacío. Durante la caída, Maira soltó un grito de auxilio que fue el que alertó a Gregoria. Arturo observó la impactante caída y se alejó de la ventana. Tardó unos segundos en reaccionar, pero, cuando fue consciente de lo que había hecho, se apresuró en salir de allí. Por suerte para él, Belén aún dormía, se puso rápidamente el pijama y se metió en la cama. Al cabo de unos minutos se despertaron por el revuelo que se estaba formando en el edificio con los vecinos y la ambulancia que se acercó hasta allí.

»Arturo contaba con la coartada perfecta: Belén aseguraba que su marido había estado durmiendo toda la noche junto a ella. Todo se complicó cuando Amaro se puso en contacto con Belén al día siguiente. El joven albergaba sus sospechas; le pareció extraño el suicidio de Maira y en seguida comenzó a atar cabos por su cuenta. No obstante, no tenía nada sólido para inculpar a Arturo; solo eran sospechas. Llamó a Belén para hacerla partícipe de su temor y advertirle, pero la llamada se la cogió Arturo, que minutos antes se había marchado del banco alegando que se encontraba mal. Su mujer había salido un momento a hacer unas compras y se había dejado el teléfono en casa. Arturo y Amaro mantuvieron una tensa conversación en la que el chico le informó de que iba a hablar con la policía, que iba a contar el romance que mantenían él y Belén, y el chantaje al que estaban siendo sometidos por parte de Maira. Arturo no podía dejar que supiéramos todo aquello y acabáramos descubriendo su asesinato, así que trazó un plan: simular el suicidio de Amaro con una nota autoinculpatoria del asesinato de Maira. Así el caso quedaría cerrado. Esperó a que Amaro llegase de sus clases de baile, bajó hasta su piso y, en cuanto abrió, se metió dentro empujando bruscamente la puerta y golpeándolo en la cabeza, lo que explica la contusión que presentaba la víctima en la frente. Cerró la puerta, forcejearon y Arturo consiguió colocarse tras él para ahogarlo con una cuerda que llevaba consigo, la cual utilizó posteriormente para colgarlo en su habitación. Después preparó a conciencia la escena que nos encontramos para hacernos creer que Amaro se había suicidado, con la correspondiente nota en la que daba a entender que él había asesinado a Maira y que se arrepentía por ello. La escribió él mismo cuando se aseguró que Amaro ya no respiraba, hemos comprobado su caligrafía y concuerda.

Cobos contó todo aquello sin interrupción, con la ilusión contenida por haber resuelto el caso que le había hecho sentirse útil de nuevo.

—Con respecto a las copas recogidas en la casa de Maira, las huellas coinciden con las de Arturo. En el momento en el que arrojó a Maira por la ventana, no fue consciente de que podríamos encontrar pruebas que le situasen en el lugar del crimen, y por ello confiesa que entró en el piso el día después del homicidio con un juego de llaves que Fermín tenía en la portería. Aprovechó la ausencia del portero para hacerse con ellas, subir hasta la casa de Maira, limpiar rápidamente cocina y salón con el objetivo de que no pudiéramos sacar huellas, aunque ya era demasiado tarde... Después, devolvió las llaves a su sitio. Además de las huellas, el ADN hallado bajo las uñas de Amaro y de Maira coinciden con el de Arturo.

»En cuanto a Julián —prosiguió—, confesó lo que nos dijo la noche de su detención. Se enamoró de Maira nada más conocerla. Pero sus sentimientos hacia ella eran encontrados. Por una parte, sentía odio por haberse quedado con el piso que él quería. Por otra, se había encaprichado de ella. Los anteriores propietarios le habían dejado un juego de llaves a Julián, que luego olvidaron reclamarle, y él lo utilizaba para colarse en casa de la actriz durante su ausencia y así poder husmear entre sus cosas, y también durante algunas noches para observarla

mientras dormía. La noche de su detención fue sorprendido rebuscando entre la ropa interior de la fallecida, y confesó que en ocasiones se masturbaba en su casa con algunas de las prendas que cogía y que luego volvía a dejar en su sitio.

Cobos guardó silencio tras finalizar su intervención. Ortega le sonrió desde su asiento. El comisario dio por concluida la reunión, y Bermúdez y Ortega abandonaron la sala. En cuestión de segundos, Cobos y Vázquez se quedaron a solas.

—Buen trabajo, Cobos —dijo el comisario, dándole un apretón de manos—. Pero que sea la última vez que no sigues mis órdenes, ¿queda claro?

Cobos asintió. No esperaba que la felicitación de su superior fuese de otra manera. Él tenía que quedar siempre por encima de los demás. Su palabra era siempre la última, como no podía ser de otra manera, siendo alguien tan despreciable.

El inspector abandonó la sala y se acercó al escritorio donde se encontraba Ortega, que se había puesto manos a la obra con unos informes. Se situó junto a él sin decir nada.

—¿Comes? —preguntó el joven mientras miraba la pantalla de su ordenador.

—No, he quedado con mi mujer y mi hija —respondió Cobos mientras consultaba la hora en la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Cómo estáis?

—Bueno, ahí vamos. Adaptándonos de nuevo —dijo sin poder disimular una sonrisa que no se le escapó a Ortega.

—O sea, que muy bien, vaya —apuntó Ortega.

—No seas cotilla —dijo, dándole una palmadita en el hombro—. Nos vemos luego, anda —se despidió.

Al salir a la calle, Cobos se encontró con su mujer y su hija, que lo esperaban sonrientes al pie de la escalera. El inspector fue a su encuentro y, al llegar a ellas, se llevó las manos al bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Eh! —protestó Ana de forma cariñosa.

—Lo siento, es la costumbre. Pero no llevo nada, mira. —Y le mostró el bolsillo vacío—. ¿Lo ves? Nada de tabaco.

Ella pareció satisfecha, lo besó en los labios y se marcharon calle abajo.

AGRADECIMIENTOS

A Jesús, testigo de esta locura desde el principio. Él es todo, es camino y luz.

A mis padres, María Luisa y Antonio (siempre un apoyo incondicional), por inculcarme el valor más apasionante de todos, el de la lectura (entre muchos otros).

A Miguel, Nacho y Alberto y a Loles, Ani y Eli, los mejores referentes que un hermano y cuñado menor puede tener.

A Ángela, Alejandra, Cayetana y Julio, el futuro que este país espera.

A Juan Carlos, que confió siempre. Y a Olga, por sus consejos desde la profesionalidad y el cariño.

A Alba, que se ha leído todas las barbaridades que me atreví a escribir (algunas no eran tan malas).

A Inma, porque cada vez que nos veíamos me preguntaba eso de «¿tu libro *pa* cuándo?». Pues aquí está.

A Miryam, porque con esa llamada me recordó que al final, con esfuerzo y paciencia, todo llega...

... Y a todos los vecinos atormentados. Su tormento es un disparate. Su disparate, mi inspiración.

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Se atormenta una vecina](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Se atormenta una vecina
David Reinoso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Daniel Montero Galán

© David Reinoso, 2020

© de la ilustración de la página 8, Daniel Montero Galán
Los números de las páginas se refieren a la edición en papel (*n. del e.*)

© Editorial Planeta, S.A., 2020
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-270-4722-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es